

Y AÑEZ SILVA



LA TRAGEDIA
DEL ARTE

25

(27)

Pedido 9/2000

La tragedia del arte

Novela



Editorial Nascimento
Santiago - Chile - 1926

*Es propiedad del Autor
Inscripción N.º 421*

R 284101



*Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
Arturo Prat 1430
Santiago de Chile.—1926*

Al señor don Carlos Jorge Nascimento, que tanto ha hecho como editor, en pro de la joven literatura chilena; cordialmente dedico este libro, cuya última parte nació al calor de su amistosa charla.

N. Y. S.

SILUETA DEL AUTOR

POR

HERNÁN DÍAZ ARRIETA (ALONE)

(De «La Nación» del 31 de Enero de 1926).

«Acaso ningún escritor chileno haya conseguido la amplia y peculiar notoriedad de Yáñez Silva, novelista, cuentista, dramaturgo, crítico de pintura y de teatros. Con una constancia completamente excepcional cultiva, hace más de veinte años, los mismos surcos del mismo huerto y ahora está recogiendo el fruto de lo sembrado. En el cuadro de la literatura nacional su figura se yergue aparte, con relieve propio, fijada para siempre en la actitud que él ha querido. Tiene personalidad a tal extremo que, por esa curiosa ley del círculo, llega hasta perderla un poco... Su nombre se ha convertido en un término de retórica y, para calificar y clasificar a un artista, puede escribirse sin que nadie equivoque la intención: «El Yáñez Silva de la pintura, el Yáñez Silva de la música». Ha dejado de ser escritor individual: es lo que se llama un tipo».

I

—El único hombre, por el momento, capaz de defender con eficacia nuestros derechos,—indicó Felipe Segura,—es Oscar Villalmar: noble, leal, gran temperamento de pintor, apreciado por nuestra alta sociedad por su talento y su don de gentes. Es preciso, se impone, que presentemos todos nosotros una solicitud al Ministro de Instrucción para que Villalmar sea nombrado miembro de la Comisión de Bellas Artes, y además del Jurado de recompensas.

—He dicho,—apuntó el desconfiado Castro, Castrito, como le decían en el círculo de pintores, cuando Felipe Segura hubo terminado esta peroración en pro de Villalmar, en la puerta del Palacio de Bellas Artes, y agregó:

—Felipe quiere conseguir la segunda medalla de este año. Villalmar vale más que todo lo que él ha dicho, apesar de su orgullo, pero cuando le exalta Segura, es porque éste quiere conseguir algo.

Una sonrisa significativa se extendió por el grupo de aficionados y pintores, que miraban a ambos. Nadie se atrevió a dar la razón a Castrito, porque tenían las hábiles intrigas de Segura, cuyo talento en la materia, aventajaba grandemente a sus facultades artísticas, que eran escasas y vulgares.

Felipe miró uno a uno a sus colegas, y como viera que Castro seguía riéndose, con aquella sonrisa que mostraba el agujero negro que había dejado un colmillo, del cual no se sabía si fué arrancado o si no había nacido jamás, le dijo entre sonriente y resentido:

—Siempre tú pensando mal de mí, hombre!

Castro no se inquietó por defenderse, sino que muy tranquilo replicó, agachándose con socarronería el ala de su amplio sombrero negro:

—Experiencia, colega! Yo seré un pésimo pintor, pero soy un eminente sicólogo. Además, no te enfades, porque te reconocemos un desarrollado instinto de conservación.

El rostro pálido de Felipe, con una palidez inexpresiva, casi instantáneamente se cubrió de pequeñas manchas rojas, resultado del esfuerzo que había hecho para no responder mal a ese muchacho cínico y altamente simpático, apesar de su risa talarada y su sistema terrible de pensar verdades y tener la desvergüenza de decirlas.

Se hizo en el grupo un ligero silencio, y todos miraron en ese instante a una hermosa mujer que entraba al Palacio, acompañada de su madre. Era pálida, ojos oscuros, facciones correctísimas y una distinción tan señorial, que imponía desde el primer momento. Cuando bajó del auto, vió ella al grupo de pintores, pero al pasar junto a ellos no se dignó mirarlos, sino que pareció esconder su cara entre las plumas del boa, dejando visible tan solo sus ojos entre el ala del sombrero negro y el boa blanco que temblaba por la respiración.

—Luisa Bailén—apuntó alguien,—la amiga de Oscar Villalmar.—Felipe, como si hiciese un esfuerzo, no la miró.

—¿Cómo?—interrogaron varias voces. Castro tranquilizó:

—No os pongáis envidiosos todavía ¡caracho!, amiga, nada más, es decir, admiradora. Villalmar la quiere pintar algo, pero ella parece que no consiente...

—¿Cuánto pide Oscar por un retrato?—preguntó un hombrecito con cara de hambre y barba de dos semanas, por lo menos, a quien le llamaban el Escualido.

—No lo sabemos, pero menos de tres mil, jamás!

—Imagínate tú, Escualido, los sandwiches que se pueden comprar con tres mil pesos,—indicó Castro al cara de hambre.

Felipe fingió sonreír. Las manchas rojas del rostro se habían acentuado más, y ya sea por la tibieza de aquella tarde de Noviembre o por el esfuerzo gastado por la ira que se había tragado, en el ángulo exterior de ambos párpados se había formado una excrecencia blanquecina, lo que pasaba siempre a Segura cuando estaba agitado e iracundo, por lo cual le advertía Castrito:

—Límpiate los ojos, que eso impide ver claramente el color...

Esa tarde dijo la frase ampliada:

—Límpiate los ojos y vamos a hacer lo que tu indicas: Oscar será nombrado miembro de la Comisión de Bellas Artes y del jurado de recompensas, para que a tí te den la segunda medalla, por ese cuadrito verde limón que nos has pintado...

Felipe sonrió, pero las manchitas rojas de su cara se acentuaron, generosas de sangre... Muy tranquilo, con tono modesto, preguntó a Castro.

—¿No te gusta mi cuadro?

—Para tomarlo con ostras, sí...

—A Oscar le gustó mucho y me felicitó por él...

—¿Y con eso crees tú hacerme callar? Cada vez que te critican un cuadro, nos sales tú con que le gusta a Villalmar. Bien que este mozo afortunado gane todo el dinero que quiera pintando retratos, y que tenga talento, y una facilidad y una técnica que a veces hasta le hace daño porque abusa de ellas, pero

que no venga, por tu boca, amigo, a amordazar nuestras opiniones. Ya sé que él te aplaude, que su opinión tiene un gran valimiento, aun entre sus enemigos, pero ¡qué caracho!... terminó, dando dos palmadas en las espaldas a Segura, y agregó:

—Déjame defenderme, porque si no lo hiciera, reventaría. ¡Me carga toda tiranía, aun la de una simple opinión!

—¿Convenido, lo de la solicitud?—Insistió Segura, que no se descuidaba para todo lo que fuera de su conveniencia.

—Convenido,—respondieron varias voces, con ese tono que revelaba que lo mismo les importaba esto o lo de más allá.

—Ahí viene Mario Fuentes, el «maestro», como le dice Villalmar—apuntó Castro, mirando hacia uno de los senderos que conducen al Palacio, por los cuales se veía a un hombre muy pálido, de edad casi indefinida, vestido completamente de negro, que marchaba muy tranquilo, mirando hacia adelante, con un mirar vago y sereno.

—¡Qué pálido está!—dijo el Escualido—parece enfermo. —Castro respondió:

—Esa palidez no tiene la misma fuente que la tuya, Escualido, sino que proviene de preocupaciones, quien sabe si de exceso de ambición.—El aludido replicó ofendido:

—¿Cómo sabes tú por qué estoy yo pálido?

—Los hechos, hijo mío, me lo revelan. Ayer, nada más, pasábamos por un restaurant a las doce y media del día, y cuando sentiste el olor a viandas, casi te desmayaste, y lo peor fué que no me dijiste con franqueza la causa del síncope, sino que haciéndote el coqueto, me aseguraste que ello era consecuencia de una indigestión. Peor para tí, embustero, porque te habría invitado...

—¿A qué?—preguntó el otro con ansiedad.

—A darnos de bofetadas con un trozo succulento de beef. No te desvanzcas, que ya se repetirá la ocasión.—Y cambiando de tono, rogó a Segura que fuera a saludar al maestro y procu-

rara traerlo al grupo, para oirlo decir los cuatro o cinco monosílabos que acostumbraba en toda conversación.

Segura fué al encuentro de Mario Fuentes.

—¿Cómo está Ud.?—le dijo éste, sonriendo apenas, y continuando su marcha con la vista siempre vaga y adelante, como si a su lado no marchase nadie. Inútil fué que el muchacho elogiase su gran cuadro que ya habíase visto en la reunión del «barnizado», porque al final de todo aquello, Mario Fuentes sólo dijo:

—¿Le gusta a Ud.?—pronunciando la frase con indiferencia, que apenas agitó los labios amarillentos y reseco bajo el bigote gris. Llegado al grupo, todos saludaron, y como se interpusiera en su camino Castrito, que saludó como un mosquetero, llenando su gesto la escalinata, Fuentes hubo de detenerse por algunos momentos, impenetrable, serio, fija la mirada en las esculturas del hall del Palacio.

—Su cuadro, maestro, es una maravilla de factura. Ha conseguido Ud. la mayor suma posible de calidad dentro de una sencillez enorme de asunto.—Como callara Fuentes, creyó Castro, que le había parecido poco aquello, e insistió con más calor:

—A mi juicio, y al de todos,—miró al grupo que asintió con la cabeza,—es lo más definitivo de su labor.—Los labios del maestro apenas se movieron para decir:

—Falta para eso... mucho. Hay que trabajar.—Castro se desorientó, como le pasaba siempre cuando hablaba con aquel pintor, y cambió de charla, preguntando:

—¿Ha visto Ud. lo de Villalmar?

Aunque lo había visto y aun le había dicho al pintor sus felicitaciones, se limitó a responder:

—No. Ahora...

—¿Y lo de Felipe?

—Tampoco. Ahora...—Y como insistiera Castro y sólo consiguiera esos «ahora», dichos con absoluta frialdad, se atrevió a decir a Fuentes.

—Entonces, por lo que se ve, Ud. maestro, no ha visto ni un garabato de pintura chilena. . .

—Poco; algo. . . Con el permiso /de Uds. Tengo que hacer— y se fué dando un adiós de intenciones, pero que nadie oyó, siempre frío, vaga la mirada y el andar reposado.

Los muchachos le miraron algunos segundos, y luego exclamó Castro:

—Le conozco y le trato desde antes de su viaje a Europa, y jamás le he podido sacar más de diez palabras, variantes del motivo «ahora»; o «lo veré»; pero en cambio, ¡caracho! pinta con una fecundidad que asombraría a un conejo, si estos dulces animalitos en vez de reproducirse tan generosamente, «mancharan» telas.

—Y pinta muy bien,—exclamó a espaldas de ellos una voz voluble, grata de timbre, un tanto petulante y revelando conciencia cabal de lo que decía.

Todos se volvieron, para mirar a aquel intruso, y una exclamación saludó al recién llegado, que fresco, sonriente, feliz, cómodo dentro de un traje claro, y algo desenfadado, daba a todos golpes en las espaldas. Con una agilidad de mono, Segura se puso a su lado como si con esa acción quisiera monopolizarlo, y le dijo, cogiéndolo con las dos manos:

—Villalmar! hablábamos de tí hace un momento.

—Mal, de seguro, ya que se trata de buenos amigos. . . —replicó el joven pintor en tono irónico, acompañando su frase con esa sonrisa burlona que lo caracterizaba y con la cual subrayó durante su vida de luchas sus mejores frases sobre cuadros y colegas.

Se guardó silencio algunos instantes, mientras pasaban damas vestidas con elegancia, cuyos autos acababan de dejarlas en la misma escalinata de entrada, mezclando su asfixiante olor a bencina con los diversos aromas de esencias de gran precio.

Aquella tarde de apertura del Salón, era la única vez que se veía entrar al Palacio una cantidad de público digno de este

gran edificio, porque en los demás, apenas se solía encontrar uno que otro visitante, cuyo hablar quedo parecía aumentar la soledad de la sala «Chile», como si se temiera despertar de su sueño de momia a las esculturas del hall o a los modelos de los retratos exhibidos.

Se oían a menudo en la calle, sonidos de portezuelas, discretamente ahogados por los tapices de las carrocerías, piafar de troncos impacientes que arrastraban victorias tan pequeñas y ligeras que parecían juguetes, de cuyas cajas negras betuminosas o azules oscuras, surgían damas elegantes que hacían recordar esos afiches franceses que hacen el reclamo de una marca nueva de carroceros o la propaganda de una casa de modas.

El paisaje urbano era admirable por su sencillez y efecto: cerca, el monumento de la colonia francesa, con su figura de mujer un poco obesa, mezclando su verde de pátina oxidada con el verde jugoso y tierno de los ramajes del forestal, bajo cuya sombra pintada de lila jugaban niños con sus aros. Por sobre aquella masa de árboles de distintos matices dentro de la gama verde, surgía la mole de los Andes, con sus líneas azules delicadísimas ahogadas en la densidad de la atmósfera, planqueada a trechos por manchas de nieve que a la distancia aparecían dulcemente violadas, y como fondo un cielo azul húmedo, alejándose violentamente para dar libertad y anchura a la mirada.

Un auto con ruido más estrepitoso que los anteriores remató su carrera en la misma escalinata, y ágil y elegante saltó un lado abriendo la portezuela. Era su Excelencia el Presidente de la República acompañado del Ministro de Instrucción y dos militares que llegaban a inaugurar oficialmente el Salón. La muchedumbre que esperaba a la puerta estrechó el cerco, y muchos entraron, en el momento que los acordes del Himno Nacional se dejaron sentir ensordecedores bajo la cristalera del inmenso hall, pero no tanto para despertar a «La Quimera», en la Plaza, que continuó arrobada en su ensueño de amor dolo-

roso. Las chisteras de la Comitiva Oficial se desprendieron de las cabezas, y aquello pareció un saludo, más bien, que hacían esos políticos que visitaban una vez al año el Museo, a la obra maestra de mármol «El Descendimiento», de Virginio Arias.

—Luisa entró hace un momento,—indicó forzosamente Segura a Villamar. Este no respondió, como si la advertencia hubiese pasado desapercibida para él, y sobre «El Niño Taimado», de Simón González dijo una frase de elogio, pero ante la advertencia de Segura, había experimentado un temblor en todo su cuerpo, un dulce desvanecimiento que le hizo flaquear las piernas, y del cual se sobrepuso no sin cierto esfuerzo. Aquella nube que en el primer momento veló sus ojos ante el nombre de esa mujer, se despejaba, y le parecía que los mármoles tenían una más exquisita transparencia, que la luz era más diáfana y que esas notas del himno se convertían como en una canción lejana y velada dicha junto a su corazón.

—Detengámonos,—indicó—es molesto seguir a la Comitiva Oficial... Hay que tragarse el discursito, que aunque es breve siempre resulta aburrido. Esperemos que esos señores den la vuelta de siempre por todo el Salón, mirando mucho y no viendo nada, y luego iremos.

En ese momento un empleado del Museo surgió como un rayo de una de las oficinas del piso bajo, con la chistera puesta de lado en el apresuramiento, y preguntó al grupo de pintores:

—¿Llegaron?

—¿Quiénes?

No esperó respuesta y subió la escala que conduce a la sala «Chile», a zancadas, haciendo volar los faldones de un chaquetón negro y holgado.

—Qué atento!—dijo alguien.

—Por esto—replicó Villamar, apuntando con la contera de su elegante bastón de malaca, un pedazo de pan que tal vez un niño tiró al macetero de un bambú, y agregó:

—Todo en la vida se hace por esto...

—Hasta se pintan cuadros, ¡caracho!—dijo Castro con un gesto despectivo.

—Por desgracia.

—Hombre, no todo se hace por el pan. . .

Castro miró asombrado a Segura al oírlo expresarse con tanto desinterés, esperando una explicación de lo dicho, que llegó en seguida:

—Por pan no se ama. . .

—Ja. . . ja. . . ja. . . Deja que me ría, apreciable pintorcito, ignorante de la vida. Anda preguntando por ahí a cada matrimonio, y si pudiesen ellos hablar con franqueza insultante, esposas y esposos no se dirían: «mi cara mitad», sino «mi mitad de pan». . . Lo más que varía es la calidad de éste, que hay quien lo prefiere de masa con más o menos levadura. . . pero el gusto por él, permanece inalterable al través de las edades—terminó convencido Castro mirando al «Escuálido», que en esos instantes hacía cálculos trigonométricos desde su sitio al que ocupaba el macetero del bambú. . .

Segura miró a Villalmar que parecía ajeno a la conversación, con una vaga sonrisa en los labios, y le preguntó:

—Y tú ¿que opinas sobre este asunto de tanta trascendencia?

Y aquel muchacho tan rápido siempre y tan original para sus respuestas calló, y cuando se dió cuenta de este silencio que se podía interpretar equivocadamente, se sonrojó, al mismo tiempo que Castro decía, con malicia y riéndose con toda la boca:

—Villalmar pensará que a falta de pan, buenas son tortas. . .

—Has adivinado, porque me gusta el dulce,—respondió éste, vitando al Salón.

En cuanto entró a la gran sala, en la cual se respiraba olor de barniz de cuadros mezclados con perfumes, su corazón decidió guiar su vista por sobre muchos sombreros, sobre muchas cabezas de mujeres, para descubrir allá lejos el boa de plumas blancas de Luisa. Si alguien hubiese venido con el único propósito de encontrar en seguida a aquella mujer, no la habría

distinguido con tanta facilidad entre la gente, como el corazón de Villalmar la fijó en un punto, instantáneamente, el único en que debía estar: mirando su «envío», un espléndido retrato de una gran dama de sociedad.

Segura, juzgó necesario advertirle después de un momento:

—¿La vistes?... Allá está...

—¿Quién?—disimuló Villalmar, fingiéndose profundamente interesado en una tela.

—Luisa... Observa ahora el retrato que trajiste... Si quieres, voy a decirle que estás aquí... —Y siempre Segura hacía el efecto de decir todo esto como por la fuerza.

—¡Ah! No. Qué falta hace!

Y efectivamente no hacía falta, porque aunque Luisa hacía ya mucho rato que acompañada de su madre, doña Clara, miraba el retrato que había enviado Oscar, su atención estaba pendiente de la puerta de entrada, con esa dulce inquietud, que a medida que se prolonga, se convierte en esa angustia de la que espera a un ser amado. Entraban parejas, muchachos, gente de diversas condiciones, pero ella sabía que cuando entrara él, su corazón se lo avisaría. Y así, en medio de un grupo de estudiantes de melenas y de blusas de taller cerradas hasta el cuello, cuya única coquetería la formaba el nudo flotante de la corbata blanca o azul marino, de aspecto infantil, descubrió ella la figura inconfundible de Villalmar, delgada, alta, grave y seria a primera vista, con ese amable desdén que tiene el hombre que después de una lucha ruda ha triunfado en definitiva.

En ese instante le fué preciso a Luisa abrir la boca para llevar más aire a sus pulmones. El corazón le palpitó rápidamente, y esa laxitud que siempre le invadía cuando encontraba al pintor de improviso, hizo presa de ella. Se cogió al brazo de su madre, quien la miró comprendiendo su estado de ánimo.

—¿Tienes frío, Luisa?

—No, mamá... No es nada,—y poniendo en juego todos sus

recursos de disimulo, miró otros cuadros, indicando a su madre:

—El retrato que presenta Oscar, es lo mejor del Salón. ¿Conoces tú, mamá, a la retratada?

—No. Es una mujer hermosa.

—Sí. ¿Quién será? El catálogo da tan solo las iniciales. Oscar no me había hablado de este retrato. Ella es joven. Le preguntaré. Precisamente acaba de llegar. Está con Segura.

—¿Nos habrá visto?—indicó doña Clara.

—Tal vez,—pero Luisa sabía, tenía la certeza, que Oscar, como ella a él, la vió al entrar, como siempre pasaba en teatros, en paseos, en todas partes, que lo adivinaba entre mil espectadores.

«Disimulo! Disimulo!»—decía su corazón. Qué rubor tan grande, que situación tan terrible si Oscar descubriese lo que ella experimentaba...! y si lo comprendía, hasta el momento había tenido esa exquisita y rara discreción del hombre que sabe aparecer ingenuo, cuando esa ingenuidad es como una especie de piadoso biombo para las almas que lo rodean. Ella quedó mirando un cuadro y juzgó ya que Oscar tardaba demasiado en ir a reunírsele, porque se le imaginaba estar sola, que toda esa gente que la rodeaba no existía sino tan solo a manera de sombras que circulaban de un lado para otro, sin conciencia, y que habitaban por ese instante el Salón, solamente ellos dos, Luisa y Oscar.

La sacaron de su dulce pensar, los acordes del Himno Nacional, anunciando la partida de la Comisión, que fué indicada por un apretado grupo de personas que se estrecharon en la puerta, como los niños del pueblo cuando siguen solícitos a las bandas de músicos.

Despejado por un instante el Salón, se pudo ver a grupos de pintores sentados en las «otomanas», haciendo comentarios risueños sobre la obra del compañero, atisbando a los visitantes cuando se detenían ante sus cuadros o procurando coger en el aire un juicio acerca de la propia producción.

—Segura no se duerme. Fijáos como tiene preso a Villalmar, ante su cuadrito. De esa conversación sale un premio,—dijo Castro.

—La segunda medalla que le corresponde este año, respondió un estudiante.

—Tendrá que disputársela a Olga, y esa hace de los jurados lo que quiere. Pinta mal, pero se pinta bien, y esta habilidad de técnica parece no desagradar a los jurados.

—Ya sabes tú que Villalmar tiene mucha autoridad. Si él es jurado, es fijo que Segura se saca la segunda.

—Por eso trabaja el «niño».

Efectivamente, Segura tenía hacía ya mucho tiempo a Villalmar ante su paisaje.

—¿Qué te parece, Oscar? Dáme consejos. Tú ya eres un maestro en la técnica, y tienes ese color que todos te envidian. Ayúdame, mira que hay tanto envidioso por ahí. ¿Qué me dices?

Villalmar, preocupado de cosas ajenas al cuadro, miraba siempre éste, viendo desde luego las tachas, cierta falta de sensibilidad, y callaba, buscando una cualidad para decirle a Felipe.

Por fin habló:

—Está bien.

—Te parece que tendré...

—¿Opción a un premio?

—No me atrevo a decírtelo. Ayúdame, hombre! La vida es dura!

—Si soy jurado...

—¿Me prometes la segunda?

—¿Quiénes vienen por ella?

—Este año solamente yo y Olga. Castro se presenta para la primera.

—¿Qué trae Olga?

—Un retrato pésimo. Ven a verlo. Y cogiéndolo de un brazo lo arrastró hasta un rincón para mostrarle el envío de la rival.

—¿Ves? Mal dibujado. Fíjate que color. Ceniza y raspadura de pan tostado. Dicen que no tiene pisca de parecido.

—Calla, no ande por ahí, porque Olga es una aguja muy fina.

—Y una intrigante. No decía de tí que «presumias» ser el mejor retratista chileno? Se lo oí en días pasados, aquí mismo mientras se colgaban los cuadros.

—Y tú ¿que respondistes?—interrogó Villalmar, turbando a Segura la interrupción, quien después de ponerse colorado por la calumnia que había urdido, contestó:

—¿Lo que yo le dije! Tú sabes que soy tu amigo. Y has de saber que ya ha quedado convenido entre los muchachos la solicitud al Ministro para que ocupes la vacante de miembro de la Comisión Permanente, y jurado por parte de los artistas. ¿Crees tú que yo podré tener esperanza a la segunda medalla?

En ese instante se acercaba Luisa, pasando revista a los cuadros y llena ya el alma de Oscar de profunda inquietud por la proximidad de aquella mujer, no respondió, como si le hubiesen dado a beber un narcótico de efecto inmediato, lo que comprendió el listo de Segura, explotando hábilmente aquel estado de ánimo:

—¿Puedo contar entonces con la promesa de tu voto para la segunda?

—Sí,—dijo Villalmar, casi inconsciente, clavando sus ojos en aquel rostro de mujer que se ocultaba en el boa, semejando su boca roja entre las plumas como una herida en pechuga de paloma.

Ya estaban casi juntos. Segura se retiró bruscamente, sin dar la cara a Luisa. Ella seguía mirando los cuadros, pero sentía sobre su persona, como una deliciosa carga, la mirada del pintor, clavada en su boca. . . ¡Su boca! «La obra de arte más seductora que había conocido en su vida»,—como él le decía, con su hablar de artista apasionado y su timbre de voz de comediante. La madre saludó a Oscar, seria y cariñosa.

—Luisa, mira quién está aquí. . .!

Ella saludó, moviendo apenas los labios:

—¿Cómo está Ud. Villalmar? Y su mamá ¿siempre delicada de salud?

—Siempre. No sale a ninguna parte.

Quién la hubiese oído, creería que aquel hombre le era el más indiferente de la tierra. Tenía miedo de descubrir sus sentimientos, que ese pintor tan hábil sicólogo en sus retratos, para encontrar la nota única y característica de una persona, desnudase su alma, pudiera ver hasta el fondo de su corazón. Y con ingenuidad de niña, ilógica en sus veintidós años, queriendo ocultar sus sentimientos, guardaba de miradas perspicaces su rostro tan lleno de encantos y simpatías.

Habló por ella su madre, en los primeros momentos. Villalmar como dando expansión a su espíritu generoso de facultades, preso hasta ese momento por el disimulo, habló de todo, con su ligereza e ironía acostumbrada.

—¡Un salón más, señora! La Comitiva Oficial creo que se habrá llevado, por lo menos, la impresión de que hay cuadros. . . ¿Cuántos? Muchos! ¿Calidad? ¡Qué importa! Para el público no hay calidades, hay tan sólo el «me gusta o no me gusta». Los cuadros chicos se venderán. . . Me hago ilusiones. Los grandes y mejores, no se venderán por grandes, porque es difícil encontrar para ellos en una sala hueco de muralla. . . El juicio de don Juan Villafuerte, el conocido coleccionista, es el más preciso para ellos. Una vez me llevó a juzgar un cuadro grande, maestro, y después de verlo a todas las luces imaginables y convencidos ambos que aquello era magnífico, me dijo: «No lo compro. Si lo tuviera en casa, se me imaginaría que a cada instante se me venía encima». Triste juicio que le merecía la resistencia de materiales de nuestros arquitectos, y muy favorable por otra parte al genio del pintor. . .

—Su retrato es magnífico,—le dijo doña Clara.—Dicen que la retratada tiene un gran parecido.

—No parece pintado al óleo. . . entonces?

—¿Por qué dice Ud. eso?

—Porque no hay mejor manera de despistar, señora, respecto al rostro de una persona, que pintarlo, ya sea al óleo o con otra materia cualquiera...

Luisa sonrió por la ironía, mirándolo por la primera vez.

—¿Quién es la modelo?—le preguntó doña Clara.

—Una mujer muy hermosa de nuestra sociedad. Yo he conseguido de esa belleza, una octava parte, y estoy contento con el resultado. Conseguir una fracción de calidad, ya es mucho. Pero ella es preciosa,—terminó con entusiasmo fingido, para observar el efecto que sus palabras hacían en Luisa. Esta pareció inmutable, pero el boia tuvo un ligero temblor que su madre conocía. Siempre que Oscar hablaba con entusiasmo de sus modelos, la madre de Luisa adivinaba el disgusto de su hija, aunque también comprendía que el pintor decía aquello preso de un movimiento nervioso, y nada más, que por interesarla.

—¿Qué le decía Segura del cuadro que él presentó?—le dijo por primera vez Luisa, poniendo suma atención en la respuesta.

—Me lo mostraba.

—¿Nada más?—insistió la muchacha.

—Nada más.

—No, de seguro lo comprometía para algo más...

—Por qué me lo pregunta Ud. con ese tono?

—Usted es muy confiado, Villalmar. Ud. es un niño: se cree todo lo que le dicen.

—Hasta de lo que me dice Ud...?

—Sus bellos dos ojos oscuros, serenos, cayeron sobre los de él, cubriendo ella la boca, como para que sus palabras llegasen directas y eficaces, le dijo lentamente, como subrayando: —Yo soy, Villalmar, la mejor amiga que Ud. tiene... Guárdese de todos y más de Segura, que parece un hombre muy raro.

No era la primera vez que oía el pintor de boca de aquella mujer aquellas palabras: «Yo soy su mejor amiga». Ya en otras ocasiones al hablar de muchachas que visitaban su taller, con

cierto orgullo, por cierto, de pintor preferido entre todos, ella le había dicho lo mismo, acentuando aquella palabra «amiga» en la cual ponía un tono dulce y penetrante. Sí, amigos; ¿qué más podían ser los dos sino eso: amigos? ya que la situación tan delicada de ella, de mujer divorciada de un hombre rudo y vicioso, no le permitiría jamás ir más allá de una dulce amistad, menos aun en el temperamento de Luisa, altiva, virtuosa, que hacía una vida tan recogida y alejada de la sociedad por su mismo estado.

La miró él a plenos ojos. Quiso ella resistir esa mirada, pero juzgándolo imprudente, desvió la vista, y cambió de conversación.

—¿Ha visto Ud. al maestro Fuentes?

—Al entrar. Lo ví que hablaba con un grupo de estudiantes de la Escuela, y se escabulló como siempre. Trae un hermoso paisaje, de grandes dificultades vencidas.

—Se le han juntado muchos pintores, y él apenas ha movido los labios. Mira, observa siempre, y nada más.

—Es así hasta conmigo que he sido su alumno y que lo he visitado tanto en su taller. Es nuestro hermitaño de la pintura. Yo lo admiro.

—Y yo, por su arte y su vida tan silenciosa. . .

—Lástima que sea tan apasionado, porque bajo su aspecto frío, hay un volcán de pasiones. ¡Es increíble!

Los grupos al acercarse el crepúsculo, principiaron a dispersarse. Era necesario ya hacer esfuerzos para ver los cuadros. Del hall llegó el toque de una campanilla que anunciaba a los visitantes que se iba a cerrar. Los porteros de libreas azules con gorras con una placa en bronce que decía: «Palacio de Artes», anunciaban la hora del cierre.

—¿Vamos a ver su retrato por última vez?—dijo Luisa.

Fueron ante el cuadro. Villalmar se acercó a la tela para despegar con la uña una brizna que se había pegado al barniz. Su amiga miraba la tela, sonriente, como significando con esa una tácita y cariñosa admiración.

—¿Le gusta, Luisa?

—Como todo lo que Ud. pinta,—le dijo con franqueza, sin mirarlo.

El no dió las gracias, como embargado ante aquel elogio tan sencillo y que llenó su espíritu de satisfacción. Salieron en seguida lentamente. Oscar se puso junto a ella, para sentir su perfume muy de cerca, que era una mezcla de esencia y de aroma único desprendido de su cuerpo, que lo embriagaba. Al llegar a la puerta, los esperaban varios estudiantes puestos en fila, para ver pasar a Luisa.

—¡Qué modelito, eh?—dijo uno de ellos, mirando a la muchacha con mezcla de deseo humano y artístico.

—¡Qué tonto!—apuntó ella, escondiendo la cara. Oscar se sintió halagado por el comentario.

Un niño mendigo, en la puerta del Palacio, se acercó a ellos, y dirigiéndose a Oscar, le dijo con su media lengua:

—Un cincuito, caballero?

El pintor le dió una moneda de veinte centavos, diciéndole:

—En nombre de esta señorita.

Luisa acarició la cara al chico, y sus dedos largos y blanquísimos, hicieron contraste en el rostro moreno del mendigo.

Al subir ellas al automóvil, doña Clara dijo a Villalmar:

—¿Adónde quiere Ud. que lo dejemos?

—Gracias, señora, tengo un quehacer urgente.

—Oh! siempre esos quehaceres!—interrumpió Luisa.—Entonces lo esperamos el Sábado a comer.

—Y yo las invito al teatro.

—¡Ya!—dijo ella, infantilmente, como siempre cuando le agradaba algo. La despedida fué ceremoniosa. La mano de ella apenas tocó la del pintor, que no se atrevió a estrecharla como hubiese deseado.

El auto partió veloz. Oscar quedó como clavado en medio de la vereda, mirando el cristal de la carrocería, que hacía marco al sombrero de ella. Sus ojos ya no veían nada, sino que fijos

en el punto por donde el auto había desaparecido, parecían nublarse poco a poco, alzarse luego al cielo, para volver a la realidad ante una sombra que se movía delante de él. Era el mendigo que lo miraba con extrañeza por su inmovilidad. Oscar observó la cara del niño, y sacándose los guantes, tocó aquellas mejillas morenas, pareciendo que buscada en aquella caricia lenta y tierna, el reciente perfume de una huella amada...

—¿Cómo te llamas?

—Luis... —respondió el niño, alzando hacia él unos grandes ojos húmedos y tristes, en los cuales pareció concentrarse el último brochazo de amorosa luz de aquel crepúsculo de Noviembre...

II

Villalmar, vistiéndose aquella tarde para ir a comer a casa de Luisa, pensaba en todos los incidentes que habían ocurrido en tan pocos días. Había sido nombrado miembro de la Comisión de Bellas Artes y del Jurado de Recompensas del Salón. Felipe Segura sabía trabajar! La ley de las compensaciones! La falta de temperamento de aquel muchacho, era suplida por desarrolladas dotes de saber vivir, de hombre práctico. Villalmar lo quería, experimentaba hacia él esa especie de cariño indulgente por el hombre que aspira a mucho y que está condenado a una amable medianía por falta de dotes naturales. Ah! Si Felipe hubiese tenido sangre de pintor, con su gran inteligencia para las cosas materiales y para ganarse partidarios, habría llegado a ser una gran figura en el arte. Sabía insistir, calladamente, pero siempre en la brecha, sin gritar, confiándose el tiempo, a una palabra lanzada un día a uno, luego más allá otro, hasta formar una opinión, a veces avasalladora. Villalmar

había ayudado a muchos. ¡Con cuanta mayor razón hacíalo con Felipe, que era tan decidido por él, y tan respetuoso! ¿Qué había un interés creado de por medio? Algo había de haber, pues en la vida todo es cuestión de intereses creados, que se ponen en juego con tanto más calor cuanto mayor es el número de los hombres que luchan por ellos.

—«Sí, señor, muy bien dada la segunda medalla a Felipe. La señorita Olga, por su retrato, puede esperar...».

Se detuvo en sus pensamientos, mientras se hacía el nudo de la corbata. ¿Y la primera medalla? Esto era hoy por hoy el punto importante. Hubo empate; se intrigaba en contra de Castro, este muchacho simpático e irónico que jamás se quejó de su suerte, que trabajó con dulce resignación. No, merecía la primera medalla! Nadie se lo imaginó jamás, pero era el hecho que ese cuadro extraño para muchos, tenía originalidad y una fuerza muy rara de encontrar en medio de la apatía y debilidad general. No había chocado la recompensa sino la sorpresa de ésta. En «la segunda» de Segura, encontró oposición, pero en «la primera» de Castro, había hallado protesta. Pero la encontraba justa, no tanto por su resultado como por su esfuerzo. Y sobre todo, que contento experimentaría ese muchacho que se sentía fracasar en definitiva, saltar de una simple mención honrosa dada hacía doce años, a una primera medalla! Por proporcionarle esa sola alegría, se justificaba el premio.

—Preguntan por el señor,—vino a decirle la criada.

—¿Quién es?

—No sé, señor, pero dice que ha venido otras veces.

—Ha de ser algún pintor.

—Así parece, porque trae una caja y tiene melena.

—Señal infalible! Hazlo pasar.

—¿A su despacho, señor?

—Aquí mismo. Debe ser de confianza.

A los pocos segundos oyó que la criada decía, tras de la puerta

—El caballero dice que pase Ud., con confianza.

—Adelante quien sea!—exclamó Villalmar.

Entonces penetró a la alcoba un muchacho joven, muy pobre de aspecto, con la barba de ocho días y cuyo color amarillento revelaba la mala nutrición. Dos grandes ojos dulces, miraban como asustados aquella elegancia, aquella blandura de nido de la alcoba de Villalmar, que hacía resaltar con mayor violencia la pobreza del muchacho.

—Hola! es Ud., Rivas!

—Gracias, señor.

—¿Por qué me da Ud. las gracias? ¿y por qué me dice Ud. «señor» cuando soy su camarada?

—Gracias, porque me ha llamado por mi apellido, y todo el mundo, es decir, mis compañeros, me dicen «el escuálido», y «señor» porque al verlo en su casa, en medio de todo esto, no he podido tratarlo con la confianza de antes.

Sus ojos tristes seguían observando aquella pieza coquetona, embalsamada de olor de colonia fina que Villalmar se había echado en el pelo, y sus narices parecían abrirse con voluptuosidad para respirar aquel ambiente de limpieza, de orden, en el cual los muebles tenían no se sabía qué expresión humana de reposo y paz, luciendo sus telas de tonos apagados bajo las pantallas rojo y verde que empalidecían la luz, y cuyos colores revelaban el ojo de artista, que había seleccionado esos tonos complementarios y armoniosos dentro de su vigor.

—Síntese Ud. Está en su casa, y dígame en que lo puedo servir,—y continuó tranquilamente su tocado.

Con suma cautela, Rivas se sentó en un diván, teniendo su sombrero y su caja de pintura en las rodillas

—¿Una copa de oporto o de jerez?

—Prefiero agua. Hace calor.

—Muy bien: como yo. Y dió orden a la criada que trajera una granjada, que Rivas bebió con avidez.

—¿Y que se dice por ahí? ¿Que se habla en los círculos artísticos?

—A eso venía, señor... A eso venía, Villalmar—corrigió—a dar noticias a Ud. que deben interesarle mucho.

—Malas, de seguro.

—Desgraciadamente.

Ante esta palabra, quedó sin ponerse el smoking, con un brazo metido en una manga, y en actitud de espera y de sorpresa.

—¡Por la primera medalla de Castro, quizás?

—Y la segunda de Segura. ¡Un gran lío!

—Hable Ud., con entera franqueza.

—Ud. cree que ha hecho un bien a Segura y a Castro...

—Claro está: dos recompensas!

—Pues ninguno de ellos está contento.

—¡Cómo!...

—Ahí tiene Ud. Segura se manifiesta resentido porque dice que si Ud. pensaba que Castro diese ese gran salto de una mención honrosa a una primera medalla, bien pudo haberle dado a él la primera porque son más amigos, y la segunda entonces a Castro. Y repite que no ha sido Ud. leal con él.

—Pero si el envío de Castro es de más calidad que el de Segura, es todo un cuadro de composición, que no es como mancha un paisajito. Además, mucho ha trabajado Castro resignadamente y con altivo desdén por los convencionalismos, para que le fuéramos a regatear una insignificante primera medalla. Y estoy contento porque creo haberlo hecho feliz.

—No ha sido así, Villalmar.

—¡Qué dice Ud., Rivas?...

—Eso, que no ha sido así, porque Castro dice que ese premio tan sorpresivo le ha echado encima a todos sus compañeros, que ahora resulta que no le darán, de seguro, uno de los céntamos «Edwards» o «Maturana», que más falta le hacen porque son premios en dinero...

Villalmar, nerviosamente, terminó de ponerse el smoking, empapó su pañuelo en esencia, aspiró con fuerza el aroma con

buscando un alivio a la impresión que todo aquello le había producido, y con una tranquilidad forzada, dijo, lentamente y con amargura, a Rivas:

—Es decir que todo lo que yo luché en el jurado para premiar a Castro, hasta llegar a comprometerme a pintar el retrato de la esposa de uno de los jueces, que son muchos pesos que regalo, para obtener mayoría, no lo agradece ni el propio interesado? Y luego ese premio de Segura, que pasó a empellones!... Ud. sabe como pinta Felipe... ¡Qué color! Y ahora todo eso viene en mi contra?...

Se paseó por la pieza, con la mirada baja y triste. No era ira la que experimentaba, sino una especie de tristeza de hombre desorientado. Sacó un cigarrillo de su petaca y le pasó otro a Rivas.

—¿Aquí?—preguntó éste.

—Fume Ud. sin cuidado.

Pero Villalmar dejó el cigarrillo sin encender sobre su cómoda, cogiendo los guantes claros y abriéndolos. Rivas le observaba sin atreviéndose a explicar lo que faltaba, aspirando con apresuramiento el humo. Oscar adivinó que algo había por decir, e insistió:

—¿Y qué? ¿Qué más?...

—Un absurdo. Que se dice que Castro renuncia a la medalla...

—¡Un hecho así traerá la renuncia del Jurado!

—Parece que es lo que se pretende.

—¿Pero por qué?... ¿Para qué? No lo comprendo, no sé quien sea el interesado en todo esto tan extraño y tan absurdo, como Ud. dice.

—¿Me guarda Ud. el secreto?

—Hable Ud. con confianza,—le dijo, poniéndole la mano en el hombro, y reprimiendo algo que hacía un momento le ahorraba...

—Manejos de Segura! Dos o tres muchachos se han burlado

de él diciéndole que Ud. lo ha puesto detrás de Castro, y Segura es muy vanidoso.

—¡Vanidoso Segura, cuando...?

—¡Un rey! Este entonces ha hecho creer a Castro, que con su primera medalla no tendrá opción a los premios en dinero, y se ha formado el lío, y renunciando el Jurado, Ud. queda desautorizado y en situación violenta... Y ¿qué necesidad tiene Ud. de andar metido en todo eso, cuando su persona está muy por encima de la de todos ellos...? Sus enemigos, que son muchos, tendrán entonces ocasión...

—No continúe, Rivas, que todo esto me da náuseas... Yo sólo quise el bien para ellos... y ellos...

—Se subleva la mediocridad, que es el más terrible enemigo, porque ataca solapadamente. Lo digo por experiencia...

—Calle hombre, Ud. es bueno... Lo prueba lo que me ha dicho Ud....

—Tal vez, pero cuando todo se cierra para nosotros, es amargura y veneno tan sólo el que sentimos en la boca... Yo también sí... Ud. no. Los felices no saben de estas cosas; y yo las digo porque me parece descansar al decirlas...

El reloj despertador de la mesa de noche, dió ocho campanadas, que vibraron fúnebremente.

—Ud. tendrá que hacer... Yo me voy... Quería... Miró al suelo, cogió su caja de pintura y se puso de pie, agregando:

—No me habría ido de aquí... Me siento tan bien!... ¡tan bien!...—Miró de nuevo aquel lujo tranquilo, aquella paz y seguridad de vida que respiraba ese ambiente, y calló, como se esperaba algo.

Villalmar comprendió de que se trataba, y discretamente, para no ofenderlo, le dijo:

—Ud. también esculpe, ¿verdad?

—Empecé por hacer eso, pero daba menos que la pintura... que también da muy poco...

—Muy bien. Hágame Ud. una copia de «Liberación», de Casas Basterrica. De un tercio, nada más.

Se iluminó el rostro de Rivas, con súbita alegría, y esperó algo más.

—Un momento. Lo conduzco.

Sacó de su cartera un billete de cien pesos, y poniéndolo en un sobre, cerró este, pasándoselo al pobre muchacho:

—Como un adelanto para greda. Hasta luego, y ya sabe que ésta es su casa...

Lo condujo hasta la puerta y lo vio irse, con paso rápido y alegre. Bajo un farol, Rivas rasgó el sobre nerviosamente.

—¡Cien pesos!—exclamó, y apretando el billete, un tesoro para él, reanudó la marcha, a tropezones, más ágil, como si sus pies tuviesen alas, y de improviso se detuvo. Miró al cielo lleno de estrellas que luchaban con las últimas luces del crepúsculo, y llenando sus pulmones de aquel aire tibio y suave, exclamó:

—¡Hay también felicidad fuera del arte!—y estrujó el billete como si fuera el corazón de una amada...

III

Cuando Villalmar dejó a Rivas en la puerta, volvió lentamente por el pasillo, se detuvo para pensar y luego preguntó a la criada que esperaba:

—Mamá se recogió?

—Sí, señor, comió temprano.

Fué a la pieza de su madre, a darla un beso, lo que acostumbraba antes de salir. La anciana leía un libro místico, caladas las gafas con guarnición de carey, que destacaban extrañas por entre los encajes de la cofia blanca. Las manos muy albas, de venas pronunciadísimas, hacían resaltar su blancura sobre la cubierta del libro negro.

—Vienes preocupado. ¿Qué tienes? ¿Comes fuera?

—Sí, mamá, en casa de doña Clara.

—Salúdala. Pero ¿qué tienes? Dímelo. Ya sabes que yo siempre te he dado buenos consejos.

Pensó en no decir nada a la anciana, a quien procuraba evitar

todo disgusto motivado por cuestiones de arte. ¡Bastante ya había sufrido ella en la vida junto a su hijo, que tanto luchó, hasta conseguir una posición holgada y brillante, a fuerza de privaciones y de estudios noche y día!

—Una noticia que me dieron, de poca importancia. . .

—Cualquiera noticia, hijo mío, no vale lo que un disgusto tuyo. Si sales, abrígate bien. Las noches refrescan.

—¿Se le ofrece algo, mamá?—le arregló las ropas, cuidadoso, y le dió un beso en la frente.

—Nada. Ten cuidado con esos automóviles,—le advirtió al salir,—y persígnate. . .

Villalmar sonrió con ternura ante la advertencia patriarcal de la anciana, y lo hizo, como lo hacía desde niño, obedeciendo con esto a sus arraigadas creencias religiosas.

En marcha hacia la casa de Luisa, su corazón rebozaba amargura. Hubiera querido contárselo todo a su madre, único ser de su familia que le quedaba en el mundo, porque así habría descansado de aquel peso y de aquel desencanto que gravitaban sobre su ser. Pero como siempre le había sucedido, se arrepentiría por haber hecho sufrir a su madre, quien daba tanta importancia al incidente más pequeño relacionado con su hijo.

Cruzó la parte céntrica de Santiago, para tomar la Avenida de las Delicias. Se diría que la capital era una aldea. Pasada la agitación entre las seis y media y siete y media, cuando los empleados se retiran de las casas de comercio, la ciudad parecía abandonada, casi muerta, brillando los pálidos focos en las calles solitarias y los reflejos de luces de los tranvías animando fugazmente aquella soledad, que evocaba la Colonia aun al través de más de cien años.

Anduvo por las Delicias varias cuadras. Bajo las encinas, cuajadas de frescos renuevos, se sentían crujimientos extraños, piar de avecillas sorprendidas en medio de su primer sueño, y como un ambiente tibio de rejuvenecimiento, que subía de la tierra y bajaba de los ramajes cargados de jugo primaveral.

Oscar se detuvo unos segundos ante una fuente. Hundió su bastón en el agua y luego lo puso en el caño, que le salpicó la cara y las ropas, sorpresivamente.

—¡Qué fresco y qué delicioso el contacto del agua!

Continuó marchando. «Era increíble lo que había pasado. El sólo quiso un bien para todos y le devolvían un mal, que quisiera Dios no fuera de mayores consecuencias». Y se sintió solo en la vida, acechado, hostilizado en forma cruel. Cambiaría todo su bienestar, conseguido a costa de trabajo tenaz, por tener afectos leales. Pero después de su madre ¿quién le quería?... Vió brillar allá, entre las encinas, la luz de un vestíbulo de casa elegante, como la promesa de un ambiente de afectos. La casa de Luisa.

—Creí que no venía. Como Ud. a veces promete y no cumple,— le dijo ella al entrar.

—¿Cuándo ha sido eso?—preguntó Oscar.

—Siempre... siempre... —afirmó la muchacha con tono mimoso, invitándolo a sentarse en el hall.

Estaba con el peinado que prefería Oscar, con raya al medio, y los bandós anudados con descuido hacia los lados de las sienes.

—Se ha hecho Ud. el peinado que yo prefiero. Gracias, Luisa.

—Me lo deshago, si Ud. me dice eso—arguyó infantilmente ella.

—Entonces, ni media palabra.

En el silencio de aquella casa de tapicerías y muebles oscuros, se oyeron los golpes graves de un gong.

—Mamá, como supo que Ud. había llegado, llama a comer. ¿Vamos?

En el comedor saludó a doña Clara, que les esperaba sentada ante la mesa redonda cubierta con un finísimo mantel de hilo, liso, resplandeciente en su blancura, sin otro adorno, que algunos sobrios dibujos de punto inglés. Candelabros de la Colonia a los cuales se habían adaptado bombillas eléctricas, arrojaban una luz baja, dulcificada por pequeñas pantallas oro y violeta

que armonizaban con las flores y la vajilla. Una gran chimenea de mármol negro, apagada, tenía ahora en su cubierta macetas de bubardias y ciclámenes que esparcían su aroma en aquella atmósfera dulce y tranquila, en la cual se fundía insinuante el perfume preferido de Luisa.

—¿Por qué está Ud. con esa cara?—le preguntó ella.

—Si tuviera otra...

—Le quiero significar que no me gusta verlo triste.

De nuevo Villalmar sintió deseos de contar a aquellas dos buenas amigas sus cuitas, tanto más cuanto que las sabía de su parte, pero juzgó indiscreto hacerlo y calló, dejándose mecer gratamente por aquel instante, charlando de cosas indiferentes, a veces de un cuadro, de un autor, de una novela, de alguna artista de teatro.

Doña Clara observaba a Oscar y a su hija, y al verlos tan de acuerdo en sus pareceres, tan digno el uno del otro, tanto por delicadeza espiritual como por figura física, pensaba en la ideal pareja que hubieran hecho en la vida. Luisa, todo delicadeza y altivez, era lógico que se sintiera bien ante aquel hombre artista, fuerte, de figura arrogante y de corazón de niño. Su hija parecía transformada en aquellos momentos. Por más que quisiera disimular, una alegría y una plenitud de vida le subían del corazón, reveladas en sus palabras dichas con tono emocionado, en sus movimientos y en una dulce y mimosa languidez. Cuando hablaba Oscar de arte, los ojos pardos de ella se humedecían, clavados en los del artista, como cuando en el teatro apasiona una escena entre galán y dama. Y sin embargo esa niña se había unido por aberración de la suerte, a un hombre que no le correspondía, que por sitios de dudosa fama destrozaba salud y fortuna.

Villalmar calló, poseído del pesimismo que Rivas le había infiltrado al contarle lo sucedido.

—A Ud. le pasa algo—insistió Luisa.

—Nada.

—¡Si lo conoceré yo! No está Ud. como siempre.

—No tiene importancia.

—¿Me lo contará Ud.?

—Tal vez.

—Sí, me lo contará—afirmó ella destrozando entre sus dedos, un capullo de rosa.

El, para cambiar de charla, preguntó a qué teatro irían.

—La última vez lo pasamos muy bien en aquel teatro de barrio. ¿Recuerda Ud. Luisa? ¿Quiere que vayamos a un circo? En el Coliseo Nacional, hay uno que dicen que es bueno—les dijo el pintor.

—¡Ya!—dijo Luisa, consultando con la mirada a su madre.

—Avisaré al chauffeur—le indicó ésta.

—¿Para qué, mamá? Vamos en un auto de arriendo. Llamaremos menos la atención.

Ellos preferían ir a esos teatros alejados del centro de la ciudad, adonde sus relaciones no los verían, adonde sólo encontraban gentes que desconocían y que no podrían juzgar torcidamente la compañía de Luisa con el pintor.

Un ford los condujo por San Diego. En la estrechez del asiento, Oscar sintió el contacto dulce del cuerpo de Luisa, y no se atrevió a moverse, temiendo que el más pequeño movimiento fuera a ser juzgado por ella como un deseo de roce pecaminoso. Poco a poco la tibieza de sus ropas perfumadas, traspasaron la tela de su abrigo, de su smoking, para llegar a su piel, acariciadora y envolvente. Habló poco, atento, abandonado a la vecindad de aquella naturaleza femenina de selección. De tiempo en tiempo el amplio sombrero negro de ella con las plumas del ala, rozaba su rostro, como llevándole en dulce tentación algo del flúido de aquella mujer todo delicadeza y discreción. Le dirigió esta sola frase:

—Quisiera que este andar en medio de la noche y a su lado, no terminara jamás. . . Ella lo miró varios segundos, con los ojos ligeramente entornados, como si quisiera guardar la intención

de la frase, y él observó su boca, aquella admirable boca, cuyo exquisito dibujo del labio superior recordaba el perfecto arco de una flecha, y dejó ahí sus ojos, clavados, presos por aquella frescura de flor, hasta que aquel arco se desplegó en una sonrisa mostrando la perfecta dentadura, como si ese gesto fuera una coquetería de ella para sumar encanto a la mirada del artista.

Habían llegado sin darse ellos cuenta. Oscar se adelantó a comprar las localidades. Porteros y boleteros miraron extrañados a aquellas tres personas elegantes que pedían un palco. Los condujeron por varias escalas, hasta una especie de pesebres con sillas de tijeras. (*)

—Mejor?... ini en el Municipal!—comentó Villalmar en broma, arreglándose como mejor podían. De improvisó, dijo, descubriendo unas butacas de felpa roja, casi nueva:

—¿Y aquellas?—preguntó al acomodador.

—Son «tertulias», señor. Pueden sentarse ahí, si Uds. quieren.

—Claro que queremos!

Desde ese sitio se dominaba todo el circo. Algunos curiosos alzaron la vista para observarlos, pero luego requeridos por el tony, volvieron a ver concienzudamente lo que pasaba en la pista.

—Me encanta estar así! Cuánta libertad! Nadie nos conoce, a nadie conocemos. Me parece que estoy lejos de mi mundo. ¿Verdad Luisa?—la interrogó, mirándola. Ella movió la cabeza, pero sin corresponderle la mirada.

—¿Le interesa a Ud. el espectáculo?—preguntó él.

—¿Por qué me lo pregunta Ud.?

—Para no interrumpirla con mi charla.

—Entre lo que dice el tony y lo que dice Ud.; prefiero lo que dice Ud. . .—dijo ella en broma.

—No deja de ser irónica la galantería, pero la acepto. Estoy contento, como pocas veces lo he estado. Y su mamá, ¿qué dice de todo esto?

(*) Se refiere el autor al antiguo teatro.

—Mamá. . . ; Me quiere mucho,—se limitó a decir ella, como significando con esa frase que su madre estaba contenta viéndola a ella feliz. Y quedó mirando a la pista, fijos los ojos, llenos de pensamiento. Oscar la contemplaba a su sabor, sin tener que disimular, y tan grande era para el retratista la fuerza de aquella adorable visión, que le parecía que aquellos ojos los sentía sobre sus ojos; aquella piel, su boca, rozándole la suya. Toda su vida, todas sus facultades, estaban entonces concentradas en su mirada, todos sus sentidos solicitados por sus ojos, que se detenían como embriagados en aquel rostro, deleitándose en la armonía de líneas, como adormeciéndose sobre la seductora sinuosidad de aquella boca, que al hablar mostraba unos dientes perfectos y blancos, engastados en unas encías húmedas de pálido coral.

—Luisa ¿jamás Ud. ha experimentado una sensación física de sabor al mirar una cara que le es simpática?—Ella, rápida, le dió una mirada, sonriendo. . .

—No he puesto atención,—respondió.

—Yo, sí. . .

No se atrevió a explicar su pensamiento, como le pasaba a menudo con ella, por falta de confianza suficiente, y calló.

Los sirvientes empezaban a colocar la red para la prueba final, llamada el vuelo de los cóndores. El tony, por entre alambres, cuerdas y maderas, se daba de golpes, que platea y galería celebraban con agasajos.

—¿Se acuerda Ud. Oscar que nos conocimos al salir de un circo?

—Estaba pensando en eso, Luisa,—interrumpió doña Clara, bajando los gemelos que tenía apuntados a la pista.

—Yo lo conocía a Ud. por retratos publicados en los periódicos y de vista,—insistió ella.

—Después no volví a verla hasta aquella tarde en que me fué presentada Ud. en el Salón, cuando opté a la primera medalla por el retrato de aquella amiga suya.

—Yo volví a verla a Ud. en la Comedia, cuando estuvo La Goya. Estaba yo recién casada. . .

—La última frase la pronunció con dejadez, como si se resistiera a salir a los labios, con miedo a hacer de nuevo visible la valla insalvable que los separaba.

—Pasaron dos años sin que yo volviese a verla...

—Para mí, una vida!...—respondió Luisa.

—Y qué vida! —subrayó su madre, con tristeza resignada.

La música del circo empezaba a tocar un vals melancólico, arrastrado, una especie de canción que se truncaba a cada instante y daba una originalidad muy especial a la melodía. Se pusieron en fila todos aquellos hombres de uniformes rojos con trencillas blancas, que les iban holgados o estrechos, revelando estar destinados a distintas personas que las que había actualmente en el elenco. Aparecieron dos hombres bien formados, hermosos, cuya musculatura se dibujaba claramente por sobre la malla color oro, acentuándose en el pecho y en los omoplatos. Los seguía una mujer tan fina y delgada de cuerpo, que parecía una niña de quince años. Saludaron con la afectación clásica de los saltimbanquis, dieron una vuelta, y agilísimos subieron a la red, trepando luego por una escala de cuerda hasta llegar a una plataforma altísima. El más grueso se instaló en un trapecio, cuyas cuerdas de acero eran tan finas que parecía su barra aislada en el vacío. Primero fué la mujer que dió un paseo como prueba, en el aire, y luego el hombre, para empezar en seguida con las volteretas de trapecio a trapecio. La mujer lo precedía, no exenta de elegancia en sus pruebas, y luego venía el trapecista más esbelto, tan elegante, tan fino, tan preciso, que hacía la impresión de no tocar las barras de los trapecios, sin interrumpir sus movimientos isócronos, llegando a la plataforma sereno, tranquilo, confiado en sí mismo e infundiendo confianza a los muchos ojos que lo miraban.

Aquella precisión y elegancia, entusiasmaban a Oscar y a Luisa, que aplaudían sinceramente. Sus miradas, iban a unirse allá arriba, en la plataforma, y seguían atentas los movimientos de los trapecistas.

—El arte, sea cual fuere su género,—dijo Oscar—necesita infundir esa impresión de seguridad y facilidad para que sea admirado. Nos encanta ese hombre porque nos da la grata impresión que sus volteretas son tan fáciles de ejecutar, que podríamos hacerlas nosotros. Sentir, a veces, no es nada, cuando no se tiene habilidad técnica, y se siente más hondamente cuando más dominamos el elemento materia. Las grandes sensibilidades, con pocas excepciones, las han tenido casi siempre los grandes técnicos. Toda la época del Renacimiento, lo prueba; Corot, Delacroix en el siglo XIX, lo afirman; lo confirman los bloques de Rodin en el siglo XX.

Varias veces estuvo tentada Luisa a decirle a su amigo que él era en la pintura tan hábil y tan elegante como esos trapevistas, que sus admirables retratos tan exiguos de materia y tan elocuentes de expresión y de vida, daban esa sensación de amable facilidad; pero el temor a que su opinión fuese traducida por galantería interesada, el ambiente de abandono y bienestar que la embargaba, aquel mismo juicio expresado por el pintor con tanta seguridad y conciencia, la hacían callar, contentándose con mirar de tiempo en tiempo a Oscar, con dulzura, pensando tan sólo en el minuto presente, queriendo detenerlo, guardar en sus oídos como en caja misteriosa, aquella música humilde y expresiva, música nostálgica de circo de barrio, como henchida de sueños irrealizables, como murmullos tímidos que quieren subir al cielo y se resignan a quedarse enredados en las mallas de una red, o a lo más, a llegar hasta los palcos solitarios para volver de nuevo a la realidad modesta, como avergonzados de tanta altivez y de tan loco ensueño...

La última voltereta, fué marcada por un aplauso estruendoso, y cuando Villalmar se dió cuenta que era preciso retirarse porque el espectáculo había terminado, se sorprendió con la mano unida al brazo de Luisa, como si en aquel triple salto mortal que había visto, fuera ella uno de los actores y él la ayudase como para evitar una caída desde la altura...

—Oh! perdone Ud. . . .

—¿Por qué?—le respondió ella, con inocencia.

El calló entonces sorprendido, desorientado, no sabiendo si aquella respuesta fué estudiada o si en realidad no sintió ella el contacto de su mano. Luisa iba radiante, las mejillas encendidas, con una belleza luminosa.

—¿Está Ud. sofocada?

—No, siento un calor agradable, más bien. . .

Al llegar al vestíbulo se confundieron con el gentío que salía, personas modestas, y del pueblo en su mayoría, entre las cuales se oían comentarios sobre lo que acababan de ver. De improviso Luisa se puso intensamente pálida, y con los ojos clavados en un punto, en medio del público que se estrechaba, dijo a su madre, cogiéndose a su brazo, y en voz baja:

—¡Ay! mamá. . .

—¿Qué te pasa, hija! ¿Te sientes mal?

Después de algunos segundos y como recobrando fuerzas, respondió:

—¡El! . . . ahí! . . . ¡Mi marido! . . .!

Oscar alcanzó a oír la advertencia de Luisa, y miró ansioso entre el gentío. Pero fué en vano, porque él apenas conocía por retratos al marido de Luisa, y sólo una vez lo había visto de paso, en una circunstancia análoga a la de entonces.

—¿Iba solo?—preguntó doña Clara.

—No, mamá: con una mujer. . .

Cuando de nuevo tomaron el auto, Luisa pensó que dónde pudo estar él, cuando lo primero que hizo ella al entrar al circo fué observar con atención, a la concurrencia, por si lo veía, como siempre lo hizo cada vez que la acompañó Oscar. ¿Se ocultó de ella? Porque de seguro los vió entrar. Estaban tan visibles aquellos palcos, y casi todo el público miró hacia arriba cuando vieron que unos pocos miraban. Y si los vió, ¿qué pudo ver? Miradas que todo el mundo da; sonrisas inocentes. ¿Qué, entonces? De improviso sintió un calor en sus mejillas; se rubo-

rizaba, si, y con razón, al pensar en que Oscar le cogió el brazo. Ella se dió cuenta cabal que fué uno de esos movimientos inconscientes de toda persona, que, en un momento emocional, busca la compañera, la unión de almas que simpatizan, y no protestó, porque la protesta habría sido casi como una aceptación del hecho, y calló, arrullada por aquella música lánguida de penas y de amor, sintiendo con delectación que aquella mano sobre las pieles de sus abrigo, estrechaba su brazo, tan respetuosa y dulcemente. . . Pero él debió ver aquello y juzgarlo con su pensamiento de hombre malicioso; debió pensar que ella era de Oscar. . . ¡Dios mío! . . . Y trató de esconder su cara entre las pieles, como si hubiese sido sorprendida en un crimen. . .

—¿Por qué va Ud. tan callada?—oyó que le preguntaba a su lado Villalmar.

—Por nada—respondió, y trató de esquivar su cuerpo de tan estrecha vecindad. El lo notó e hizo lo mismo, comprendiendo el estado de ánimo de ella. La presencia de *aquél* hombre, visto de improviso, era la causa del cambio súbito de Luisa. Ya en otra ocasión había sucedido algo análogo, una transición radical del espíritu, como un hielo invencible puesto entre los dos.

—¿Fué ella sincera al declarar la inocencia cuando él la cogió el brazo?—pensó Oscar. Quizá nó, porque precisamente cambiaba de actitud ante la suposición que su marido hubiese visto aquello. Es decir, no por ella, entonces, sino por la duda que en un tercero pudo haber estimulado eso. Esto lo tranquilizó, pero fué inútil hacer que Luisa volviese a recobrar la alegría y plenitud de vida que tuvo hacía algunos momentos en el Circo. Bien podía él, en aquella intimidad forzada del asiento, insistir, probar, pero no se atrevía. Era tan leal y tan confiada aquella mujer, que se imponía a todo asalto a su pudor, por velado y sutil que este fuese, y sobre todo que Villalmar se juzgaba incapaz para resistir la horrible vergüenza de un rechazo. Permaneció quieto, en silencio, respetando el recogimiento de esas dos mujeres, dejándose llevar por la vida y por los acontecimientos.

Comprendía que entre él y Luisa había una mutua simpatía, más grande quizá que la que él suponía, pero aunque fuese así, su delicadeza no le permitió jamás tomar una iniciativa, aunque su sangre joven y bullidora lo impulsase. Una vez, leyendo ambos una revista, sus rostros estuvieron tan juntos, que sintió él en su mejilla la tibieza de la mejilla de ella. El más pequeño movimiento, y el beso suave y silencioso habría florecido espontáneamente, pero sufrió la cruel tortura de la inmovilidad, sintiendo que su rostro era invadido por las lianas de su pelo castaño, que le cubrió los ojos como una dulce y perfumada malla. Otra vez, examinando una sortija, que ella había comprado, le cogió él su mano izquierda, y en ese momento su madre llamó la atención a un hecho ajeno a eso, y ella mientras explicaba algo, dejó su mano entre las del pintor largo rato, con candor de niño. En una circunstancia sí que hubo entre los dos una dulce complicidad de los sentidos, revelada en forma cruel y casi exasperada. Oscar, entre veras y bromas le había quitado una horquilla, para guardarla. Ella intentó arrancársela, y ante la imposibilidad de hacerlo, le amenazó con rasguñarlo. «Hágalo»—le dijo él, y Luisa, mirándole fijamente, enterró dos de sus uñas afiladas en el dorso de su mano haciéndole sangre, dejando en la piel dos medias lunas que trasudaban gotitas rojas y copiosas.

—Qué imbécil he sido,—le dijo ella luego pasando, piadosamente, las yemas de sus dedos sobre las dos pequeñísimas señales.

De tiempo en tiempo, en la carrera del auto, al acercarse al centro de la ciudad, luces más fuertes de faroles iluminaban el rostro de Luisa hundido entre las pieles, más pálido ahora, con una expresión de frialdad y de tristeza.

Cuando llegaron a la casa, la despedida fué fría, por parte de ella, lo que también heló los entusiasmos del pintor. Este se atrevió a preguntar:

—Ud. me ha prometido una visita a mi taller. ¿Cuándo la hace?

—Pronto—le respondió ella, pasándole una mano laxa, que Villalmar no se atrevió a estrechar, sino apenas a rozar.

—Ah! Llévese Ud. ahora las tricromías belgas que me prestó.

¿Sería un pretexto para decirle algo? Penetró a la casa y esperó solo en el salón. Aunque afuera la atmósfera estaba tibia, aquella pieza daba frío. Ella no tardó en volver con el cuaderno, pasándolo a Oscar. Este quedó silencioso, mirándola.

—Váyase Ud., se lo ruego. Mamá no vendrá.

¿Por qué miraron ambos al mismo tiempo, la única puerta que había entreabierta, como si sus pensamientos hubiesen coincidido en la realización de un hecho? Ella se alejó del lado de Oscar como temerosa de haber sido descubierta en sus pensamientos, y al darle él ahora de nuevo la mano, ya sin guantes, palpó helados sus dedos, y advirtió como si su cuerpo vacilase en un dulce desfallecimiento...

IV

Los sucesos se produjeron como Villalmar había previsto. Este renunció a ser jurado y a su puesto de miembro de la Comisión Permanente de Bellas Artes. La ingratitud de Segura, a medida que pasaban los días, le envenenaba su espíritu; luego chismecillos llevados y traídos, una palabra indiscreta de alguno, cierto alejamiento de sus antiguos amigos, acabaron por amargar, por acrecentar y dar mayor trascendencia a los hechos. Una declaración firmada por Felipe y por Castro en los periódicos, respecto a la renuncia de sus respectivos premios, colmó la medida en el espíritu de Oscar, de suyo altivo y orgulloso; y la verdad, el ansia de decir la verdad, de una vez, a todos esos fariseos que ocultaban la mano que hería, lo hizo escribir una crítica demoledora en contra de Felipe. En aquél artículo, más se veía la herida que había causado la ingratitud, la queja del hombre maltratado gratuitamente en la dignidad, que la saña del profesional para uno de sus colegas. Se creyó en el pri-

mer momento que Villalmar abusaba de su autoridad en el público, de su preparación artística, de sus pocos puntos flojos como profesional; pero los que estaban interiorizados en el asunto, encontraban justificada esta conducta. Inútil fué que Rivas les explicase a los enemigos la actitud de Villalmar.

—«Tu no debes hablar—le decían—porque estás implicado para hacerlo, ya que te han encargado esa copia en la cual te ganarás quinientos o mil pesos, por lo menos».—Rivas arrojaba pelotones de greda sobre la figura que estaba haciendo, ahogado por la ira que le provocaba la injusticia. Villalmar los había defendido a todos, los había ayudado, y hasta hubo algunos que optaron a premios después que el pintor les corrigió sus cuadros o les dió buenos consejos para su mejor resultado. Todo inútil! Segura había hecho una eficaz labor de zapa. Cuando se le leyó la crítica de Oscar en contra suya, en medio de un círculo de pintores, en el Palacio de Bellas Artes, oyó silencioso, hasta el fin, llena la boca de la amargura del rencor y su cara se cubrió de manchas rojas, único signo visible de todo aquello.

Por el momento era preciso no hablar—pensó Felipe. Los colegas que lo observaban, aunque estaban en contra de Oscar, no podían disimular cierta secreta satisfacción por el vapuleo «hecho con definitivo talento»—como decía el mismo Castro,—para aquel muchacho que toda la vida vivió a expensas de sus manejos y de la autoridad de Villalmar, que lo impuso, pintándole muchas veces sus cuadros. Por eso calló Segura aquella vez, por eso se guardó de pronunciar ni una palabra siquiera, para que empezase la reacción de simpatía que provoca toda víctima. Y para apresurarla, se dolía de haber perdido «al amigo que más quería, al pintor que más admiraba entre todos, y a quien tantas veces defendió de los que le envidiaban...».

Una vez Castro, con su franqueza acostumbrada, dijo a Felipe:

—¿Sabes que me pesa haber seguido tus consejos? Ya ves, no por renunciar al premio, me han dado otro, sino que me quedé

sin ninguno, sencillamente. Tú me habías dicho que me «obsequiabas» uno de los certámenes, y total: ni tú tienes nada. Dígase lo que se quiera, en Villalmar hay una voluntad, un talento de pintor, apesar de todas sus petulancias y sus orgullos.

—Y se justifica eso!—peroraba Rivas—¿Green Uds. que se llega a pintar retratos como los suyos sin quemarse antes las pestañas dibujando, y tostarse la nuca para encontrar la calidad justa de la carne? ¿Qué te pegó fuerte? ¿qué te dijo... dos o tres verdades...? Eso no es motivo para que todos nos lancemos como perros en su contra!

Cuando oyó Felipe eso de las «dos o tres verdades», con la cara cubierta de manchitas rojas y el ángulo exterior de sus párpados con un poco de excrecencia blanquecina, no pudo ya contenerse, y sacando el recorte del periódico que contenía el artículo, ya ajado, arrugado, por las muchas lecturas, les dijo, temblando:

—Es que en este artículo hay un desprecio profundo por todos Uds. por todos nosotros!

—¡Viene documentado, el hombre!—apuntó Castrito, mostrando su sonrisa taladrada y socarrona.

Segura hubiera querido gritarles el párrafo que leía, escupírseles a la cara para volverlos en contra de Villalmar, pero temblando, lentamente, con los ojos ensangrentados por la ira, leyó subrayando con habilidad aquellas frases que podían tomarse como alusión ofensiva para todos, y allegando pruebas favorables a su causa, leyó también un «suelto» anónimo de un periódico medio inédito, en el cual se comentaba, como altamente ofensivo para todos los pintores, el artículo de Villalmar, y que Felipe tuvo el buen cuidado de redactar y hacer publicar.

—Ya ven Uds.: estamos en ridículo ante la opinión pública y no hacemos nada! Le tenemos miedo!—agregó Segura.

Primero guardaron todos silencio, como consultándose, instante de debilidad que aprovechó el maquiavelismo de Segura

para afirmar que más de una vez Oscar le había manifestado a él ese desprecio por todos ellos, recordando el calvario de sus primeros pasos, cuando se le decía en la escuela que «pintaba con merengue y polvos de arroz».

—Castro duda y dudan todos Uds. de mis palabras, pero fíjense un momento en ciertos hechos: jamás Villalmar viene a nuestras reuniones, nunca va al taller de ninguno, apenas nos habla cuando nos encuentra, no pertenece a ninguna «sociedad». Se aísla orgulloso, como gran señor, y si ayuda a alguno, es para hacerle sentir su superioridad. En fin, «compañeros», ya se convencerán de lo que les digo,—terminó con tristeza fingida, guardando en su cartera cuidadosamente, el recorte que era la causa de todo aquello. Y antes de retirarse, dijo la frase de efecto, como un buen cómico:

—¡Y pensar que si fuésemos unidos podría dársele una lección para toda la vida...!

—¿Qué lección?—murmuraron varios, al ver que se presentaba la ocasión de humillar, no ya al vapuleador de Felipe, sino al terrible rival que se llevaba la poca clientela que había.

—¡Aislarlo, dejarlo solo!—afirmó Felipe.

Rivas que oyó toda la charla desde el rincón en que copiaba, les dijo con profundo desdén, sacando la greda de sus dedos y arrojándola lejos, como si cada pelotón de barro tirado fuesen palabras lanzadas a los rostros:

—¿Qué va a importarle al otro que Uds. hagan esto o aquello? ¿Qué le importan a él todos Uds!... Me da risa!

Felipe, rápido, certero, aprovechó el resquicio para irritar el amor propio de todos aquellos hombres tan sensibles a los rasguños a la vanidad, y dijo:

—¡Lo oyen Uds.? Rivas habla por él. No ha podido contenerse y dice lo que Villalmar le ha inspirado.

Y aquel muchacho pálido y mal nutrido, recordando todos los ratos amargos en que tuvo que tolerar impertinencias y bur-

las de todos ellos, que hablaban de altivez cuando fueron los primeros a humillarlo, insistió, hiriente, sarcástico.

—¡Pobrecito Villalmar! cuando lo sepa se va a poner a llorar. . .

—¡Quién sabe!—desafió Felipe.

—«Liberación», por Dios. . .—dijo con doble sentido mirando la copia y cubriéndola luego con trapos mojados, como para librarla del contacto de aquel ambiente:

—Para que no te salpiquen. . .!

Y poniendo el último pedazo de tela húmeda sobre la greda, terminó:

—¡Cuna de barro del ideal. . .!

V

Oscar se había encerrado en su taller, como un hermitaño. Cada vez que su espíritu estaba atribulado, buscaba consuelo en el trabajo. Otros se aturden con alcohol, con anestésicos para el dolor; Villalmar, se aturdía con trabajo, y trabajaba de la mañana a la noche, procurando agotar sus energías, aniquilar sus nervios en aquella fuente bienhechora de la labor artística. Cuando había pintado dos horas consecutivas, haciendo «posar» a dos modelos, porque estas siempre se fatigaban antes que el productor, entonces dibujaba y ahí en esa labor delicada, minuciosa, gimnasia para el espíritu y para dar soltura a la mano, lo encontraba la noche, firme como un roble aquella naturaleza que a primera vista era todo delicadeza y sensibilidad nerviosa.

Más de una vez, sobre el esponjoso papel de dibujo, desfilaron visiones de su vida pasada, de su infancia, de sus primeras luchas. Huérfano de padre antes de terminar

sus estudios, le fué necesario buscar una ocupación y estudiar en la noche, hasta hacerse un prestigio en el mundo del arte. Tuvo siempre presente el consejo paterno: «Yo, hijo mío, no he triunfado porque no he tenido voluntad. Tenla tú, cultívala, que nada vale más que ella en la vida». Y así fué, y por sobre amarguras, miserias materiales, burlas muchas veces de sus colegas, escaló poco a poco los primeros puestos. Nunca contó a nadie sus penas; le habrían despreciado en vez de compadecerlo. Ni a su madre, por no hacerla sufrir. Y cuando ésta más de una vez lo sorprendió llorando en su taller, ante una tela inconclusa, él le dió una disculpa, de enfermedad, de una neuralgia, de cualquiera cosa, menos la verdad, que habría amargado a la buena anciana. Y la causa de su dolor era al verse incomprendido, al verse encarnecido, muchas veces injustamente, por no poder curarse de aquel orgullo y de aquella petulancia infantil que se le enrostraba en todo momento. Procuró ser humilde y no pudo serlo; procuró ser modesto, y la modestia postiza resultaba peor en él, porque parecía sistema para hacer resaltar el don que le había dado la naturaleza. Pensaba largamente en la forma de corregir ese defecto que le hacía aparecer antipático a tanta gente que no le trataba, pero le fué siempre imposible, y se torturaba estérilmente, en una lucha sorda y de todos los momentos de su vida, hasta que un hombre, antiguo amigo de su padre, y de gran mundo y experiencia, le dijo:

—No sea Ud. tonto al amargarse la vida por eso! Sino fuera Ud. nadie, quizá podría tener razón. Ud. lleva eso en la sangre, es de su padre y de su madre, que en el círculo que vivieron tuvieron muchos enemigos por eso.

—¿Mi madre también?—preguntó Oscar extrañado.

—Sí, su madre, esa anciana que Ud. ve hoy día tan silenciosa. Cuando era joven, tenía una belleza que llamaba la atención, pero lo malo era que ella lo sabía... Es inútil todo lo que Ud. haga; lleva en la sangre lo que Ud. es y no procure ser de otra manera, porque se falsearía, y nada hay más antipático e into-

lorable que la falsa modestia, de la que hay tanta en esta tierra, y que es ganzúa que sirve siempre a la mediocridad para abrir las puertas de la fama. Abralas Ud. con franqueza, diciendo además que las va a abrir, que si lo logra, el gesto será bello, y que para suerte suya, ya Ud. lo ha tenido con éxito.

Pero a pesar de este discurso del viejo amigo de sus padres, la sensibilidad de Villalmar sufría siempre ante la opinión errada de su persona. Aquella tarde, se presentó a su vista toda su vida. Tenía treinta y cinco años; salud y posición sólida, un nombre en el arte, pero apesar de todo, sentía en su alma un infinito vacío. Poco más de juventud, y esta ya tocaría a su fin. Ni un recuerdo sentimental, ni un amor, nada, sino trabajo y más trabajo, luchar a toda hora! Quizá fué amado alguna vez, pero él no correspondió a aquel cariño. Pudo tener aventuras, pero estas traían siempre malas consecuencias, y además sus principios religiosos no se lo permitían. Muchas veces su naturaleza joven le exigió una ofrenda al amor, pero fué ofrenda que debía ser dada tras el altar y no en el altar mismo, y se prohibió de ella esperando siempre a que llegase la mujer misteriosa, la única, que traería plenitud de vida, amor de los sentidos y del espíritu, correspondencia honrada de corazón a corazón; la mujer a quien se adora y a la cual puede decirse sin engañarla rufianescamente: «Me muero por tí».

Y ella había llegado, con todo su cortejo de encantos, adorada por sobre todas las cosas, amada hasta las lágrimas, sí, hasta las lágrimas. ¿Por qué lo decía? ¿Como supo ese hombre fuerte e indiferente que él había llegado a querer así? Después de algún tiempo de haber conocido a Luisa, hizo ésta un viaje al sur de Chile. Villalmar no se había atrevido a decirle que le escribiera, ya fuese porque la amistad entre él y ella se encerraba en límites de la más estricta etiqueta o por temor de ser indiscreto. Cuando fué a dejarla a la estación, en el momento de partir el convoy, le pareció que le arrancaban el corazón, y luego al salir de los andenes, una impresión de soledad infinita, de

sentirse perdido, sin voluntad, con la indiferencia más absoluta ante todo lo que le rodeaba. Pasaron varios días en los cuales él se entregó al más ardiente trabajo artístico. Para evocar los momentos queridos, recorrió los sitios que había visto en compañía de Luisa, ocupando en los teatros el mismo asiento que tuvo cuando ella le acompañó, cultivando con dulce delectación la tristeza única de la ausencia de la mujer que se adora y a la cual jamás se le ha dicho una palabra de amor. A los ocho días de aquella partida, recibió una carta. Conoció la letra, y se encerró en su taller para leerla con absoluta conciencia. Pensó que le escribiría como en otra ocasión, frases corteses, y nada más, y leyó aquella postal breve y elocuente, que decía:

«Desembarco en este puertecito únicamente para escribir esta tarjeta al recordado amigo. Para echarla a un buzón, he tenido que recorrer a pie todo el pueblo, un día de nieve y de frío horrible.—Adiós—Luisa».

Al leer aquello por segunda vez, sintió los ojos llenos de lágrimas, y de nuevo leyó, llorando, aquellas frases tan sencillas y tan elocuentes: «un día de nieve y de frío horrible», al pie de los cuales su nombre, solamente su nombre, huérfano de apellido, que era como un lazo de dulce intimidad tendido a través de la distancia. Se la imaginó desembarcando, con la idea fija en dedicarle aquel recuerdo. Luego el caminar por entre la nieve, llevando su imagen en su corazón, y después de mucho andar, sin desfallecimiento, con la fe única que da el amor, la tarjeta que se deposita en el buzón, como algo muy nuestro y muy querido que se abandona al azar de la suerte...

Y nunca aquel nombre solitario, «Luisa», puesto al final de tan breves líneas, tuvo para él un significado más profundo y emocionante. Esa mujer, la única que había sabido tocar su alma, era un imposible en su vida, y sólo la muerte de aquel hombre fantasma para él, podía desanudar lazos fatales. Pensando en esto fué al cajón en que guardaba las cartas de ella y buscando al tacto, descubrió la más adorada de todas, la breve

postal, cogiéndola con tanta delicadeza como quien coge un corazón palpitante. La leyó de nuevo en aquella hora triste, y la besó sobre aquel nombre con que ella quiso significar intimidad para con él, mojándolo con sus lágrimas que fluían copiosas y dulces, dando un poco de alivio a sus penas silenciosas. Fué luego al rincón preferido adonde acostumbraba tenderse en las tardes a leer, sitio íntimo, en el cual había un diván tapizado de tela antigua y un biombo de seda gris cruzado por vuelos de ibis blancos y negros, y en el cual el arte de la marquetería japonesa había incrustado raros nenúfares de marfil sobre ébano. En una de las hojas de este mueble había puesto un retrato de ella, una cabeza que él pintó al óleo, tomada de una fotografía de Luisa y cuya existencia ella ignoraba, ya que hasta el momento no quiso concederle que le hiciese un retrato «del natural».

—«Compañera de mis penas, no sabes cuánto te adoro, que cada vez que siento amargada mi vida, vengo a tí en busca de consuelo. Jamás me atrevería a decírtelo, pero lo digo a tu imagen, como si hablase sin palabras a tu espíritu»,—murmuró como una oración, mirando luego a todas partes, tal vez con el temor infantil de que alguien le oyese.

Luego se aprestó a salir. Era preciso tomar un poco de aire, pues hacía varios días que no dejaba el taller. Antes de abandonarlo, dió una última mirada al retrato, y le pareció que éste le retenía, que aquellos grandes ojos oscuros le ordenaban quedarse ahí...

—«¡Bah! Es que tengo débil la cabeza. Tanto pintar! Como la tarde está tibia daré una vuelta por los alrededores de Santiago».

—pensó, y tomando un auto, ordenó al chauffeur:

—Avenida Macul.

Un camino nuevo hacia Ñuñoa, no cerrado todavía, llenaba el espíritu de aire, de espacio. Siempre le pasaba a Villalmar, que cuando contemplaba un paisaje, tanta era la fuerza y amor que ponía en esta contemplación, que se le imaginaba que



campo entraba en su alma, que formaba parte de su ser. Al *taf, taf* del auto, algunas vacas levantaban lentamente sus cabezas blanquinegras o blanquirojas, mirando melancólicamente el camino, mientras rumiaban perezosas. A trechos llenaba el pecho de Oscar olor a tierra mojada, a tierra sedienta humedecida, evocándole las primeras lluvias, cuando los gruesos goterones tibios van cayendo acompasados sobre el polvo de los caminos, y poniendo en ellos manchitas redondas, que se multiplican poco a poco, y que van obscureciendo la cinta blanca de la carretera como un pincel invisible que manchase punteando. Ya se veía cercana la especie de guirnalda de la Avenida Macul, tendida de norte a sur, con su verde jugoso, azulejo en la sombra, envuelto en aire, como esas masas de árboles maravillosas de los paisajes del inglés East o del francés Harpignies.

Ya bajo la avenida, en la rápida carrera del auto, sintió el olor a hojas tiernas, frescas, un gratísimo perfume voluptuoso, al cual se mezclaba el idílico aroma de la panoja de la alfalfa y el más penetrante y refinado de los jardines de los chalets por entre cuyas rejas solían verse niños vestidos de blanco o muchachas que leían y que levantaban la cabeza al paso del auto. Al final del camino se detuvo.

—¿Sigo, señor?—preguntó el chauffeur.

—Espera... No, sigue por aquí, pero al paso.

Extendió la vista hasta el confín de aquella calle rural, donde las huellas de las carretas parecían juntarse. Zarzamoras a ambos lados, por entre cuya verdura gris y acerada, levantaban los álamos sus ramas de dibujo regular y simétrico, con su follaje verde cobrizo que todavía no alcanzaba a cubrir el tronco, que aparecía plateado y limpio, recordando el lavado de las últimas lluvias. Algunos charcos de agua clarificada por la inmovilidad, servían de espejo al cielo profundo y a los perales que asomaban por sobre las tapias claveteadas de vidrios, y que ponían como una nota amable y cándida en aquel cuadro brillante y a veces estridente en sus tonos verdes.

—«Los caminos chilenos de Pedro Lira! La poesía del camino chileno!»—pensó, dejándose mecer por la marcha amortiguada de los neumáticos, descansando su espíritu en todas aquellas cosas con tanta quietud elocuente. Quizás siempre los mismos detalles en aquel cuadro, pero siempre también la honda y melancólica poesía: el charco que miran nuestros ojos al pasar, espejo del campesino cuya escuálida cabalgadura rompe aquel cristal por algunos segundos, para unirse de nuevo sus pedazos como por arte mágico; la zarzamora que finge almohadón verde, con sus hojas espinudas, y tras de la cual se extiende el césped naciente del potrero, como el más fino terciopelo, cruzado de acequias de agua rumorosa, cintas de cambiante moharé blanco sobre raso mullido pintado de verde. Y en invierno, el rancho de totora a la orilla del camino, humeando al sol de las mañanitas tibias de finales de Agosto; y la tierra que en la sombra aparece teñida de violeta y tiene escarcha con la cual los niños del labrador juegan a quebrarla como cristal; y los humos azules que surgen de otras chozas lejanas, que la brisa mañanera y sutil curva con elegancia, y la vaca que marcha lenta al pesebre repletas sus ubres generosas, húmedo su hocico que de tiempo en tiempo pasa por el lomo del ternerillo blanco, que tan fino y delicado es, que parece que va a troncharse, consolándolo con aquella caricia de la imposibilidad de darle su leche que los hombres monopolizan. Y el castaño seco que guarda restos de frutas sabrosas, y el nogal de tan primoroso dibujo y la higuera con sus troncos de superficie suave, y azulejos a la distancia, con algo de contextura humana, a la vera del rancho sombrío, que emana olor de aperos de labranza mezclado al aroma reconfortante del café.

—«¡Campo chileno!; paisaje chileno!»—repitió como en oración, Villalmar, estimando todo aquello con ojo exquisito de pintor.

Cuando regresó a la ciudad, poco faltaba para las oraciones, y su amargura parecía haberse dulcificado al contacto íntimo

con la naturaleza. Sintió deseos de ir al Palacio de Bellas Artes, uno de esos raros deseos con los cuales se lucha, pero vencen estos, y la voluntad es conducida a pesar nuestro. ¿Qué iba hacer ahí? Era la hora en que casi todos los pintores jóvenes y los alumnos de la Escuela de Bellas Artes, se reúnen en el Salón a charlar.

En la puerta, uno de los empleados le hizo notar su larga ausencia, preguntándole si iba a ver los cuadros premiados por el nuevo Jurado. No sabía el mismo a qué iba. Al entrar se encontró con Rivas que copiaba su «encargo». Este cuando lo vio, dejó su trabajo.

—¿Quénes hay en la sala Chile?—le preguntó.

—Varios. Está también Segura... Castro... Todos, casi.

—¿Vamos?—la decisión tuvo algo de fatal en Oscar.

Rivas se lavó las manos apresuradamente, y antes de acompañarlo quiso advertirle algo, pero sus palabras no se atrevieron a salir de sus labios. Al entrar al Salón, intentó hablarle nuevamente, pero tampoco se atrevió. Iba a advertirle que no hiciera caso si alguna alusión...

Quedaba poca luz. Los cuadros se veían apagados. De una de las otomanas, surgió una risa, y luego un silencio. El grupo se estrechó y cuchicheó.

—Ahí están—dijo Rivas.

¿Era una advertencia? ¿Por qué? ¿Para qué? Dió Villalmar una vuelta a todo el Salón, y cuando pasó frente al grupo, este guardó profundo silencio. Ante esta actitud, aunque respetuosa, Villalmar adivinó un peligro, pero impávido pasó tres veces como impelido por una fuerza desconocida. En realidad, cual más, cual menos, todos eran más débiles, físicamente, que Oscar, salvo que... Pero ahí, en el mismo Palacio de Bellas Artes, no... Cuando Villalmar se había alejado algunos pasos, se oyó una alusión hiriente al retrato de Oscar.

—No haga Ud. caso. ¡Qué saben ellos!... —advirtió Rivas, pero el pintor aludido tembló. En otra ocasión, pudo devolver la frase con una agudeza, pero en ese instante... De nuevo

se oyó otra frase alusiva, más clara, y esta vez de Segura, que dijo a uno que miraba el retrato pintado por Villamar:

—Si te gusta el merengue, cómetelo. . .

Casi al unísono, con una rapidez admirable, Oscar que llegaba en ese instante ante el cuadro de Segura, preguntó a Rivas.

—¿Le gustan a Ud. las lechugas?

—Sí.

—Pues aquí las tiene Ud. en marco.

La réplica alusiva a la crudeza de la pintura de Felipe, hizo su efecto, y se oyó comprimida la risa de Castrito. A esto se siguió un silencio profundo.

—Vamos—dijo Rivas, cogiendo del brazo a Villamar. Este se había vuelto intensamente pálido, y se veía que tanta era su emoción, su ira, que no atinaba a coordinar bien sus ideas, porque al interrogarle de nuevo su amigo, la respuesta no correspondió a la pregunta.

—¿Se siente Ud. mal?—le preguntó Rivas, al ver que aquel brazo temblaba. Después de algunos segundos, respondió Oscar:

—Me palpita fuertemente el corazón. Siento una emoción tan rara, que me hace daño físicamente. Quisiera gritar, acaso llorar, y quizá así descansaría.

Cuando llegaron al hall, Rivas le aconsejó que se fuera a su casa, pues estaba intensamente pálido y todo su cuerpo temblaba. La amargura experimentada ante la actitud de todos aquellos a quienes sólo hizo favores en su vida, le causaba una verdadera enfermedad. Su naturaleza exquisitamente nerviosa, se derrumbaba como en una catástrofe ante aquellas sensaciones. La frase que lanzó a Segura, le parecía en exceso cruel, aunque hubiese sido provocada por éste.

—Me arrepiento, Rivas, de lo que acabo de decir a Felipe por su cuadro. Bien está escribir un juicio, pero no insultar. He obrado mal.

—El le provocó a Ud., aludiendo a su retrato.

—Eso no tenía importancia. Pudo tener viso de verdad en los

primeros años de mi aprendizaje; pero hoy, Ud. y todos saben que no. En cambio, lo que yo dije al pobre muchacho... me ha hecho mucho daño. Nunca es bastante el tiempo para pensar una frase.

Mientras hablaba, hacía el efecto que la lengua se pegaba al paladar y no obedecía al cerebro; así pudo notar Rivas que las últimas palabras fueron dichas con enorme dificultad, y calló Oscar, sentándose en uno de los banquitos, al pie de la estatua de «El Descendimiento». El Cristo exangüe, aquella unción mística del mármol, el rostro de la Virgen, resignadamente doloroso, estimularon su estado, y quedó con la vista clavada en el grupo, que parecía coger en su blancura azulada, los restos de luz de la tarde.

Pronto se oyó que bajaban los muchachos. Segura iba adelante. Venía en actitud bélica, y al ver a Villalmar abajo, miró a sus compañeros como diciéndoles: «Cuento con vuestro apoyo». Oscar seguía inmóvil, fija la vista en el mármol, como hipnotizado ante él. Nadie se explicó; nadie supo como pasaron las cosas, el hecho fué que de improviso se vió que Felipe se puso delante de Villalmar y le lanzó a la cara este insulto:

—¡Eres un cobarde!

Lentamente se volvieron los ojos húmedos del insultado; miró a todos, como poniéndolos por testigo de lo que iba a decir, y llamando en su ayuda las últimas fuerzas que le quedaban, le dijo con serenidad, poniéndose de pie.

—¿Cobarde porque dije que pintabas mal? Lo habría sido, y no me lo perdonaría jamás, si lo hubiese callado después de tu acción para conmigo.

Vacilaron sus piernas y le fué preciso sentarse nuevamente. Su cara se puso de color terroso.

—Le traigo agua, Oscar?—le preguntó Rivas.

—No le traigas nada. Está así porque me tiene miedo, porque es un cobarde!—insistió Segura.

Oscar se puso de nuevo de pie, como galvanizado, apretados

los puños; y avanzando hacia Felipe, le dijo, con la cara roja de sangre:

—Tú sabes que no... tú sabes que soy más fuerte que tú, y que... En ese instante vió Oscar que los puños de todos los que acompañaban a Segura, se crisparon también, y tuvo la certeza que los tenía a todos en su contra. Pudo golpear a Felipe, que se desorientó ante su actitud, pero la conciencia dolorosa de saber que no tenía ni un solo amigo, ni aún a Rivas, que amedrentado se alejó, lo hizo tambalearse, buscar sostén en la base del monumento y quedar apoyado, como tronchado, junto a la Magdalena. Segura, con su maravilloso tacto para saber aprovecharse de las ocasiones, insultó de nuevo a Oscar. Este ya no pudo responder. La lengua no le obedeció, el efecto moral había sido tan desastroso, que sus miembros se soltaban, laxos, y ante aquella vorágine de torpezas lanzadas por Felipe, alzó la vista hacia el Cristo, se acordó de su madre, se acordó también de *ella*, de su retrato, cuya mirada pareció querer retenerlo en el taller, y rebozando su alma soledad y tristeza, ofreció al Hombre-Dios que se deslizaba por los brazos de quienes lo amaron, aquel cáliz de amargura...

VI

Por un mes, más o menos, Felipe fué el hombre del día en los círculos artísticos. Los rivales de Oscar le felicitaban, sobre todo los maestros más viejos, que veían en el retratista un terrible rival que arrastraba con casi toda la clientela, dejándoles tan sólo a ellos, los «encargos» más pequeños, de poco precio, de toda aquella gente modesta que no podía hacerse retratar por Oscar en vista de lo que pedía aquel pintor por su trabajo.

Pero Felipe, hombre práctico y con un desarrollado sentido de saber vivir, comprendía perfectamente que tarde o temprano Villalmar recobraría su autoridad, por el momento un tanto empañada, por el incidente. El no podía seguir siendo enemigo declarado del retratista, hasta que no tuviera un parecido prestigio artístico, y menos aun en circunstancias en que muy a menudo Villalmar figuraba en jurados y en puestos de espectación... Por el momento, aquel golpe teatral no estuvo del todo mal, pero en realidad tenía miedo para el futuro. Sí, esa era la

palabra: tenía miedo, no sabía por qué, ya que tenía la certeza que no lo provocaría Oscar, pero era el caso que muchas veces pensó en esto, tanto más cuanto que ya algunos volvían con el retratista, y Luisa Bailén, en la calle, tuvo la valentía de dejarlo con el saludo; pues ésta había sabido el incidente con todos sus detalles, narrado por Rivas en una visita al Salón que ella hizo. Y este desvío de Luisa no supo por qué le hizo más daño que el que pudo suponer.

También en varias ocasiones los mismos que lo habían sostenido en contra de Villalmar, ya hablaban con cierta simpatía de éste, sobre todo Castro que había vendido su cuadro a un señor extranjero, que al pagárselo, le dijo que se lo compraba porque Villalmar dió de ese trabajo una buena opinión.

—Dejémosle con su orgullo y con todo lo que él quiera, pero el hombre tiene autoridad. Mira que eso de venir un señor alemán a comprar el cuadro, únicamente por la recomendación de Villalmar, es enorme ¡caracho! Y más enorme, porque me lo pagó bien. . .

Y se reía con toda la boca, mirando a Felipe que callaba en aquellas ocasiones, y luciendo en su dentadura un colmillo de oro postizo, que también pagó con la venta del cuadro. Y ¡qué contento estaba Castro con su colmillo! Aquel muchacho un poco excéptico, burlón, que no se pasaba el cepillo por su ropa nada más que una vez cada quince días, sentía una verdadera debilidad por las dentaduras que tenían algo de oro. La afición le venía desde muy niño, a tal punto que a los diez años, estuvo horadándose un diente con un alfiler para luego tener que parchárselo con una plaquita de oro. Algunos afirmaban que la falta del colmillo fué provocada, y no por un golpe de a caballo, como él decía. Pasó sin él más de cuatro años, los mismos que soñó con su colmillo postizo de oro. Y el lo confesaba a sus íntimos, que le gustaba, que encontraba que «hacía muy bien a su sonrisa». Por eso cuando recibió el dinero del cuadro, lo primero que hizo fué ir a golpear al estudio de un dentista y

hacer el encargo a la brevedad. El día que le pusieron el colmillo de oro, invitó a tomar café a casi todos los compañeros, y rió por cualquier cosa, y se escarbó los dientes para hacer visible el adminículo querido. Y cada vez que su lengua tocaba en su boca la suavidad del precioso metal, se conmovía, repitiendo:

—Villalmar será como será, pero eso que le compren cuadros a uno porque él los recomienda, ¡qué caracho!—y miraba a Felipe, luciendo su colmillo de oro, cuyo reflejo era como una lucanita diabólica que se burlaba de él, escabulléndose.

Hasta en su propio hogar, comprobaba Felipe la autoridad de Oscar. Su hermana viendo un día una tricromía en «Zig-Zag», reproducción de un cuadro del retratista, dijo, sin fijarse que su hermano la oía:

—¡Qué bien pinta Villalmar!

Y no era esta la primera vez que la sorprendía en una confesión semejante, sino que eso ya se había repetido, hasta que un día se atrevió a preguntarle ella:

—¿No has visto a Villalmar?

—Desde el incidente. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada.

Pero ese «por nada», dicho con tono que trataba de disimular, significaba mucho, como un deseo que su hermano reanudase la antigua amistad.

Por esos días, antes de vacaciones, publicaron los diarios la invitación del Gobierno de Estados Unidos, para concurrir a una gran exposición en Wáshington. Los artistas que desearan presentarse para ser admitidos, deberían someterse a un jurado, del cual, entre otros, formaba parte Villalmar.

Qué contrariedad para Felipe! Tanto más cuanto que él tenía a medio tratar la venta de su cuadro, del cual no había podido salir, y que el cliente, al ver que era admitido y llevado al concurso, se ablandaría, comprándolo, como le significó en una ocasión en que hablaron del negocio.

¿Ir a ver al maestro Fuentes? Si, él era amigo íntimo de Os-

car, quien sentía respetuosa admiración por los trabajos de aquel. Luego pensó en lo reservado que era el maestro, pero pudo más en él la ambición, y le hizo una visita a su taller, en el cual raras veces se recibía a alguien.

Mario Fuentes hizo a Segura un recibimiento frío. Esto no lo acobardó, dispuesto a insinuarse, en la forma más hábil que pudiese.

—¿Siempre trabajando, maestro?

—Siempre.

—Cuánto se le admira a Ud. en los círculos artísticos por su enorme producción y la calidad de ella!

—¿Sí?

—Ayer nada más, hablábamos de esto en un grupo de pintores. ¿Y ha pintado Ud. algo nuevo? ¿Qué prepara Ud. ahora?

—El cuadro que presentaré a la exposición internacional de Washington.

—Desearía verlo, maestro. ¿Es éste?

—Este.

La tela de más de tres metros por dos, estaba vuelta a la muralla, como estaban igualmente todos los cuadros en aquel taller, como para librarlos de miradas indiscretas. Antes de mostrar la obra a Felipe, el maestro, concienzudamente le pasó el plumero, y en seguida la volvió para que la viese el visitante.

Era un paisaje realmente hermoso y tenía grandes dificultades vencidas. Segura no escatimó elogios. El maestro no respondió ni una sola palabra, como si en su épico egoísmo e indiferencia no las oyese, sino que durante todo el tiempo que duraron los ditirambos, se dedicó a comparar un apunte fragmentario del cuadro, con el trozo correspondiente de la tela definitiva. Vió luego que en un rincón habían tirado su abrigo descuidadamente; lo cogió, lo dobló con sumo cuidado, y lo puso en el respaldo de una silla, para que no se arrugase.

—¿Y espera Ud. el premio, maestro?

—¡Quién sabe!...

—Aquí hay un trabajo enorme!

El maestro, lentamente, como respuesta, hizo desfilas ante sus ojos más de quince apuntes en pequeño y en fragmentos, del cuadro, que representaban cada uno de ellos, por lo menos dos días de trabajo.

—¡Pero esta es una labor increíble!

—La única manera de llegar a hacer algo que valga la pena,— y de nuevo volvió a la muralla la tela, que igual que las otras, presentó entonces esa apariencia misteriosa, de incógnita, con que aparecía la cara del maestro, una cara de cirio, sin una gota de sangre, coronada por cabellos grises.

—¿Toda su vida trabajando!

—Toda: me levanto a las seis de la mañana, voy al campo y pinto hasta las cinco de la tarde. En la noche, dibujo hasta las diez.

—¿Y los Domingos?

—Dibujo.

—¿Y en las vacaciones?

—Pinto más que en invierno, porque dura más la luz.

—¿Jamás descansa Ud?

—Descanso cuando pinto.

—Entonces su ideal en la vida, maestro?...

—Es pintar.

—¿Nada más?

Guardó silencio, alzó su pincel que revolvía pasta, y por toda respuesta miró el retrato de una anciana, pintado por él en sus primeros años. Era su madre.

—Y en París, maestro ¿qué hacía Ud.?

—Pintaba.

Aquella cantinela resonaba en el taller con eco simpático. Cuando callaban, el silencio parecía amedrentar, comunicarse a la sangre, como un frío extraño. Algunas flores de cardo, puestas en un bote con pinceles, daban un aspecto de mayor ascetismo a ese taller en que sólo se veían cuadros puestos por

el revés y que parecían esconderse a los visitantes. Mario Fuentes miró el reloj.

—¿Lo importuno, maestro?

—Debo terminar este trozo, hoy,—se limitó a responder, secamente. Segura pensó que todo lo que hiciera ante aquel hombre, sería en vano para conseguir un acercamiento hacia Oscar. Sin embargo, se aventuró a preguntar.

—¿Ud. es muy amigo de Villalmar, maestro?

Este le miró, pensó un momento, y comprendiendo adonde iba el mozo, se limitó a decir, fríamente:

—Suelo verlo a veces. Pero intimidación, ninguna—y se quedó en actitud de espera, para que el intruso se marchase. Felipe salió desilusionado, recorriendo un largo pasadizo. Cuadros en todas partes, en todas las habitaciones, en el patio, labor que aplastaba a cualquiera, casi desvalorizada por su abundancia, como la impresión que recibe un principiante de escritor que entra a una biblioteca en que hay cien mil volúmenes.

—Buenas tardes, maestro.

—Buenas tardes,—pronunciaron los labios secos, y no se movió ni un solo músculo del rostro de cirio. Y unos pasos tranquilos, mesurados, golpearon en la casa silenciosa, penetraron al taller y se detuvieron ante el gran cuadro, a pintar, siempre a pintar!

VII

Varias veces, su madre había censurado a Villalmar su exceso de trabajo. Muy de mañana, entraba éste a la pieza de la anciana a darle un beso, ya vestido con su blusa de labor, y se marchaba para encerrarse en su taller, que estaba situado al extremo de un pequeño huerto de la casa, con salida a otra calle, en un pabellón amplio, muy claro, cuyas cortinas al descorrerse para graduar la luz, dejaban ver por el occidente la cordillera de los Andes y por el poniente, los cerros bajos de la costa, además de la vista amplia que tenía al norte y al sur.

—Cuando se entra a su taller—le había dicho una vez Luisa Bailén—hace el efecto de haber caído en una fuente de luz.

Y aquella fuente de luz, al cerrarse los visillos, al mitigar la claridad, tenía dulzura misteriosa y recogida de acuarium.

Ahí lo pasaba todo el día el pintor. Hubo veces que se hizo llevar el almuerzo a su taller. Aquél silencio le enamoraba, aquella paz tan querida por él, llevaba tranquilidad a su espí-

ritu. El vértigo de la ciudad no llegaba hasta allí, ahogado por la distancia, y los mismos ruidos de su casa, no los oía, aunque aguzase el oído.

Hacia cerca de un mes que vivía encerrado. Se abrumaba de trabajo, se aturdiría en su labor, y lo necesitaba. El incidente con Segura casi trastornó sus sentidos, y no se perdonaba, no, no se lo perdonaría jamás, el no haberlo castigado!

Volvía la idea fija de improviso. En medio de su labor afiebrada, mirando a los modelos, damas de la sociedad, que iban a que las retratase, quedaba con el pincel en alto y mirando a un punto indeterminado como si viese surgir de improviso un fantasma que helaba todo entusiasmo. Este estado suyo lo habían notado ya varios, incluso su madre y Luisa, a quien después del suceso vió un momento de paso en la calle.—«No tengo nada»—insistía; pero su mirada febril decía otra cosa y otra cosa también decían sus actos semi-insconcientes, como si el cerebro tratase de librarse de un horrible peso.

—«Y pensar que ese hombre ha procurado»... —se decía, muchas veces cuando trabajaba solo, recubriendo telas o pintando los fondos de sus cuadros, y dejaba el pincel y la paleta y se tendía en su diván, con una fatiga infinita en el alma, con una pena que no sabía de donde provenía... No; lo sabía. Era una mezcla de odio hacia Felipe y de asco por su cobardía. ¡El, cobarde? ¿Como pudo ser, cuando su espíritu rebozaba independencia y voluntad? ¿Le amedrentó la cuadrilla? ¡Bah! Quién sabe, pero lo más preciso, lo que parecía hacerse tangible en aquellos momentos, era el odio silencioso hacia Felipe, y una verdadera tortura por no haber podido, en un mes de lucha sorda, arrojarlo de su alma, como un veneno nocivo. Odiar! Qué terrible cosa! Amar! Cuan dulce era! Y como contraste y figuras representativas de estos dos sentimientos, se presentaban la silueta basta y egoísta de Segura, y la exquisita y grácil de Luisa, bañándolo ésta con la luz de su sonrisa. Pero muy pronto se sobreponía a esta el hombre odiado, la aplastaba,

triunfando por sobre todas las cosas, por sobre todo otro sentimiento.

—«Dicen que se ha arrepentido de lo que hizo. No debo odiarlo. Esto me hace daño, física e intelectualmente», —y volvía a pintar, intentando distraerse, pero aquel sentimiento, tal que si fuera una tentación a la carne, imperaba de nuevo, se apropiaba de Oscar, hasta que éste, vencido, agobiado, sin fuerzas para resistir se entregaba a él, y aquella entrega tenía como una especie de diabólica voluptuosidad en la cual participaban todos sus sentidos, y se hundía como en una sensación de sueño de venganza, acariciando quimeras espantosas, hasta que un sobresalto como de una persona nueva que despertase en él, lo hacía incorporarse; miraba el retrato de Luisa, primavera de su taller, y como queriendo huir de aquel infierno espiritual que llevaba consigo, decía en voz alta:

—No! no! Es horrible! sería horrible...!

Una tarde el ensueño malsano lo poseyó como si se tratase de una verdadera garra. Dijo a la modelo que no podía seguir trabajando por causa de una jaqueca y que volviese al día siguiente. Se echó llave en su taller, y se tumbó en su diván, vencido, en una renuncia completa de todo su ser.

—No puede ser!... no puede ser!... sufro demasiado!... ¡Dios mío!,—decía, y sus manos largas se hundían crispadas en sus cabellos y de sus ojos salían lágrimas con dificultad, como gotas de una fuente saludable presas bajo una montaña, la cual no las deja ver ni la luz del sol. En medio de su crisis extraña en que solamente podía gemir, como animal enfermo, hinchado el corazón, sin poder llorar, oyó que golpeaban la puerta del taller, tímidamente.—¿Quién podía ser cuando nadie iba jamás a molestarlo y a nadie tampoco había dado hora para trabajar?

—¿Quién?—preguntó reciamente desde el rincón, sin incorporarse. Una voz conocida, medrosa, respondió. «¿Sería ella?» Fué a abrir. Sí, era ella, Luisa, a quien le bastó dar una sola mirada al pintor para comprender todo su pobre estado de alma.

Había enflaquecido; su rostro, sus mismos ademanes, revelaban la tortura de un dolor extraño y profundo, que se debatía en esa naturaleza delicada, como una llama que iba quemando lenta y seguramente la savia de aquella vida. Su primer impulso fué preguntarle a gritos que tenía, y luego coger esa cabeza de artista entre sus manos y adormecerla en su regazo como a un niño enfermo y desvalido. Pero, no, eso no podía ser. Las conveniencias, el pudor en ella más fuerte que el amor, la agarrotaron, y todo lo que sentía se resumió en una mirada larga, de infinita tristeza, en que se aunaron al mismo tiempo todos los dolores callados de su vida, unido al dolor inmenso de su amigo, tan amado en secreto.

Después de un largo silencio en que quedaron con las manos unidas, ella le dijo:

—Cuénteme Oscar todo lo que le pasa. Mamá ha venido a ver a la suya. He querido yo que viniese. Algo misterioso me decía que viniese. . . La última vez que lo ví, me dejó Ud. preocupada. Como el pintor callase, con la vista baja, como un niño sorprendido y avergonzado, ella insistió:

—Sí, cuénteme Ud. que le pasa; se lo suplico. . . por lo que Ud. más quiera. . .

En ese instante se alzaron los ojos de él hacia ella, elocuentes, lagrimosos, y ella entonces bajó la mirada y su mano flácida se desprendió de las manos del artista.

—¿Para qué quiere Ud. saber, Luisa?

—Para. . . —no se atrevió a ser sincera y añadió infantilmente: —Cuente a su amiga sus penas, a su mejor amiga que tiene Ud. . . .

Hubo un nuevo silencio, en el cual pudo el pintor comprobar que el corazón de Luisa latía locamente, porque la respiración era fatigosa y angustiada.

—Sufro mucho, he sufrido mucho. . .

—Por culpa de ese mal hombre! Oh! me dí el gusto, en días

pasados, de dejarlo con el saludo, y después, cuando pasó por casa, le dí un portazo...

—No lo castigue Ud. así, por culpa mía. El hizo lo que otro hombre cualquiera habría hecho al ver herida su dignidad.

—Fué un cobarde!

—No, el cobarde fuí yo!

—¿Por qué?

—Porque no tuve el valor suficiente para castigarlo, porque me amedrentó el escándalo, porque tuve miedo, sí, miedo, cobardía, llámele Ud. como quiera. Pero fuí cobarde, como no lo había sido nunca en mi vida, como no lo fuí jamás cuando todas las cosas estuvieron en mi carrera, en contra mía. Y esto no me lo perdono, no me lo perdonaré jamás, y tengo momentos en que no sé a quien odio más, si a él o a mi mismo! Créame que si no fuese por mi madre, a quien adoro, habría hecho una locura, sí! una locura! terminando para siempre con esta vida que aborrezco y que me pesa en el corazón en forma abrumadora!

—Piense que Ud. está por encima de todas esas pequeñeces; que es la envidia la que lo ataca.

—No puedo pensar sino tan sólo en que fuí cobarde, y en este instante en que recuerdo los hechos, me sube a la cara la vergüenza, y me desespero al ver que no he tenido el valor de ir al encuentro de ese hombre y abofetearlo.

—Habría sido una locura!

—Una locura que me habría hecho descansar de este suplicio en que vivo ya por tanto tiempo, y reconciliarme conmigo mismo, y no lo he hecho y me he reducido a encerrarme en este taller como fiera enjaulada... No, como un cobarde, como un cobarde! que se contenta con lamentarse y llorar como una mujer!

Un sollozo profundo, mucho rato contenido, lo hizo estremecerse y pareció hacer retemblar el taller; sollozo de hombre fuerte, que había olvidado lo que era llorar y que en ese momento se expandía, libre de trabas, como por una válvula, por la cual el dolor se escapaba a torrentes, incontenible y avasallador.

—Oscar, no llore Ud. que me hace daño.

—No, déjeme Ud. llorar, si es de lo único que soy capaz; déjeme llorar porque en este llanto mío hay mucha parte de egoísmo, porque él me alivia y me consuela un poco de mi pecado de cobardía y de rencor!

—No, rencor no, porque Ud. no sabe odiar. Sabe tan sólo querer y perdonar. Ud. tampoco es cobarde. ¿Por qué se tortura Ud. calificándose en esa forma?

—Porque recuerdo aquella escena y al recordarla, siempre lleigo a la misma conclusión: que soy un cobarde! Me parece que los hechos se repiten; los veo tan claros, como si los fuese a pintar; con retentiva de cerebro acostumbrado a estas cosas. Yo contesté altivo; ví a mi alrededor miradas hostiles, puños contraídos. No temí a los golpes, sino que me amedrentó la soledad moral en que todos me dejaron. Oí, medio desvanecido, al pie de «El Descendimiento», los insultos que profería Segura. Mi espíritu se sublevó, pero mi carne, mis nervios eran débiles, abandonaban mi espíritu, y este, acobardado, impotente acorralado por la jauría, preso en esta cárcel horrible, se debatió inútilmente, gritó inútilmente, hasta que medio muerto de cansancio, asqueado de mi cuerpo, de esta forma de hombre cobarde, cayó como herido, en medio de la soledad más espantosa que he experimentado en mi vida; enfermo de vergüenza y de ira impotente, manteniendo noche y día, hasta hoy, algo así como una lucha silenciosa, en la cual por fin el espíritu triunfará, libertándose de esta cárcel insoportable... de esta tortura en que me consumo poco a poco... solo, sin que nadie me vea... sin que nadie me consuele... ¡nadie! porque me daría vergüenza un consuelo o una palabra de cariño...

Las últimas frases fueron subiendo ahogadas, quebradas por la emoción, cortadas por la amargura que, rebozando en los labios, los hacía temblar para derramarse en seguida en raudales de llanto. Oscar vió entonces también que calladas lágrimas rodaban por las mejillas de Luisa, sin sollozos, como si ellas

supiesen que todo era inútil para consolar la pena infinita de aquel corazón, y que como avergonzadas de su impotencia para mitigar un dolor que hacían suyo, se limitaban a deslizarse sin ruido, respetuosas ante ese drama sin nombre.

La vista de aquella mujer, a quien tanto amaba en secreto y que lloraba por él, le consoló momentáneamente, y no encontrando que decirle, guardó silencio, limitándose a mirar aquellos ojos empapados en llanto, aquella boca de infinita gracia que no se descomponía en un gesto violento, sino que al contrario, parecía contraerse como en el mimo de un triste beso.

Más tranquilo, como si su conciencia se recogiese, le dijo lentamente:

—No sé que haría para arrancar de mí este odio que me pesa tanto; para castigarme por la delectación con que a veces, en momentos de locura, lo cultivo.

Ella entonces introdujo su mano por el escote de su blusa. Sacó de ahí una cadenita de platino, de la cual desprendió un crucifijo pequeño, de oro, pulido al contacto de su carne joven y pura, y le dijo, pasándoselo:

—Sé que tiene Ud. creencias religiosas. Guarde este crucifijo, junto a su corazón. Le he llevado conmigo desde cuando tenía ocho años. El le preservará de todo mal.

El tomó el crucifijo, tibio aun por el contacto de aquel cuerpo tan amado, y le guardó en su cartera.

—Y ahora olvide todo lo que ha pasado. Procure tranquilizarse, distraerse. ¿Quiere Ud. que vayamos esta noche al teatro?

—Sí.

—Adonde Ud. quiera, entonces. La última vez lo pasamos muy bien allá lejos ¿se acuerda Ud.?

—Aunque Ud. tuvo un mal encuentro al salir...

—Bah! Qué importa! Lo importante, por ahora, es que Ud. olvide,—y agregó, con habilidad, para distraer al pintor:

—Tiene Ud. un taller precioso. Aquí hay varios apuntes de firmas célebres.

—Los compré en mi viaje a Europa.

—Y esta panoplia de armas es magnífica! Hay puñales de todas las edades. ¿Y este cuchillo medio curvo, de hoja tan fina y puño repujado?

—Es lo que los árabes llaman una «gumia».

—«Gumia!»—que suave el nombre, parece una caricia.

—Quizá para el corazón de algunos, lo puede ser en realidad. . .

Al llegar al rincón en que estaba el diván, vió su retrato, que la sorprendió muy gratamente.

—¿Se encuentra Ud. parecida?—le preguntó él.

—Es admirable! Pero ¿cómo lo pintó Ud.? ¿De qué modelo? ¿De qué retrato? No tengo ninguno en esta forma.

—Me valí de un retrato, como base, y los demás lo hice de recuerdos.

—La sonrisa, entonces. . . la boca. . .

—Es lo más característico suyo y lo más fuertemente que queda grabado en mí, de su recuerdo: Copié tan sólo ese recuerdo.

La voz de Oscar, pasada la tempestad de desesperación, tenía un acento dulce e insinuante, esa languidez atractiva del convaleciente que pasada la enfermedad vuelve a mirar con ternura la vida. Ella seguía contemplando aquella primorosa «cabeza», que la representaba, tan exquisitamente coloreada, y mas su contemplación tenía de caricia para el arte del pintor que de juicio comparativo entre la obra y la modelo. Hubiera querido decirle muchas cosas tiernas que sentía; hubiera querido en definitiva expresarle cuán grande y noble era su cariño por él, acariciar esas manos hábiles y maestras, confesarle, en fin que le amaba, que le amaba con locura, como jamás pudo sospecharlo, para que eso pudiera servirle de consuelo a sus penas; pero calló, porque callar y sufrir por entonces era su deber, confiando tan sólo a sus ojos la misión de llevarle su cariño en forma de una mirada, como cuando los dos en algún teatro, al hablarse, sus ojos muy juntos se decían: «te adoro», sintiendo que sus

miradas a fuerza de ser íntimas llegaban a herir, mientras los labios formulaban una frase indiferente o daban forma galana a una ocurrencia.

—¿Qué hace Ud. ahí tan callado?—interrogó ella al pintor que se había retirado de su lado y que examinando de nuevo la «gumia», parecía perdido en graves pensamientos.

—Nada—le respondió él, sonriendo, como si por su cerebro hubiese pasado un relámpago de idea que fué acogido con agrado. En seguida dejó en su sitio el arma oriental.

—Oscar, ¿qué ha pensado Ud. en este instante?... He visto en sus ojos una expresión rara que me ha dado miedo—le interrogó ella anhelante, cogiéndole las manos, sin darse cuenta de lo que hacía, como si quisiera librarlo de un peligro.

—Nada... nada... Luisa...

—Júremelo Ud.

—Se lo juro.

—Su boca formula el juramento, pero sus ojos me dicen otra cosa... Parece que mirasen a otro punto y no a mí.

—La miran a Ud., Luisa.

—No, no... —y desprendiéndose de él, se apoyó sobre una mesa con la cabeza entre las manos. Después de un momento, el pintor fué hacia ella. Estaba llorando.

—¿Por qué llora Ud. Luisa?—le preguntó sorprendido, y le pareció que aquel llanto precisaba el pensamiento que hacía unos segundos le había asaltado...

Como respuesta fué ella, decidida, a descolgar su retrato, y lo hizo, preguntándole con mimo de niño.

—¿Qué otra cosa mía tiene Ud. en su taller?

—Nada. Pero el retrato es mío, porque yo lo pinté. Si Ud. se lo lleva, pintaré otro.

—No tiene Ud. derecho a pintar a una persona con la cual no tiene Ud. confianza.

—Deje Ud. el retrato. No sabe Ud. cuanto me acompaña él...

Fué entonces ella a dejarlo de donde lo había descolgado.

—Luisa, es Ud. una niña—le dijo Oscar cogiéndole una mano. Ella la retiró con suavidad, y le dijo lentamente, muy junto a él, mirándole al fondo de los ojos y arreglándole la corbata, como lo hizo una vez para desenfadarlo de un disgusto que tuvieron.

—Si Ud. vuelve a estar triste como ahora; si alguna vez Ud. tuviera una pena muy grande, llámeme, que yo vendré a su lado. ¿Lo hará Ud. Oscar...?

El guardó silencio. El perfume tibio emanado de sus ropas, le embriagaba; el cálido aliento que tocaba su mejilla, le adormecía. La sentía toda suya en aquel atardecer de estío, y temblando de emoción le dijo:

—Sí.—Y como viera ella que aquellos labios solicitaban los suyos en anhelante espera, le dijo con ternura:

—Después... —y al salir le repitió, entornando sus ojos y echando atrás la cabeza como en una dulce promesa embriagadora:

—Después... amigo mío... —y acentuó mimosa la última palabra.

VIII

—¿Quién crees tú que optará al primer premio en Wáshington?
—preguntó Segura a Villalmar, en marcha por el Parque Forestal al Museo de Bellas Artes.

—El conjunto que va es bueno;—le dijo Villalmar—posiblemente uno de los primeros premios será el cuadro de Fuentes.

—Dicen que lo tiene preparado desde hace mucho tiempo.

—El maestro presiente los grandes certámenes y se prepara con mucha anticipación. Por otra parte, esa conciencia para trabajar y esa renuncia de todo otro afecto, por la pintura, merece no sólo un premio, sino que todos los premios. Además la calidad. . .

Calló de improviso Villalmar, y siguió marchando en silencio, con la vista baja. Desde que tuvo el incidente con Segura, su carácter había tenido un cambio radical, de alegre y espontáneo, se había vuelto reconcentrado y pensativo, y ya varias veces sus amigos habían notado que en medio de una conver-

sación, callaba de improviso, como si una idea extraña e inquietante lo cogiera entre sus garras. Esa tarde charlando con Segura, había pasado así, y cuando este insistió preguntándole que iba a decir, Oscar ya no supo que contestar, porque en realidad lo había olvidado.

Miró a Segura que iba a su lado, y que oía sus juicios con exagerado respeto, y le parecía mentira que él, Oscar Villalmar, fuese acompañado de Felipe Segura. ¿Cómo habían pasado las cosas? La primera vez que Oscar salió a la calle después del incidente, fué para ir a reunirse con el jurado que debía hacer la selección de los cuadros para el certamen de Wáshington. En una de las salas del Museo se hacía esta labor. Al ver Oscar de nuevo aquel edificio, aquel hall luminoso poblado de estatuas, en que tan amarga hora había pasado, experimentó como una extraña angustia, pero hubo de reponerse porque a la entrada de la puerta se agrupaban muchos pintores que habían enviado sus cuadros para el concurso. Las miradas, ávidas, cayeron sobre Villamar, procurando inquirir en su alma. Este hizo una venia, y no se escapó a su rápida inspección, la presencia de Segura. Oh! Pero que cara tan distinta a la que tenía la tarde del incidente. Aquellos ojos que jamás miraban de frente, se levantaron cuando entró Oscar, tímidos, como implorando benevolencia.

—Está un poco flaco el hombre! —Observó Castrito.

—Dicen que ha pintado mucho—respondió Segura, como tratando de disimular el interés que la presencia de Villalmar le producía.

—Y dicen que ahora está pintando mejor que antes... ¿qué te parece a tí, Felipe?

—Villalmar siempre ha pintado bien. Nunca lo he negado—respondió con firmeza Segura.

—Menos ahora, «memento in extremis», en que va a admitir o a echar fuera de concurso nuestros cuadritos ¡Qué caracho! Cualquiera dice ahora que el «tipo» ese pinta mal.

Después de algunos momentos en que el jurado hubo deliberado, el secretario del consejo de Bellas Artes, anunció al grupo en voz alta:

—Ha sido elegido presidente del jurado, que está compuesto de cuatro personas, el señor Oscar Villalmar. Si se produjese empate, decidirá el presidente.

Castrito luciendo más que nunca su colmillo de oro, dijo en tono de broma:

—Como haya empate en tu cuadro, Felipe, te veo al garete. . . !

—Conozco a Villalmar. Es muy capaz de defender el cuadro de Segura—afirmó Rivas decidido, haciéndose presente en el grupo, muy bien peinado y con un traje de buena tela, como consecuencia de la copia de «Liberación».

Fué un chispazo que tuvo en ese instante Felipe. Aprovechando el tumulto que se provocó con el cierre de la puerta de la sala en que iba a efectuarse la calificación, fué hacia donde Rivas y le dijo algo al oído. Al principio este le miró sorprendido, luego pareció convencerse de lo que le decían, y forcejeando se abrió paso hasta penetrar a la sala. A los pocos instantes salió con Oscar. Los que los vieron juntos, murmuraron:

—Recomendaciones! . . . ¡no hay derecho! . . . ¡Fuera de concurso por cohechador!,—repitieron algunos bromistas.

Rivas se llevó a un rincón del hall a Villalmar. Habló con él brevemente, y luego vino en busca de Segura y lo llevó donde Oscar. Ambos se dieron la mano fríamente. . . Y Villalmar volvió a la sala de calificaciones. Al querer entrar Felipe, uno de los porteros del Museo, que estaba algo borracho, en forma grosera atajó a éste, quien ante la repulsa del hombronazo, insistió, siendo lanzado entonces en un feroz empellón que lo hizo caer. En ese instante todos presenciaron algo inaudito. Coincidió con la caída de Felipe en las gradas de una de las escalas que conducen al segundo piso, el estallido de una bofetada en una de las mejillas del hombre, que rodó por el suelo. Se oyó una exclamación. Todos miraron de quien había partido castigo

tan justo, y vieron a Oscar, intensamente pálido, que cogiéndose su mano derecha que manaba sangre, decía al portero, que se levantaba semiaturdido por el golpe.

—¡Insolente! ¡Cobarde!

Todos se miraron. Se hizo en el grupo un silencio profundo y corrió por las espaldas un calofrío extraño, de admiración, de emocionada ternura, y nadie osó hablar, como si todos los cerebros hubiesen sido cogidos por un mismo recuerdo ardiente, el de la tarde aquella cuando al pie de «El Descendimiento», se burlaron de Villalmar... Ya cuando todos, sin encontrar qué decir, unos por orgullo y otros por emoción, iban a irse, Rivas dijo, desafiante:

—¡Ven Uds. lo que yo les decía...?

Roto el silencio, Castrito se acercó a Segura, y como viera que este tenía los ojos húmedos, le pasó la mano por los párpados, diciéndole con ironía:

—Tocar para creer... aconseja, Santo Tomás...

En este instante se encaró con Segura el portero castigado, y con la borrachera más despejada y los ojos llameantes de ira, le dijo:

—Vos tenís la culpa de tóo. ¡Pero te habís de acordar... ¡te habís de acordar!...

El recuerdo de esta escena, fué el que hizo que Villalmar dejara su pensamiento inconcluso en la conversación con Felipe. Rememorar todo aquello le hacía daño y más daño aun el tener que tratar a Segura a toda hora. Antes, cuando no le veía, el rencor parecía atenuado por la distancia. Pero ahora era peor, porque se había vuelto un verdadero suplicio al no poder arrojar de su alma esa pasión que le atormentaba. Segura trataba hacerse perdonar, siendo sincero ante el círculo de pintores, diciéndoles que obró mal aconsejado por la vanidad. Explicó también un día a Oscar su actitud, en forma sencilla y humilde, y en todo momento mostróse decidido por el retratista, aunque en el fondo de su alma alentara otra pasión invencible, de la

cual el mismo a veces no quería darse cuenta... Inútil todo! La herida de Oscar manaba sangre. Su alma, su conciencia, le ordenaban olvidar, perdonar, pero no podía. En medio de una tregua que le daba su espíritu, de improviso le asaltaba la racha malsana, borrando como por encanto la paz que momentáneamente disfrutaba.

—«Ya mi odio no tiene objeto; pero persiste, como una enfermedad secreta y misteriosa. Soy un mal hombre; me desconozco, soy quizás un canalla!...» —pensaba a menudo.

De improviso se quedaba mirando a Felipe, y se decía interiormente: «no debo guardarle rencor; soy yo ahora el que debo castigarme por haber mantenido vivo en mí este odio que me hace tanto daño. Sí, castigar mi espíritu, desbrozar mi carne de malos impulsos vengativos». Y sacudiendo la cabeza con ferocidad, queriendo echar lejos sus malas ideas, procuraba conversar cariñosamente con Segura. Aquella tarde continuó con él la charla, diciéndole:

—Ten confianza en tu cuadro. Optarás a un premio, muy probablemente.

—¿Verdad, Oscar? ¿Lo crees tú así?—le interrogaba ansioso Felipe. Para mí tus augurios en asuntos de arte, siempre han sido autos de fe.

—No siempre, Felipe... —insinuaba Villalmar con melancolía, con un dejo de íntima amargura.

—No recuerdes nada de lo pasado... Te lo suplico—insistía Segura.

—Es verdad... es verdad... me hace daño...

Y volvía al silencio, y volvía aquel fantasma a interponerse entre aquellos dos hombres, como algo invencible, como algo que estuviera con tal fuerza latente, que al más ligero roce se manifestara en forma avasalladora.

—¿Por qué no enviastes a Estados Unidos tu último retrato, el de Luisa Bailén, que me dices que has pintado?

—Aquello es para la intimidad de mi taller; además dudo de

ese trabajo. Tuve que hacerlo de apuntes a lápiz cogidos por casualidad. Como ví que me «resultaba» una «cabeza», que gustó, emprendí el retrato de cuerpo entero. Ella ignora que lo he hecho.

—Pero ¿por qué no quiso servir ella de modelo?—preguntó con cierta extraña inquietud Felipe.

—Una preocupación sin base alguna, tratándose de mí. Me dijo que admitía «posar», siempre que yo a mi vez cobrara el precio del trabajo. Y ninguno de los dos cedimos, hasta que yo hice aquello por apuntes muy someros.

—Debiste haberlo enviado.

—No tengo entusiasmo... No sé... Muchas veces, pintando en mi taller, pierdo la noción del instante presente y abandono el trabajo, como un sonámbulo...

—¿Me invitarás alguna vez a ver ese retrato?

—Cuando lo termine.—Y cambiando de charla, le preguntó Villalmar:

—Y aquel portero, el que juró vengarse de tí ¿no le has vuelto a ver?

—No, como salió del Museo.

—En el fondo es un buen hombre. Acostumbra ir a mi taller, a recibir encargos de marcos. Es decir, iba antes, ahora, hace tiempo que no va, desde el incidente. En su sano juicio, es un hombre inofensivo, pero con alcohol, se pone insoportable. Amenazó hace tiempo con puñal, en una borrachera, a uno de sus compañeros de trabajo.

—Ha jurado que tiene que vengarse de mí, porque dice que yo tengo la culpa de que le pegaras.

—Cosas de la borrachera!

Varias veces durante el paseo se había cruzado ante ellos un niño hermoso y delicado, vestido de blanco, que corría con su aro. Con la indiferencia y la despreocupación de la infancia, los rozaba, los atropellaba a veces.

—Qué muchachito más molesto!—le dijo Felipe al pasar.

—Déjalo,—advirtió Oscar—me encanta y me divierte verle jugar en forma tan despreocupada. Fíjate como todas sus facultades se concretan a que el aro se mantenga en equilibrio. No mira a nadie, ni le importa nadie, sino tan sólo su aro. ¿Vés como atropella cuanto encuentra a su paso? Su traje blanco, tan intensamente luminoso entre este verde lleno de sol, parece una bandera... Allá va. Sale ahora a la calle... Sí, no mira nada. ¡Ay! Un auto!... ¡Qué ha pasado? ¡Corramos hombre, que he visto que un auto a atropellado al niño!...

—¡Atropellado?... —alcanzó a decir Felipe, y corrieron para llegar más pronto frente al Palacio de Bellas Artes.

Los curiosos corrían de todos lados.

—¡Lo ha muerto! ¡Lo ha muerto!—gritaban las niñeras cogiendo en brazos a las criaturas, cómo queriéndolas proteger de una desgracia semejante.

Oscar vió que el automóvil había sido abandonado por el chauffeur. El niño, como un envoltorio blanco, manchado de aceite y tierra, yacía entre las ruedas, desvanecido, como durmiendo. El pintor lo cogió en sus brazos, y ansiosamente lo miró, tomó su pulso, que latía débilmente, y dijo a un guardián:

—Pronto, vaya Ud. a hablar por teléfono a la Asistencia Pública. ¿Y el aya de este niño? ¿Dónde está el aya de esta criatura?—A la interrogación, respondió una muchacha que llegaba con los ojos fuera de las órbitas, y que miró a la policía creyendo que esta había sido llamada para que la llevaran, porque ella era la única responsable por su descuido.

—¡Mi hijito! ¡Mi hijito! ¡Me lo han matado, me lo han matado!—gritó, al ver a la criatura inmóvil en los brazos de Villalmar. De una de las sienas del niño manaba un hilo de sangre, constante, traicionero.

—Felipe! Felipe!—llamó Oscar—coge mi pañuelo y haz con él una compresa y aplícala a la herida, fuertemente, para impedir la hemorragia, mientras llega el auxilio médico.

Felipe se puso intensamente pálido, pero tan imperiosa era la

orden de Villalmar, que no tuvo más que obedecer lo que le mandaban. Una sangre roja, tiñó pronto el pañuelo, y se deslizó por las ropas de los dos hombres. Oscar al ver la torpeza con que Felipe había ejecutado la operación, lo observó, viéndolo intensamente pálido y que sus labios temblaban. Dijo éste a Villalmar, en tono suplicante:

—No puedo más. Me siento mal. . .

En ese instante llegó el auto de la Asistencia Pública, y el cirujano cogió al chico e hizo subir al coche al aya, emprendiendo veloz carrera, con repetidos toques de bocina.

—¿Qué tienes?—preguntó Oscar a Felipe, apoyándolo para que se mantuviese de pie. Este balbuceó:

—Es algo superior a mis fuerzas: la vista de la sangre me produce una angustia horrible. . . Es algo intolerable, una sensación de la que tú no te puedes dar cuenta—terminó como perdido, con la vista vaga, como si le hubiesen dado un mazazo en el cráneo. Temblaban sus manos y las piernas se negaban a marchar.

Oscar guardó silencio, observando el estado de Segura. Luego con el mismo pañuelo con que habían estancado la sangre de la criatura, se limpió uno de sus brazos que tenía salpicaduras rojas.

—Guarda el pañuelo, por favor!—le indicó Felipe, apartando la vista de él. Oscar lo guardó, haciendo marchar a su amigo hasta el interior del Palacio de Bellas Artes, en uno de cuyos bancos se sentaron, esperando que Felipe se tranquilizase. Después de un momento en que Villalmar estuvo como hundido en extraños pensamientos, dijo a su colega, como distraídamente:

—Eso. . . en tí, es casi una enfermedad. . . ¿Verdad?

—Es verdad, una enfermedad, pero terrible!

—¿Qué experimentas?

—No sé. . . como si fuese yo el herido. . . peor aún; en fin, no hablemos de esto. . .

—¿Quieres que te traigan agua?

—No, ya estoy más tranquilo.

Volvió a guardar silencio Oscar. Miró las estatuas que lo rodeaban, pero aquella mirada vaga que no se posó en ningún mármol, revelaba ajenos pensamientos, como una idea que insistía tenazmente en el cerebro de Villalmar y que este trataba de desechar. Estaban solos. Caía la tarde. Los mármoles empezaban a tomar un tono azulado y vago al aproximarse las oraciones. No lejos de ellos, un alumno de la Escuela de Bellas Artes copiaba en greda «La Musa de Chenier», de Puech. La hora, el sitio, aquel silencio, hicieron recordar a Oscar una tarde no muy lejana y de pavorosa soledad moral para él... Miró «El Descendimiento» y luego contempló a Felipe, quien le dijo con expresión llena de tristeza:

—Sé lo que piensas... Sé de que te acuerdas en este instante... Olvida, Oscar...

—Sí, olvido... quiero olvidar...—respondió éste, y como sintiera los ojos húmedos, impensadamente sacó su pañuelo ensangrentado para enjugarse.

—Oh! Por Dios, Oscar... de nuevo ¡guarda eso!...

—Ah!—dijo éste,—sí... olvidaba...

Y al mirar el pañuelo, su pena, su melancolía, se trocaron de improviso en una sonrisa diabólica que jamás vió Felipe en el rostro del pintor, y que le hizo tanto daño como si aquellos labios que así reían en aquella hora solemne, hubieran estado tintos en sangre...

IX

«Sí, podría ser feliz... Su cariño me curaría de esta angustia horrenda que acaba conmigo»—se dijo Villalmar, arrojándose vestido en la cama. No tenía deseos de acostarse, sino de andar, andar mucho, hasta rendirse. ¡Cuántas noches hacía que su sueño no era como el de antes, tranquilo, profundo, como el de los niños! Sueño dulce y reparador, que al despertar, satisfecho el cuerpo del cumplido descanso, lo hacía más fuerte para el trabajo, y de un salto, como un animal joven y juguetón, en pijama iba de la cama al baño de agua fría, y después de dar un paseo a pie, para reaccionar, volvía a su taller a pintar, clara la inteligencia, elásticos los músculos, con una impresión tan noble y buena de la vida. ¿Dormiría su madre? A ella más que a nadie ocultaba su malestar, su pesimismo de ahora, motivado por el cálculo que veía en todas las personas, aun en las más desinteresadas que conocía: un feroz y frío egoísmo. Ahí estaba Felipe que volvía a él por cálculo, para no ser rechazado en la cali-

ficación de los cuadros. Fué a la pieza de su madre para darle las buenas noches. Una lamparilla rosa velaba al pie de una imagen en yeso del Corazón de Jesús, y su reflejo vacilante alcanzaba a la cofia de la anciana que dormía dulcemente. Con suma cautela cubrió su espalda con el cubre cama y, dándole un beso en la frente, se alejó. Pero antes de salir, como su caricia había interrumpido el ligero sueño de su madre, esta le preguntó:

—¿Eres tú, niño?

—Yo, mamá. Venía como siempre a darle las buenas noches.

—¿Dónde has estado?

—En casa de doña Clara.

—Poco después que salistes, vinieron a dejar una carta. Está en tu escritorio.

—Buenas noches, mamá. Que duerma Ud. bien.

—Y tú, con el favor de Dios y de la Virgen Santísima.

Poquísimas veces venían a dejarle correspondencia a su casa. Todos los que le escribían, se dirigían a su «casilla» ¿Sería una citación del Consejo de Bellas Artes? «No»—dijo naturalmente al coger el sobre, que dió vueltas varias veces entre sus manos; un sobre ordinario, de letra derecha, impersonal, vacilante. No la conocía. Pero con esa preocupación infantil que siempre se tiene por adivinar quien nos escribe, en vez de romper en seguida el misterio, siguió cavilando sobre aquella carta que tenía en sus manos. ¿Sin estampilla! La habían ido a dejar personalmente, entonces... Tembló; tuvo una inquietud, recordando aquella época lejana cuando empezaron sus primeros éxitos, y recibía esos anónimos de una misma letra, que resbalaban a su taller por debajo de la puertecilla que daba a una calle solitaria y que pocas veces abría el pintor. Sí, ahora recordaba la letra, la otra... Es decir esta misma. Bah! la tiraría, como hizo con las últimas que recibió, sin leerla. Partió el sobre por la mitad y lo tiró al canasto de papeles, y se marchó a acostar. Esa preocupación del momento había ahogado su otra gran preocupación, y casi lo dejó tranquilo, por lo cual podría dormir en paz.

Empezó a desnudarse. De improviso le pareció que la carta se unía en sus pedazos y se situaba al borde mismo del canasto, como un fantasmita despreciable, pero molesto. La destruiría en varios pedazos... La quemaría! En mangas de camisa pasó a su despacho, y al coger los dos trozos de papel, vaciló. Aseguraría que estaban en blanco. No se veía sombra de letra por ninguna parte. ¿A ver? Le costó cierto trabajo para desprender un finísimo papel de seda casi pegado al sobre, con el cual contrastaba por su ordinariez. No... no estaba en blanco. Estaba escrito. Siete renglones apenas, y como firma, una línea negra que parecía un viborezno recogido. Pero ¿podrían molestarlo esos siete renglones? La firma era la de antes, eso sí que ahora el anonimista era dactilógrafo. Su redacción sería la misma de otro tiempo, cuidada y casi literaria, porque *ese* era de los que no insultaban, sino que filtraban el veneno en forma casi elegante. Leería. La decisión, de hecho, le pareció un descanso. Y leyó:

«Artista:

Mucho se comenta su actitud al ver que Ud. ha vuelto a ser amigo con el amable canallita de Segura, que se burla de Ud. y se aprovecha luego de sus influencias. La Magdalena de «El Descendimiento», me ha hecho de Ud. confianzas que serían muy tristes, si no tocaran un poquito el ridículo».

«Animo, exquisito retratista, y haga Ud. en la cara de Felipe una reprise de lo que hizo en la cara del pobre portero. ¿Se atreverá Ud?...

Su admirador».

Y el viborezno negro, recogido, como firma.

El papel cayó de las manos de Oscar, y en los primeros momentos le pareció que le habían vaciado de pensamientos el cerebro, para luego sentir una vergüenza secreta que subía a

su cara; una vergüenza tan definitiva y penetrante, que sintió deseos de apagar la luz como para ocultarse de miles de seres que le parecían mirarlo con ojos burlones. Aquellas líneas eran el refinamiento de la canallería. El enemigo que operaba en la sombra y que él creyó fatigado o muerto, volvía certero, en momento propicio, después de tres o cuatro años de silencio. Luego que esa vergüenza encendió sus mejillas, un sudor copioso le inundó la frente, la cintura, como si hubiese andado leguas a marcha forzada o como si hubiese reído a carcajadas mucho rato. No se atrevía a levantar la vista del canasto en que habían caído los trozos de papel, los cuales como distendiéndose, sembraban algo vivo que se burlaba de él.

No había duda que el autor del anónimo estaba oculto detrás de alguna estatua cuando él quedó solo al pie de «El Descendimiento». Y de seguro le vió llorar, en medio de la soledad. ¡Qué dicha y satisfacción tan infinitas le producirían al canalla refinado, su llanto, su amargura, el escarnio de que había sido víctima! De seguro que cuando él sentía caer sobre su alma una lluvia helada de desaliento y desolación, el otro, oculto, en la sombra, atisbando, experimentaría uno de los momentos de más infinito placer de toda su vida de fracasado y de canalla...

«Animo, exquisito retratista, y haga Ud. en la cara de Felipe lo que hizo»... —se repitió, mentalmente, porque las últimas frases se habían grabado con fuerza en su memoria. Se sumó entonces al dolor profundo que sentía por odiar a Felipe con todas las fuerzas de su vida, una rabia impotente, una vergüenza invencible que hacía que los muebles fingieran personas, y que los espejos de su guardarropa fuesen como miles de pupilas que lo miraban, analizándolo irónicamente. Tenía razón el del anónimo, un mundo de razón: seguía siendo cobarde, con la agravante, entonces, de no parecerlo, de haberlo querido disimular con la valentía de haber castigado al portero que atropelló a Felipe. Pero su acto, ¿fué sincero, fué recto o tuvo una intención teatral aprovechando un momento propicio para re-

cobrar su crédito de hombría? Pensó en esto, analizándolo, en aquella hora de silencio y de absoluta soledad.

Quando Rivas fué a solicitar a nombre de Felipe, un acercamiento, él experimentó primero una satisfacción de orgullo, y luego una especie de tristeza por estas pequeñas miserias, frutos del cálculo. Pero no fué eso tan sólo: en el fondo de su alma, había otro sentimiento más noble, muy recogido, el que le revelaba a él mismo la capacidad de perdonar, pero este movimiento tan íntimo, se mostró un instante, haciéndose visible en aquel temblor de sus labios que parecían insinuar una mueca de llanto y en aquel calofrío que bañó todo su ser fugazmente. Luego al entrar de nuevo a la sala seguido por Felipe, experimentó un cierto rubor ante la presencia de todos aquellos pintores, porque de seguro ellos comentarían su falta de carácter. Pero aquel otro sentimiento más íntimo, se sobrepuso a esta pequeña vanidad u orgullo. Cuando dió la bofetada, sintió dos sensaciones que la provocaron, tan rápidas las dos, que casi se confundían como chispas de relámpagos sucesivos. La primera, la más imperiosa, el defender al débil golpeado, y la segunda, que aplastó luego a la primera, el probar que él tenía tanta hombría o más, que todos ellos, y en ambos sentimientos desapareció la imagen de Felipe para quedar tan sólo de manifiesto las ideas de caridad y de altivez. Porque él no había defendido a Segura: había defendido a un hombre ultrajado, pero con mucho de egoísmo. Eso era todo. Sí, nada más que eso.

Quedó pensando en todo aquello, sin sentir el hielo que invadía su cuerpo, pues estaba a medio vestir. Y ahora ese anónimo, esas pocas líneas, le hacían recordar en forma distinta y fuerte, cosas que le hacían daño y parecían cambiarle su espíritu, poniendo en él un infierno de ideas encontradas.

Volvió a su recuerdo la escena cuando supo que a Felipe la vista de la sangre le producía la más cruel de las angustias, y volvió a sonreír diabólicamente... Quiso desechar una idea,

que fué vaga al principio, pero que empezaba a tomar forma ahora, y no pudo hacerlo, y volvió a sonreír, solicitado por ella, como acariciado por una visión que se mecía al principio inconsistente, pero que luego empezó a tomar formas precisas hasta hacerse completa, definitiva, poseyendo por entero al hombre para hacerlo obrar en pro de ella.

Cuando la luz pálida del alba, empezó a filtrarse al través de las cortinas, un pesnsamiento amable, el recuerdo de Luisa, pareció aquietar el volcán de la cabeza de Oscar, que en ese tembloroso y dulce crepúsculo entre el sueño y la vigilia, le hizo balbucear, como si estuviera soñando:

—¿Me quiere?... Cómo me quiere?...»

Era la misma pregunta que ella también más de una vez, se había hecho a solas con sus pensamientos, cuando su cabeza caía en la almohada en busca del sueño reparador:

—«Le quiero?... ¿Cómo le quiero?»—y los perfumes y las flores del jardín que entraban por la ventana, que se dejaba a medio abrir para refrescar la pieza del calor de Enero, parecían contestarle con su aliento acariciador, lleno de secretas voluptuosidades. ¡Cuánto esfuerzo, cuánta voluntad tuvo que gastar la tarde cuando Oscar, en aquella hora de confidencias en su taller, con sus labios, húmedos todavía de lágrimas, le pidió un beso, y su voluntad y toda su energía se pusieron en guardia, y tanto fué el esfuerzo, tan duro el castigo de su carne, que le fué preciso echar atrás la cabeza, como apartando de ella la tentación y entrecerrar los ojos como esquivando de su vista la presencia del hombre amado con todas las fuerzas de su vida! Y muy bajito, como un descanso para su alma, aquella niña fracasada en su vida sentimental por una ligereza de su familia, repetía: «¡Te adoro, Oscar mío, pero no me atreveré a decírtelo nunca, porque no debo decírtelo!...», y con sus manos ardientes tentando en su pecho, buscaba una medalla de la Virgen, como un refugio para la tentación, como un gesto de emocionada esperanza, mientras sus labios murmuraban una plegaria, y las

palabras humedecidas con rocío divino se mezclaban a las frases de quemante aliento humano, y todo ello, escapándose de la alcoba tibia, por sobre los jazmines olorosos, buscaban espacio bajo la luz de las estrellas.

—¡Callar, callar siempre, callar hasta la muerte! eso era su vida. Había leído, no recordaba en que libro, que en el renunciamiento a todo lo terreno, había también un goce infinito, y que la resignación silenciosa, es planta de altas virtudes. Y ella calló siempre: sus desencantos, cuando fué novia de un hombre a quien no quería y que apenas trató antes de su boda; calló cuando su pureza fué pisoteada por un ser abyecto y sensual; calló cuando a los pocos días de regresar de la luna de miel, su madre le preguntó si era feliz, y sus labios, temiendo desilusionar pronunciaron un «sí», húmedo de llanto; calló cuando llegaron las largas noches solitarias y aterradoras, las interminables noches de frío en el alma y en el cuerpo, en aquella casa que parecía deshabitada y en la cual a toda hora vivía algo así como un espíritu hostil para ella. Calló cuando su marido llegaba de la calle hinchado de alcohol y la injuriaba injustamente. Calló siempre, y aquella boca, primor de gracia y de frescura, se mantenía sellada, sin contar a nadie sus penas, sin que nadie supiese la tragedia silenciosa de su alma, y sólo se entreabrió para recibir el cáliz de amargura y apurararlo hasta las heces, tal que si fuese él un don del cielo o una prueba para templar su alma.

Más de una vez la sorprendió esta pregunta que se hacía su espíritu:

—«¿Para qué he nacido? ¿Tengo derecho a la dicha, a la felicidad?» Pero era tan sólo una sombra de interrogación, porque luego trataba de desecharla como si fuese una falta o un pecado. Cuando su madre, una vez, por casualidad descubrió el abismo de dolor que había en su alma, y procuró el divorcio con el mal hombre, haciendo que su hija volviese a casa de sus padres, ella tan solo supo llorar en el regazo maternal, pero ja-

más sus labios se quejaron ni contaron una cruel intimidación de su matrimonio, sino que callaron, procurando olvidar con sonrisas todo lo que fué nube o dolor de su pasado.

Amó por primera vez en su vida cuando vió a Oscar. Al principio le pareció que aquel hombre, que gozaba de fama por su arte, sería una especie de tenorio, y cuando le fué presentado, le tuvo miedo. Ella lo admiraba por sus cuadros, por varios primorosos retratos que vió en varias casas de sus amigas, pero en realidad le temía. Con esta preocupación exagerada, una vez que él insinuó una charla íntima, ella le indicó que cambiase de conversación, y él lo hizo, dócil, respetuoso, como siempre lo había sido hasta entonces. Pero poco a poco le fué conociendo. Era en el fondo un niño grande, de espíritu casi tímido y de un candor y frescura de impresión, que daban a su charla un atractivo muy especial.

De espaldas en la cama, mirando el techo de su alcoba, Luisa veía ahí una pálida luz movible, que era un rayo de luna proyectado por la fuente del jardín, cuyo surtidor al ser movido por la brisa producía ese temblor de la luz en el techo, que bordaba arabescos, y luego aquietándose poco a poco, se convertían en amplias elipsis, que, pasado el viento, quedaban inmóviles como manchas de color más fuerte en medio de una tenue sombra azul y gris.

Aquella noche Oscar había estado con ella hasta muy tarde. Le vió más flaco, con la mirada febril, que a veces quedaba fija en un punto como si fuera presa por una idea insistente y cruel. Ella procuró llevarlo al terreno de las confidencias, mientras su madre charlaba con una amiga. Se puso a su lado en el sofá, arrodillada, como los niños, movimiento que adoptaba siempre cuando estaba con Oscar. En esa forma ella quedaba un poco más alta que él, y le miraba así, dominándolo, obligándole a que él levantara la cabeza, como en actitud de adoración inconsciente. Así discutían a veces, se enfadaban, por asuntos de arte, que él entendía a fondo y que ella procuraba entender y,

¡cuán bien sabía ella entonces el poder fascinador de sus labios que él miraba! como prendido a ellos, deleitándose con sus movimientos, lo que en Luisa era satisfacción y orgullo al sentirse admirada por un maestro experto en estética femenina. De tiempo en tiempo en la charla, al accionar Oscar, sus manos rozaban sus rodillas o bien quedaban dos o tres segundos sobre ellas, y Luisa sentía entonces al través de la seda del traje, un dulce calor fugaz, como si acercasen y retirasen de ese sitio el resplandor de un calorífero. Ya no le temía; le sentía tan niño a su lado, tal que si ella fuese una madre para él, y quedaba mirando al fondo de sus ojos, y él le preguntaba, con las pupilas un poco entornadas:

—«¿Qué me mira Ud.?»—y ella le habría contestado entonces:

—«Tus ojos, que quiero; tu alma, que quiero besar en tus ojos». Pero le respondía burlona, coqueta:

—«Nada... no había reparado»—¡qué embustera fué entonces; que embusteras tenían que ser todas las mujeres en parecidas circunstancias!

Esa noche pensó también en una muerte posible de Oscar, sentimiento que a menudo cultivan los enamorados, como una voluptuosidad más del amor que busca ocasiones para exacerbarse. Ya él le había preguntado:

—Si yo muriera, Luisa, ¿me dedicaría Ud. alguna vez un recuerdo? Y ella le había respondido en broma, para despiatarlo, como en otra ocasión cuando él le dijo:

—Nos hemos encontrado tarde en la vida... Creo que habríamos hecho una buena pareja—y ella le respondió burlona:

—¡Bonito negocio habría hecho yo!—pero acto continuo sus ojos le miraron de frente, más dulcemente que nunca, dándole un largo y embriagador beso espiritual que llegó tan hondo, con tan penetrante abandono, que el pintor pareció no resistirlo y retiró la vista antes que ella lo hiciera.

Esa noche la charla de Oscar tuvo un dejo de melancolía. Era realmente increíble el efecto que había causado en él el in-

cidente en el Palacio de Bellas Artes. «Créame,—le había dicho a Luisa—parece que me han cambiado, que han puesto en mí otro hombre. Tan claramente siento esto, que lo compruebo cuando pinto. Mi color no tiene la transparencia de antes. Se hace triste, sombrío. Y el pincel es un tentáculo del espíritu del artista, recoge en la paleta lo que le es grato y puede revelarlo mejor ante las gentes. Hasta mis afectos han cambiado, se enfrían y veo distantes a personas que me parecían tan cerca de mí, como si injustamente las culpase a ellas de lo que he sufrido, de lo que me ha pasado. Y es que el corazón se amarga y se desilusiona de todo. . . » Y agregó casi en seguida:

—Si yo hiciera una locura, ¿qué diría Ud.?

¿A qué género de locura se refería Oscar? Ya le había dicho en su taller, durante aquella crisis de amargura, que ella presenció, que estuvo a punto de suicidarse, pero pasado eso, no lo intentaría. ¿Qué otra locura podía ser posible en aquellas circunstancias en que ya todo había vuelto a la tranquilidad, hechas las paces con Segura? ¿Una venganza? . . . Oscar no había olvidado el ultraje. Perdonarlo, sí, pero la herida la sabía abierta, lo revelaban las frases del pintor, su inquietud, ciertas alusiones veladas e irónicas a Felipe. Por más que todo el mundo los viese pasear juntos, reír, comentar cosas de arte, elogiar más de una vez Oscar el cuadro de Segura que había ido a Wáshington, siempre para Luisa quedaba de manifiesto la herida, tan sensible e irritada casi como en el primer día. Ya en él la injuria había tomado caracteres de enfermedad; tenía ella la certeza que la causa de todo el decaimiento de Oscar, era eso, que se cultivaba, que a fuerza de llevarlo noche y día, hace falta como algo de la propia naturaleza. Y pensó Luisa un momento en Felipe. «Hombre raro, extraño, que debía odiarla, porque cada vez que pasaba por su casa, y pasaba a menudo, ahora le esquivaba él la mirada con manifiesta molestia que no se preocupaba en ocultar. . . Y ahora ella, en el fondo, le compadecía: al fin y al cabo luchaba el pobre» . . . Pero esta preocupación

que duró rápidos segundos, fué en seguida cambiada por otra:

«Dios mío. ¿qué haría ella para que Oscar volviese a ser el de antes, feliz, comunicativo, pletórico de vida y de optimismo, comunicando a quien lo veía, salud y confianza en la vida?... ¿Guardaría, el Crucifijo que ella le dió? Porque hasta para con ella se mostraba más frío e indiferente...»

Y asaltada de improvviso de profunda inquietud, como si previese un peligro que se acercaba para él, una acechanza, una desgracia; con el corazón palpitante y las manos frías, deseando verlo en aquel instante mismo para convencerse que nada le había pasado, se puso de rodillas en su cama, y con las manos juntas, rogó al cielo por él, muy callada, murmurando apenas las palabras, que parecían incienso que escapaba hacia el azul profundo de aquella noche de verano:

—«Señor de misericordia, tú que moriste por amor a los hombres, sálvalo de todo mal. Si alguna vez te ofendió, Dios de bondad y de infinito bien, no lo castigues a él sino que tu castigo caiga sobre mí, humilde sierva que te ama y que lo ama... Por el amor que tu tienes a todos los hombres, por tu corazón que es amor de los amores, salva a mi amor, que es tristeza y que es consuelo, pero que es amor de mi pobre alma atribulada que sólo supo padecer en silencio por tu amor»...»

Y al terminar la oración, cayó como herida sobre el lecho, sollozando, sin cuidar su casta desnudez que se mostró a las flores que parecieron levantar hasta la ventana sus corolas ávidas de belleza...

X

Oscar apenas durmió dos horas. Como había dejado abierta la ventana que daba a la calle, en cuanto salió el sol, la fuerte claridad le despertó. Sentía los párpados pesados, ardientes. Miró la hora. Las cinco. Descorrió una de las cortinas para contemplar aquel tierno paisaje de mañana. Sus ideas parecían que empezaban a despertar como el día, lentamente, desenvolviéndose entre nieblas. Optó por echarse al baño en seguida, para aligerar el cuerpo de aquella pesadez. El golpe del agua fría, aquel resbrillar límpido de la luz artificial en la tina enlozada, en el agua trasparente que aparecía ligeramente azul, como la de un remanso, le hizo evocar un paisaje chileno característico, cuando a caballo, acompañado por su padre cruzaban un estero.

La fresca alameda termina de improviso en un terreno enarenado y blando. Un ruido de agua corriente anuncia el estero. El animal abre las fauces como buscando instintivamente el vado, tantea, disminuye el paso. Del suelo parece subir calor

de hoguera. Las malezas se inclinan bajo las piedras, buscando un refugio. La ancha cinta de agua aparece azuleja y gris, a trechos, rumorosa y cascabelera en las orillas, para aquietarse al medio, apenas ondulada, lenta, mostrando su fondo que tiene pedruzcos blanquecinos a fuerza de ser lavados. El caballo ha penetrado al agua, tocando primeramente con sus narices el líquido, que queda goteando del freno en lágrimas cristalinas. Los estribos se bañan y se siente la caricia fresca al través de la madera toscamente tallada. Golpes profundos y lentos marcan los pasos del animal, que estira la cabeza, fijos sus grandes ojos pacientes en la orilla contraria. De improviso se hunde y alarga el cuello para nadar; el agua moja los pies del jinete, que son alzados hacia las ancas, y de nuevo repercute el chapotear de los pasos, indicando menos hondura, confundiendo ahora con el rumorear del agua, hasta que el noble animal, tocando la otra orilla, da un pequeño relincho, tasca el freno e inicia un trotecito, dejando marcadas sus frescas huellas en la arena caldeada y sedienta.

Fueron aquellas, fiestas de luz y de frescura, que dejaron en el alma del artista memorias tan claras y precisas como la que acababa de evocar. Infancia fugaz; estudios luego, el convento querido donde se educó, y después la lucha para hacerse hombre. Pero esta lucha había sido tan intensa, tan ruda, tan constante, que le pareció más de una vez que había llenado su vida entera. Desde los veinte a los treinta años, él sólo supo trabajar. Le había dicho su padre, todos los que le rodeaban, que el arte no daba para vivir, sin embargo, él creyó siempre que le daría para vivir, pero era preciso dedicarle toda la vida. Y así lo hizo. En las noches cuando todos sus amigos y colegas se divertían, él dibujaba. En el día, pintaba «academias y estudios» en la Escuela, en el campo. Muchas veces fué algunas horas a algún teatro. Pudo quedarse con sus amigos, en alegre pasar; pero regresaba temprano a su casa, porque era preciso madrugar para el trabajo. Se reía en secreto de los que se quejaban de su suerte. Querían

que la suerte les diese esterlinas acuñadas, sin ningún esfuerzo, sin ninguna disciplina de la voluntad. Pintaba como nadie retratos, pero como nadie también fatigó sus ojos dibujando y haciendo ejercicios de paleta. Muchos admiraban su ejecución, pero su ejecución de ahora le costó muchas fatigas de antes, en luchas con la mano que se negaba a trazar con facilidad. Voluntad, mucha voluntad! Virtud, en una palabra, virtud en la vida y en el arte, para alcanzar un ideal.

—«¿Un ideal? ¿Y qué es para mí este ideal?»—se preguntó, ya instalado en su taller para el trabajo. Lentamente la respuesta cruel asomó a sus labios:

—«Tu ideal, hoy día es dos veces amargura, la de odiar y más que nada la de no haber podido perdonar...»

Sí, sobre todo eso último: tristeza infinita por no haber podido perdonar. Y ese anónimo de la noche antes había venido a irritar sus pasiones que la presencia de Luisa había adormecido. ¿Quién podía ser el del anónimo, el de todos los anónimos? Porque era el mismo, desde hacía años, que de seguro se vería con él, que le trataría, que acaso alguna vez le hizo protestas de afecto... Aquél hombre había dedicado su vida a hacerle mal, era su arte, que cultivaba con refinamiento y eficacia, la prueba era que tanto daño le había causado su carta. ¿A qué hora, antes, la vendrían a dejar? Porque muchas veces la encontró en el buzón de la puertecita que daba a la calle solitaria. De seguro ese anónimo era el principio de una serie que vendría, sin duda alguna, aprovechando el canalla de las propicias circunstancias del estado de ánimo de él. Por un momento interrumpió el trabajo para mirar a esa puerta que siempre permanecía cerrada. Oyó pasos en la calle. Se diría que se detenían ahí... ¿Algún cliente? Pero la campanilla no sonaba, ni tampoco golpeaban... Oscar quedó en suspenso, y oyó entonces el ruido imperceptible que hacía un papel que caía en el buzón. Tuvo la certeza que era el del anónimo. Como era muy temprano, creyeron solo el taller. Pero la sorpresa paralizó al pintor,

que quedó con la vista fija en el buzón, sin saber que hacer. Los pasos se alejaban, casi se perdían ya. . . Abrió entonces precipitadamente el buzón. La misma letra. Otro anónimo. Su primer impulso fué abrir y ver, pero se detuvo. No. ¿Y si era alguien que hasta ese momento supo fingir tan bien que pasó por bondad lo que era comedia hecha con arte? Además, ¿qué adelantaría con saber? . . . No le llamaría a cuentas, porque mayor vergüenza sería la suya que la de aquel hombre, de seguro, ya habituado a estas situaciones violentas.

Desalentado, abrió inconsciente el papel que tenía en las manos y leyó:

«¿Qué tal, admirado artista? ¿Ha recapacitado Ud., sobre lo que ayer le decía? Obre Ud., sea enérgico, siga mi consejo y alguna vez me lo agradecerá. Perdonar es muy apostólico, pero puede a veces ser de pusilánimes, y Ud. creo que no lo es». Y como firma, la graciosa raya curvada, el viborezno de siempre.

Sereno, rompió el papel, arrojó sus pedazos a un rincón, y siguió trabajando con aparente tranquilidad. Pensó que debía haber sorprendido al bandido; pero al fin y al cabo era mejor ignorar quien era el autor. Una desilusión menos. . .

Después de cavilar breves segundos sobre esto, siguió pintando, corrigiendo un retrato. Se le imaginaba que su labor era inconsciente, que era tan solo su mano la que hacía el trabajo, y que lo haría mal. Su cerebro estaba vacío en aquellos momentos, helado, y casi no había relación alguna entre su pensamiento y la labor. El gran técnico, sin embargo, podía ejecutar con éxito, despreocupadamente. De improviso se puso de pie, experimentó entonces un pesado dolor a la espalda, un agarrotamiento de sus miembros. Miró su reloj y con sorpresa pudo comprobar que había trabajado tres horas sin detenerse un instante, ni para encender un cigarrillo.

Bajó a almorzar a la hora precisa que le llamaron. Habló poco en la mesa con su madre. Su cerebro continuaba vacío, sus ideas vagas, inconsistentes. Le sería preciso dormir la siesta, ya

que la noche antes durmió tan poco. Se echó en un diván y reposo tranquilo más de dos horas. Al despertar, sintió más dulce que nunca la paz de su hogar, aquel bienestar sereno, y honrado, y le pareció que de todos los muebles y objetos de su alcoba, emanaba un flúido cariñoso y amable que le retenía, gozando aquel instante de serenidad, de grata modorra, en medio de la luz verdosa que arrojaban las persianas corridas. Si le hubiesen preguntado si era feliz en ese instante, no habría trepido en responder que lo era más que nunca. Todo lo que le rodeaba contribuía para ello: aquel silencio lejanamente turbado por el cantar del canario en el segundo patio, algún grito de «frutillero» de tiempo en tiempo, por la calle soleada, el runrunear adormecedor de un moscardón verde, dándose de cabezadas en los cristales de los espejos, los cuales en la media luz, arrojaban una claridad misteriosa de estanques profundos.

Así permaneció en esa grata semi inconsciencia, hasta la tarde, en que se vistió y fué a dar una vuelta a la Quinta Normal, en victoria. Los caminos de aquel paseo, recién regados, emanaban el delicioso y cálido olor a tierra mojada, «a primera lluvia de otoño»—se dijo Oscar, abriendo las narices con voluptuosidad. Pasaban a su lado autos y otras «victorias», que el pintor ni siquiera miraba, tan abstraído iba contemplando la naturaleza. La vista del templete griego donde hacía once años se celebraban los Salones anuales de pintura, le trajo recuerdos de sus primeras luchas, de sus primeros tiempos. Ahí obtuvo la tercera y segunda medallas. ¡Qué tiempo tan simpático y con tan dulces inquietudes! El año que obtuvo la «primera» y la «de Honor», en el Palacio de Bellas Artes, no estuvo tan feliz como cuando una tarde lejana, tímido y muy humilde, se acercó a los porteros de ese palacete, y les preguntó si habrían puesto los carteles de los premios, y luego al penetrar a la sala vió allá al fondo su cuadro, un retrato de su madre, que ostentaba un cartoncito de color azul que decía «Segunda Medalla», pero como otros colegas estaban mirando el cuadro premiado, él, con una sensación ex-

traña, como con vergüenza que le criticaran, se fué a vagar por las avenidas, sin rumbo, hasta cansarse, hablando en voz alta a las plantas y a los árboles para dar un poco de expansión a esa inquietud, mezcla de gozo y de angustia, que le poseía.

La «victoria» llegó a los caminos más solitarios. En las canchas de tennis, se veían las manchas blancas de los trajes de los jugadores, semi borrosas al través de los alambrados. Sobre el césped, algunos estudiantes preparaban exámenes retardados, tendidos boca abajo, en mangas de camisa y con el libro abierto hundido en el pasto. Un tenue y fresco perfume de alfalfa florecida, le invadió, le hizo respirar con voluptuosidad a pleno pulmón. La «victoria» tomaba uno de los caminos que corren de norte a sur. Las vacas finas que pacían, pertenecientes a los establos modelos, levantaban la cabeza, rumiando, con su pelaje como terciopelo limpísimo, que hacía el efecto de estar pintado, y en el hocico, ligeramente rosado y húmedo, copos de espuma amarillenta con briznas de paja adheridas a ellos.

La brisa besaba el alfalfal, formando ondas que la panoja florecida teñía de un azul gris. Recordó que en ese camino tuvo una aventurilla que le dejó un sabor soso, una impresión sin encanto alguno. Fué con una de sus modelos, una buena muchacha que quería ser romántica a todo trance y que después de haber leído «La Bohemia» de Murger, buscaba un pintor para «vivir aquellas escenas», como ella decía en su lenguaje semi cursi. Y un día que Oscar la invitó a dar un paseo en «victoria», ella juzgó que era llegado el momento de representar la Mimí, y se dejó caer en los hombros del pintor, sorprendentemente. Este se extrañó al principio de semejante exabrupto, pero comprendiendo la parte de novelería que había en todo aquello, se mantuvo quieto, asequible, hasta que los labios de ella pronunciaron en medio de un suspiro el nombre de «Rodolfo»... y ¡qué beso más soso, más de comedia, y que cursilería tan definitiva, la de aquella Mimí de barrio! Después de esa escena, quiso ella reincidir en el taller, pero entonces el pintor, ya fuera de situa-

ción, le pareció eso inadecuado, y le dijo una mañana que daban por terminado el cuadro para el cual ella le servía de modelo.

—«Y luego dicen que estas aventurillas dejan tan gratos recuerdos. Mentira. Cuando no se quiere de verdad, molestan soberanamente. Pretexto de ciertos hombres para encubrir sus devaneos con un poco de literatura barata»— pensó displicente.

Pasó a su lado y marchando muy lentamente otra victoria, con una pareja. *Ella* se puso en la cara el sombrero de *él* y *él* bajó la cabeza muy discreto. Cuando pasaron, se oyó una risa nerviosa, contenida, una de esas risas elocuentes que ponen de manifiesto un temperamento femenino en plena e inquieta alegría. Habría deseado el pintor verle el rostro. Las manos finas y blancas, que sujetaban el sombrero, como un antifaz, le advirtieron que se trataba de una persona refinada. Su traje sastre azul marino, dejaba al descubierto parte de sus piernas de fino dibujo. ¿Quién sería?... Grato misterio! Y aquellas manos cuidadas le trajeron el recuerdo de otras, de las de Luisa. Una aventura, así, con ella!... De seguro que no tendría la sosería que tuvo con la pobre modelito. Pero Luisa ¡un imposible, un sueño...! Si la cabeza que una tarde se recostó en su hombro, hubiese sido la de ella, con qué grata delectación en esos instantes en que empezaba el crepúsculo, se abandonaría al recuerdo, a evocar, a reconstituir la escena con fruición. Si aquel suspiro que le supo tan cursi hubiese sido de ella!; si aquellos ojos entornados hubiesen sido los ojos de la otra, si aquella boca hubiese sido aquella boca de dientes perfectos, engastados sobre encías pálidamente rosadas, boca cuyos besos serían luz para cegar cuando los labios se posaran en los ojos!... El encanto único, en fin, que tiene un imposible... Pero ahora hasta ella parecía que se alejaba, que su dolor la alejaba insensiblemente...

Una tristeza dulce y resignada lo invadió, esa tristeza que parecía venir del campo, que bajaba del cielo en forma de luz violeta. La línea de los cerros de la costa, parecía recortada en sombras sobre el oro cálido del horizonte, como una agua fuerte

de dibujo simple, ingenuo, pero intensamente expresivo. Por entre las encinas, quietas en ese instante en que el aire parecía haberse inmovilizado, se veían trechos de cielo desvanecido, sobre los cuales brillaban temblorosas las estrellas, que entre el ramaje parecían luciérnagas cambiantes de amarillo y azul. El verde de los pastizales empezaba a confundirse con la tierra, en una vaguedad gris, en medio de la cual los animales aparecían como nadando en un lago misterioso, más blandos y dulces sus contornos, mitigadas las estridencias del color como en una vaporización tenue y cálida. El balido de vacas lejanas que marchaban a los establos, eran respondidos por balidos de esas otras que levantando el cuello como perdido en ese lago de sombra palpitante, parecían orientarse en el aire por la onda sonora melancólica y soñolienta. La «victoria» tomó por los parques ingleses que hay entre la avenida de encinas y la de palmeras. De la sombra de los pinos achatados, parecían surgir rumores misteriosos, ruido de pájaros que buscaban refugio para dormir. En los banquitos se veía a veces un papel abandonado, que brillaba fuertemente, cogiendo los restos de luz que quedaban. Una pareja se indicó indistinta en la sombra, siendo una sombra más, movable, agitada con un soplo de pasión extraña. Las palabras callaron cuando pasó el vehículo, y luego volvió el rumor a oírse, borboteando, apresurado, a veces, lentas otras, como un espíritu ya fatigado de convencer, o por haber sido convencido... Cuando entró la «victoria» a las avenidas, las canchas de tennis eran tan sólo pinceladas de gris pálido avivadas por un último reflejo de poniente. Por entre los árboles brilló de improviso la luz cruda de los focos eléctricos de los jardines, cuyos reflejos sobre el pequeño lago, fingían anchas y lentas serpentinas cortadas.

En ese instante, pareció que de la tierra había subido un aliento cálido y amoroso, que envolvía plantas, árboles y flores; que impregnaba el aire densamente y oprimía con dulzura el corazón. Oscar Villalmar se sintió solo en medio de aquella

naturaleza que invitaba al amor, y sus manos entonces parecieron buscar otras manos, sus labios temblaron en busca de otros labios, y alzando la vista al cielo, que en ese instante parecía un manto de terciopelo azul sembrado de diamantes, dijo en voz baja como en una oración:

—«¡Amor... Amor, que solo estoy en la tierra!...».

Un cisne blanco cruzó en ese mismo instante el lago, desenvolvió la elegante curva de su cuello, y alzando al cielo su cabeza meditativa abrió las alas, como si bajo ese palio de blanco raso, esperase recibir un símbolo divino que pronto bajaría de la altura...

XI

Una atmósfera cálida, densa, en la cual flotaba olor de café, de cigarros y algún tenue perfume de las damas elegantes que entraban y salían, llenaba el departamento del Tea Room de Gath y Chaves. En la puerta de entrada, un groom recibió los sombreros de Segura, Castro y Rivas. Este, en el primer momento, se había resistido a entregarlo por falta de costumbre, pero tan dulce e insinuante era la sonrisa del chico, quien parecía estar dentro de una funda guarnecida de botones amarillos, que el pintor bohemio abandonó su amada prenda de anchas alas.

Entraron a un gran salón severo, recubiertas sus murallas de madera oscura encerada, estilo Felipe, una elegancia tranquila, de buen tono, cuyo único brillo y coquetería, eran las pantallas de las lámparas, en tonos rojos y amarillos, encendidas desde temprano, y que más servían en ese momento como detalle decorativo que como iluminación! En una tarima, un sex-

teto de cuerdas, encabezado por un violinista de fama. Todos los profesores vestidos de frac, cuidadosamente rasurados. Sobre las mesas, en cartulina de color, el programa orquestal, y en cartón blanco, más grande, la lista de dulces y refrescos. Un salón, en fin, digno de Europa, que daba el tono en la materia, que le dió desde el día de su estreno, sirviendo para que otras salas análogas mejoraran sus instalaciones.

Ahí, de tiempo en tiempo, se celebraban grandes conciertos de música clásica, con días determinados para el género más en voga de los diferentes países. Se diría entonces que no se estaba en un Tea Room, sino en una verdadera sala de conciertos, por el respeto observado por la concurrencia, por cierta atención casi religiosa para oír a aquellos hombres que inclinados sobre sus instrumentos apenas si dejaban ver sus rostros hundidos en las cajas de sus violines o de sus violoncellos, las pecheras de sus camisas haciendo contraste con la caja oscura y patinada de sus instrumentos. Parecía en aquellos instantes, que se suspendía la vida y apenas si de tiempo en tiempo la campanita de un cristal chocado por casualidad, resonaba en la amplia y elegante sala, repleta de mujeres hermosas, elegantes, que daban a aquel recinto, cierto encanto de ensueño y de supremo refinamiento. Había días de música española, de música francesa, de música rusa, todos los más modernos autores, la última moda, el último capricho del pentágrama se daba a conocer allí, y aquellos seis hombres jóvenes, vigilados por el jefe del establecimiento, se encargaban de contribuir al refinamiento del oído y del gusto del público de una ciudad.

Las mesas que daban a la calle Huérfanos, que eran las preferidas, parecían como colgadas a las cristalerías mismas, a tal punto, que se diría que se gozaba de aquel grato calorillo de estufa perfumada de la severa estancia, y del pasar de parejas por la calle, allá abajo, que se confundían a los carruajes, a los autos, semiperdidos como en un tenue cendal los días de neblina, cuando por los cristales parecían que se escurrían las lágrimas

del invierno. Por la calle del Estado, llegaban amortiguados las campanas de los tranvías, no alcanzando a interrumpir los conciertos que se daban en el Tea Room.

Era el sitio preferido por la alta sociedad. Era la cita obligada de cuatro a siete, la reunión de lo más chic de Santiago, que iba a lucir allí sus pieles, sus trajes de última moda, sus sombreros de fantásticas formas y de exquisito gusto.

A veces, el Gerente de la Gran Casa de modas, invitaba a un selecto grupo de familias para dar a conocer a un nuevo músico ya de fama europea. Se hacían las invitaciones particularmente, y el servicio era entonces un obsequio de la Gerencia para aquella sociedad que día a día frecuentaba el gran salón.

Segura había invitado a un servicio completo, lo que hizo decir a Castrito, en voz baja a Rivas, antes de tomar el ascensor: «¿Qué querrá conseguir éste de nosotros? Ya lo veremos. . .

—Si además del «servicio completo», quieren Uds. otra cosa, avisen—advirtió Segura, espléndido,—lo que hizo mirarse estupefactos a Castro y Rivas, quienes respondieron agradeciendo con la cabeza, y con la boca llena por el primer bocadillo de jamón sonrosado que por entre las dos rebanadas de pan, mostraba un apetitoso filete de grasa.

—Consumamos antes lo servido.

—Esto no está mal, dijo Castro por el sitio, con esa displicencia del artista exigente que guarda su admiración sólo para determinadas obras maestras, y abarcando con la mirada el amplio salón lleno de gente a la hora de las cinco de la tarde, preguntó:

—¿Tanta gente viene siempre?

—Más en Invierno—respondió Segura, con cierto secreto orgullo de hombre que se podía permitir el lujo de frecuentar esos sitios en épocas oficiales.

Rivas devoraba. Sus cinco sentidos parecía ponerlos en la acción de masticar, en forma tan laboriosa, que ponía en movimiento hasta las sienes. Pareció hacer un último esfuerzo al

engullir, y quedó melancólico, con la mirada clavada en los platos de sus compañeros, casi intactos todavía. Castro, siempre bromista, advirtió:

—¡Qué barbaridad! No nos habíamos fijado que a Rivas no le han servido. A ver, ¿qué «número» nos ha tocado?... Ah! El 7. Pero antes que llamase, el aludido, humilde, un poco ruborizado y con sus labios untados de mantequilla y de grasa, cuyos restos en ese instante eran récogidos golosamente por la lengua, dijo:

—Ya me comí el servicio!

—Embustero! No eres tan glotón como yo creía, porque el servicio está aquí, corrigió Rivas muy serio, señalando un cuchillo y una cuchara olvidadas.

—Digo... lo que a mí me sirvieron.

—Ah! Eso es otra cosa, es decir, es tan sólo llenar nuestro cometido, sólo que te has adelantado. Para que no te aburras esperando el café, mientras que nosotros comemos, y que yo lo haré a conciencia, Felipe pedirá para tí repetición.

Rivas miró ansiosamente a éste, esperando la respuesta que fué favorable al pequeño Heliogábalo del pincel.

—Mozo, otro «completo» para este convalesciente que está a dieta.

—¡Qué gracia tiene Felipe!—agradeció Rivas, convencido que en todo lo que dijo el otro no había gracia ninguna, pero su estómago agradecía en esa forma tan discreta y de buen vivir, y agregó con cierta nostalgia:

—Qué bien se come en casa de Villalmar!

—Así dicen—dijo Castro.

—Y lo afirmo—terminó Felipe. Yo he comido con él dos o tres veces.

Rivas, atacando ya de firme el nuevo servicio, daba detalles de aquellas comidas, con la elocuencia que hacía nacer en él la caricia de la atmósfera, el fresco de los grandes ventiladores, la perspectiva, aun, del café humeante, de los helados de inci-

tante color crema, y de cinco o seis galletas de «agua» untadas de mantequilla y de algunos pastelillos servidos en computera de cristal fino.

—Fíjense Uds. que aquello hace el efecto de estar en un gran hotel... mejor aún. Villalmar come solo, porque a su señora madre le sirven a su pieza. Está tan viejecita! Imagínate, Castro, una salita abrigada, con dos o tres telas extranjeras... Besnard., Cotet... Le Sidaner... Lo más trasparente de aquella pintura.

—Tres infelices! Nadie!

—Una mesita redonda, con un mantel que no te atrevas a tocarlo porque parece encaje de vestido de señora. Frente a tí, afirmada en varias copas de...

—De Bohemia o de Baccarat—de seguro—apuntó Castro, orgulloso de su conocimiento de ciertos lujos de vajilla.

—En eso: afirmada la lista de la comida, tal como en un hotel, con los nombres en francés. Y fíjate lo que me tocó a mí, hace pocos días, que yo recuerde, al menos: langosta, pollo, paltas, queso... pescado...

—Te mareas, Rivas, en la enumeración,—interrumpió Castro.

—Y es verdad—afirmó Segura.

—Y él, como si toda la vida hubiese sido igual. Parece no tomarlo en cuenta—terminó Rivas.

—Retratista del gran mundo! Todo forma parte de su réclame—dijo Castrito. ¿Crees tú que un pintor de mujeres bonitas y elegantes no se desprestigiaría si se supiese que comía nuestros guisos nacionales: «charquicán», «luche», «cochayuyo»? Un hombre que come esto, para cierta gente no puede pintar bien. Además, yo soy de los que creen que la alimentación, las comodidades, los regalos del cuerpo, influyen en la producción artística. Yo, por ejemplo, después de haber devorado dos docenas de ostras regadas con vino blanco, y algunos bocados de tierna langosta bañada en mayonesa, me encuentro mejor dispuesto a pintar encajes y rasos que si hubiese comido «veinte» de

queso y «veinte» de pan candeal. Eso te puede dar cierto resultado para un «interior» de taberna, en que hasta el color se democratiza, pero para pintar un «pastel» a lo Boldini o un óleo a lo La Gándara... te asesinan ¡caracho! si antes no te suicidas tú primero por decoro artístico.

—Cuando estuviste con Oscar, ¿le oíste algo respecto a los cuadros que se llevaron a Wáshington?—preguntó Felipe a Rivas.

—Nada—contestó éste—habló poco sobre arte. Parece estar enfermo. Más flaco; no tiene la alegría de antes y hasta creo que ha rechazado trabajo. A Oscar le pasa algo.

Castro dijo:

—Es de esos temperamentos nerviosos y sensibles, a los cuales ciertas cosas le causan una verdadera enfermedad. Si alguna vez yo tuve una torcida intención para él, me duelo de ello. Qué más da su orgullo! Todos los artistas somos orgullosos. ¿Y no se puede perdonar eso al autor de aquella «Sinfonía en blanco», que acaba de pintar?

—Es hermosa—afirmó Rivas.

—Estupenda—corrigió Castrito. Hay que saber lo que cuesta armonizar los blancos para que eso no quede desabrido y frío. Cuánta firmeza en la pincelada, que facilidad, una cosa como hecha en juego. Y el color! Cuando se piensa que muchos con «complementarios» ensucian las telas, cómo no se ha de admirar el cuadro de Villalmar! Toda la gama del blanco; un cuadro hecho de pureza. Y esa ternura y melancolía que respira...

—Dicen que representa a Luisa Bailén—terminó Castro.

—A ella—corroboró Segura, y después de algunos instantes agregó:

—¿Y no saben la noticia? Luisa ha quedado viuda...

—¿Viuda?—dijeron los otros al unísono.

—Como que era casada. Una desgracia como otra cualquiera. Pero la vida la liberta de la cadena. He visto publicada la defunción del marido, cuatro líneas. Era una bala perdida. Luego

he averiguado. El hombre aquel, al salir de una taberna, a la madrugada, cogió una pulmonía, y se despachó en tres días.

—¿Y ella qué dice?—preguntó Castro.

Felipe respondió, muy enterado siempre:

—¿Ella?... He sabido que supo la noticia después de la muerte.

Rivas siempre con la boca llena, apuntó:

—Ahora Oscar podrá formalizar algo con ella, porque se quieren. Felipe cambió rápidamente de charla, y contó, como consultando con la mirada sobre lo que iba a decir:

—A propósito: esta mañana he recibido una invitación de Oscar para ver ese retrato de Luisa, del cual me habló hace tiempo. No voy a su taller desde antes del incidente... Estas últimas palabras las dijo Segura como si hubiese pasado por ellas como por sobre ascuas.

—¿Qué dirías tú si yo te dijera que aquello que pasó, es la causa del estado de Villalmar?—dijo Castro, mirando de frente a Felipe. Este calló, fija su mirada en la mesa y jugando con las migas.—Agregó aquél:

—Porque hasta ciertos desequilibrios le notan las personas que viven cerca de él. Sin ir más lejos, en días pasados yo y Rivas—¿te acuerdas, hombre?—volvíamos de madrugada después de haber echado una cana al aire, y nos encontramos con Villalmar, por las Delicias, que marchaba muy tranquilo, sin prisa alguna. ¿De dónde vienes?—le preguntamos.—¿De dónde?—nos respondió—de ninguna parte. He andado un rato para hacer ejercicio.—Lo echamos a broma, creyendo que se trataba de una ocurrencia, y como viera él que nos reíamos y no tomábamos en serio lo que nos decía, sacó su reloj, y dijo:

—«Pues tienen razón: las cinco de la mañana...» Miró a todas partes, y despidiéndose de nosotros, como si le hubiéramos sorprendido en una falta, llamó un auto y se marchó, como avergonzado y corrido.

—Está mal... está mal—agregó Rivas.—Hace pocos días

me dijo que le tenía aburrido la pintura, que la juzgaba un arte afectista, por el color, y que se iba a dedicar por entero a la escultura, que era un arte más serio y honrado. Y que no quería pintar ni un retrato más. Todo esto dicho en un tono inseguro, que me hizo temer algo extraño, en lo que no quiero pensar, porque yo estoy muy agradecido a Villalmar.

—No es el primer caso en que una gran conmoción moral trastorne una cabeza, por sólida que sea. Sabe Dios si esa «Sinfonía en blanco» haya sido como un último chispazo de lucidez, como un último relámpago de equilibrada razón, y luego...—dejó Castro inconclusa la frase, mirando a Felipe que seguía con la vista baja pensando en aquella invitación de Oscar.

No sabía por qué en ese instante experimentaba Segura una sensación extraña, una especie de miedo que no sabía de donde llegaba ni por qué llegaba. Relacionó hechos, escenas, y aquella impresión tomaba cuerpo en él: aquella vez cuando levantaron al niño herido, las preguntas que le hizo Villalmar respecto a la impresión que la vista de la sangre producía en él, y aquella sonrisa tan extraña de aquel día, que cambió por entero todo aquel rostro tan sereno y fresco, una sonrisa inadecuada, inconsciente, como de... loco... No, ¡por Dios! no... Pero el hecho era que la veía claramente ante su vista, y en ese instante, le helaba la sangre, le daba miedo... sí... le daba miedo... ¿A qué negarlo? Se registró los bolsillos para buscar la carta que Oscar acababa de enviarle. Desdobló el papel con inquietud y leyó de nuevo, como queriendo inquirir entre las interlíneas una sombra de doble intención.

«Colega:

Te invito para mañana a tomar una taza de té en mi taller, para que veas el retrato de que te hablé hace tiempo, que acabo de terminar. Respóndeme con el portador. Salud.

O. VILLALMAR».

Felipe había respondido que iría sin falta.

Leyó dos veces tratando de desentrañar alguna intención, pero de esas líneas sencillas y correctas, no se desprendía nada, absolutamente nada, como no fuera la cortesía y el don de gentes peculiares al retratista. Como viese Felipe que sus colegas le estaban observando, sin que él se hubiese dado cuenta, guardó la carta y dijo:

—Era la invitación de Oscar.

Castro y Rivas se dieron una rápida mirada de inteligencia como consultándose del estado de ánimo del colega. De improviso le habían visto cambiar de color y reflejarse en su mirada la sombra de una preocupación que parecía no abandonarlo. ¿Por qué me miran así? pensó Felipe. Esa mirada fugaz que cambiaron, algo significaba, no había duda; lo vió claro y lo comprobó luego cuando ambos al verse sorprendidos en sus comunicaciones silenciosas, de súbito esquivaron la mirada tratando de disimular. ¿Qué significaba todo eso?... Se había hablado del estado de espíritu de Oscar, del temor de una enfermedad de éste, acaso de la perturbación de su cerebro; se recordó el incidente pasado... y luego esa mirada... ¿Sabían ellos algo? ¿Tenían algún antecedente sobre esa carta del pintor que él acababa de recibir? En ese instante un tumulto de ideas se agolpó a su cerebro; dejó que pasaran y procuró, con cautela y maña, averiguar:

—¿Cuándo vieron Uds. a Oscar?—les preguntó.

—Hace pocos días. Le encontré en la calle y él me invitó a su taller—respondió Rivas.

—¿Dices tú que viste el retrato?—se dirigió a Castro. Este repuso:

—Hace poco, también. Como te repito: es admirable.—Calló algunos momentos Felipe, y luego insistió:

—¿Les dijo él a Uds. que me había visto? ¿No les habló de mí?

—Absolutamente nada,—respondieron a su turno los dos pintores, mirándose nuevamente, lo cual volvió a intrigar a Segura,

no comprendiendo, dentro de su estado de ánimo, que aquellas miradas significaban simplemente como una tácita respuesta de sus amigos, que se podía traducir en lo siguiente: «¿Por qué *este* nos pregunta con tanta insistencia?...».

Castro averiguó después de otro silencio.

—¿La invitación es para mañana?

—Para mañana ¿Por qué no vamos juntos?—propuso Felipe.

—Tengo que hacer con un cliente—respondió Castro.

—Y tú Rivas: ¿por qué no me acompañas?

—Hombre, también tengo un compromiso.

Nueva mirada de interrogación de Rivas y Castro, que intrigió aun más a Felipe. Agregó Castro, rotundo:

—Tu debes ir. Villalmar se ha portado contigo muy bien. Hasta creo que ha olvidado el incidente.

Ante esta frase, Segura se cogió a ella ansiosamente, con una alegría que le iluminó el rostro y le hizo atropellarse para preguntar:

—¿Lo crees tú, Castro, de verdad?

—Lo creo por la comportamiento de él para contigo, y porque jamás después de «aquello», le he oído yo expresarse mal de tí, ni para hacer la más pequeña alusión en broma.

De nuevo se atropelló Segura para preguntar con un secreto contento, que parecía poseerle por entero.

—¿Verdad, hombre?

—Verdad, pero ¿por qué lo dudas?

—Por nada... por nada...

¿Era todo aquello fruto del miedo o real alegría al saber que un buen amigo suyo no le guardaba rencor? Difícil habría sido, por el momento, decirlo, ya que el rostro de Felipe se volvía de nuevo hermético, duro, sin expresión. Lo único que persistió en él, fué una preocupación que trató de disimular dirigiendo la charla hacia otros asuntos, pero sus dos amigos, que ya estaban intrigados, le seguían observando con esa atención molesta e impertinente de un detective aficionado que trata

de ganarse un nombre de un golpe. Y aquellas tres personas parecían inquietas. En el fondo del espíritu de ellas flotaba vagamente un pensamiento, al cual no se atrevían a darle forma precisa, ni aun el mismo Felipe, porque le asustaba hacerlo, y le deshechaban procurando alejarlo, pero luego una frase, una alusión, una mirada, les volvía a él, con una insistencia rabiosa, molesta, no ajena a cierta tortura secreta.

—«¿Y si no fuera?»—pensó Felipe. Pero por un extraño fenómeno, este movimiento para deshechar la idea de aquella visita, pareció que le hizo ver más claro, fijar con más precisión un pensamiento odioso para él.—«Pero ¿por qué no ir?—Si, iría... iría...» —y esta decisión rápida, rotunda, pareció hacerle descansar del peso de muchas ideas locas y descabelladas que le atormentaban desde hacía rato.

—¿Nos vamos?—preguntó casi brusco.

—Vamos—respondieron los dos amigos, quienes, antes que Felipe se despidiese de ellos, mirándose, parecieron decirse:

—¡Cuánto desinterés : Nos invita y luego no nos pide nada! Le han cambiado!

Cuando Segura se hubo alejado, Castro dijo, como continuando un pensamiento anterior:

—Algo grave va a pasar...!

Rivas respondió misterioso, con doble intención, concentrando todas las ideas anteriores en una sola:

—¡Quién sabe si tienes razón!...

XII

Aquel día era de trascendencia para Oscar; iría a su taller Felipe, invitación que había meditado largamente aquél, hasta que por fin la hizo. Una inquietud profunda poseía al retratista, un estado nervioso que se traducía en un contento extraño, como si los nervios mucho tiempo refrenados, al fin encontraran expansión. Poco después de almuerzo, mientras fumaba un cigarrillo en su despacho, la criada entró a decirle que varias veces había venido a buscarle el hombre que le hacía marcos y que dijo volver esa tarde.

—Bien, bien,—respondió nerviosamente, tirando el cigarro apenas encendido y sacando otro, pero en realidad sin darse cuenta cabal de lo que le decían. Se tendió en un sofá, y cerró los ojos procurando conciliar el sueño, pues la noche anterior no había dormido ni media hora; pero le fué imposible. Aquel bullir de las ideas no lo dejaba tranquilo un instante. Se puso de pie, de improviso, observó la puerta, y como la viese entre-

abierta, fué a cerrarla. Luego a pasos lentos, como si cada uno de ellos correspondiese a un pensamiento tardío, abrió uno de los cajones de su mesa de trabajo y sacó una carta, dirigida a su madre. La abrió, sereno, y la leyó. Al terminar esta lectura, una nube de tristeza empañó sus ojos. «Bah», se dijo como deshechando una idea importuna. Y la rompió cuidadosamente, diciendo. «¿Para qué...?» Dió varios pasos por la pieza y luego se puso a revisar papeles antiguos. De un gran sobre extrajo varios documentos que conservaba de cuando era colegial. Eran certificados de aprovechamiento, premios, boletas de exámenes. Vida de hacía diez y ocho años, más o menos. Entre estos papeles un retrato suyo de cuando apenas tenía dos años. Le miró con atención. «¿Qué conservaba el hombre de aquel niño delicado, de aspecto enfermizo?» Los ojos, nada más, los grandes ojos claros, siempre tristes, «eternamente tristes»—repetió, quedando con la amarillenta fotografía en la mano, que poco a poco fué desprendiéndose de sus dedos, hasta caer...

De improviso aquella nerviosa alegría se trocaba en tristeza, que le poseía por entero. Toda su vida se le apareció como un desfile de visiones, pasadas las cuales dijo Oscar: «Trabajar y más trabajar, para encontrarme al fin con esto... ¡con esto!... como un sarcasmo o como una ironía... ¿Y por qué?» Las interrogaciones, como espíritus vibrantes, parecían flotar en el aire de la estancia, golpeando los oídos del pintor. Sin embargo, en medio de todo aquel pesimismo brillaba un rayo de luz, la satisfacción de haber realizado un ideal artístico, aquel «quiero ser esto y lo soy». Cerca de su mesa de trabajo había dos cuadros, entre los cuales podía ponerse su vida toda entera. Uno era de la primera etapa de pintor, todo vacilación y timidez, y el otro de la última, todo seguridad y saber. Su vida eran esos dos cuadros. En medio de ellos, no había nada ¡nada!...

Quedó con la cabeza afirmada en sus manos. Tuvo que llamarle dos veces la criada para que le oyese:

—Dice la señora, su mamá, que la señorita Luisa ha anunciado

visita para esta tarde. Se lo avisa para que no salga el caballero.
—¿Visita para esta tarde?

—Sí, señor.

«¡Qué contrariedad!»—pensó Oscar, y ya eran las cuatro. Se iría a su taller. Antes de cruzar los dos patios de la casa, pasó por las habitaciones de su madre. La anciana se había quedado dormida a esa hora de la siesta, con un libro religioso en una mano y en la otra una gran lente que le servía para leer. La contempló así, delicada, tronchada por el sueño, muy pálida y exangüe bajo su cofia de buena viejecita. Si no fuese por su inquietud, le habría tomado un apunte al lápiz para hacer luego un cuadro. Se acercó cauteloso y le dió un beso en la frente, muy largo, y al retirarse, sintió que sus ojos estaban húmedos.

Al llegar al taller le fué preciso echarse en el diván para que pasase aquella angustia que parecía estrangularle la garganta. La tarde trascurrió lenta, apacible, una de esas tardes de estío, en que la luz parece encariñada a la tierra y se une a ella como en supremo y largo beso de amante o de hijo que parte a un largo viaje.

Para despejar aquel pasajero desfallecimiento de su naturaleza, fué a mirar de nuevo el gran retrato de Luisa. Aquella contemplación de técnico le distrajo algunos momentos. Había conservado bien la unidad de la delicada gama en blanco. Poca materia dentro de un gran resultado. «En los cuadros de Velásquez no se ve la odiosa pintura, sino tan sólo una sensación, arte puro»,—pensó con nostalgia. Entre la gran mancha clara ligeramente tintada de azules y violetas en las sombras, dos notas agudas surgían: las pupilas oscuras, profundas, llenas de pensamiento, como en los rostros de Jean Carrère, y la línea rosa de los labios, un rosa lleno de aristocracia y distinción, que revelaba sangre joven, sin hacer estridencias en el total. «Está bien. Está bien»—se repitió muy bajo, con cierto orgullo de artista que había sabido llevar aquello a la tela con una exactitud de primoroso dibujo y con una frescura encantadora.

Y ahora, ella, viuda... libre!... De seguro que no ha mucho tiempo, esa noticia le habría causado una gran alegría... Ahora la supo casi con indiferencia... ¿Por qué cuando se sufre, el dolor parece hasta borrar los afectos?... Como si del sufrir, los hombres hicieran responsables a sus semejantes... Y el amor para él, necesitaba una serena armonía en el corazón... —pensó con tristeza, y este pensamiento, le trajo a la situación presente. Si él muriese, ¿qué quedaba a su madre? Se inquietó en el primer momento, mas luego hizo cálculos: la casa con todo lo que ella contenía, en la cual había cuadros extranjeros por un valor de más de cincuenta mil pesos, fuera de los suyos. Una libreta de depósito en el Banco por cien mil pesos. No le haría falta nada... ¿nada? sí, le haría falta él, su cariño; pero su vida era ahora una carga tan pesada, le habían cambiado; le habían transformado los acontecimientos, a tal punto, que cuando pensaba en algún hecho pasado, se le imaginaba que aquel Oscar era otro, enteramente distinto a él. Sí, su resolución era definitiva, para tranquilidad de su espíritu, para descansar por fin de aquella carga que ya llevaba a costas por tanto tiempo. ¿Vengarse? No... Acaso una explicación y luego lo que el pensaba, que tenía ya largamente meditado, una expiación para sí propio por haber odiado tanto; ¡tanto! que sólo pareció vivir todo aquel tiempo para esa pasión maldita que agotaba su vida lentamente, como una oculta llama que consumía su alma y su cuerpo.

En ese instante miró al rincón en que estaba su panoplia de armas. Fué allá. Cogió varios puñales florentinos, agudos, sutiles como corrientes de aire heladas que causan la muerte, verdaderas joyas cinceladas, armas exquisitas de asesinos refinados e intelectuales; las «gumias», más galanas, armas árabes, cuya curva voluptuosa recuerda al alfange para cegar cabezas de odaliscas traidoras, con empuñaduras de pedrerías o bien de acero nielado de oro viejo, puesto ahí por el orfebre en arabescos hábilmente combinados, que recordaban esos dibujos en rojo sobre pergamino, de misales de la edad media. Al empuñar una

de ellas, sintió la mano firme, sólida, vigorosa, e hizo en el aire un movimiento, como una graciosa rúbrica.

En ese instante la campanilla sonó dos veces seguidas. Y era la que tenía para el servicio de su taller, la de la puerta que daba a la otra calle. El llamado le sorprendió con el arma en el aire y fué a dejarla en su sitio. Antes de abrir, esperó tranquilizarse, pero como insistieran en llamar, abrió.

—¿Estabas en tu taller? No quise dar la vuelta a la otra calle, y llamé por aquí—le dijo, entrando, Felipe Segura.

—Te esperaba,—le respondió solamente Villalmar, y agregó, cogiéndole el sombrero:

—Siéntate. Hace calor.

Felipe lo hizo, no sin antes observar a Oscar, a quien vió emocionado, inquieto, tratando de disimular como una especie de turbación. El pensamiento del día anterior, hizo de nuevo presa en Felipe, pero ya cuando iba a inquirir de nuevo, observando la actitud de Oscar; éste, sonriente, amable, completamente tranquilo, le decía:

—Ven a ver el retrato. ¿Qué te parece? De ahí no, hay reflejos. Ponte aquí donde yo estoy. La luz es propicia a esta hora. ¿Qué tal?

Segura tardó en responder ¡Oh! que poder de seducción emanaba esa mujer en aquel retrato! Y como si un demonio envidioso soplase a su oído una censura, iba a decirla, como otras veces por despecho lo hizo con otros compañeros, pero se corrigió, haciendo un esfuerzo, y dijo sincero:

—Sencillamente admirable! Es ella. Es Luisa. Sólo que no tiene su rostro tanta melancolía, tanta tristeza. Y quedó como extasiado ante la espléndida figura de la mujer, pero disimuló su sentimiento.

—Esa tristeza, es mi tristeza, Felipe,—le respondió Oscar.

—¿Tu tristeza?... No te comprendo...

—Sí, esta tristeza que llevo ya desde hace tanto tiempo y que parece haberme vuelto otro.

—¿Por qué, Oscar?

—Tu sabes el motivo...

En ese instante Felipe vió claro lo que quería decirle Villalmar, pero para evadirse, fingió ignorancia, y repitió:

—No te comprendo.

—Y necesito que tú mejor que nadie me comprendas.

—¿Por qué, hombre?

—Porque de todo esto mío, mucho se debe a tí.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué?... Me cuesta decirlo, me cuesta recordarlo; sufro al recordarlo, pero es preciso que tu lo sepas. Me refiero al incidente que tuvimos hace tiempo, en el Palacio de Bellas Artes.

—¿Quién se acuerda ya de eso!

—Yo; me acuerdo siempre, a toda hora, no lo he olvidado nunca. No lo olvidaré jamás!

—Creí que...

—Que yo había perdonado ¿verdad?...

—Sí.

—Pues no, Felipe, te lo digo con toda el alma; no he podido perdonarlo.

—¿Me guardas rencor, entonces?

—Te lo tuve hasta hace poco; te odié con toda la fuerza de que soy capaz...

—¿Y ahora?

—Ese odio me ha dejado descansar, parece dormido, pero en cambio me siento herido...

—Nunca creí que dieras tanta importancia a un incidente por cuestiones de arte.

—Pero no fué en forma artística como se desarrolló aquello.

—Ya te dije una vez que olvidaras. ¿Querrás ahora, que como un reo, te diga que me perdones?

—No te digo nada, no te exijo nada, pero al descubrirte mi alma, me parece descansar.

—Comprende tú que ese egoísmo tuyo me mortifica.

—Comprende tú también, que no hubo sólo mortificación para mí cuando tú me encarnecistes ante muchos, sino una tortura y un remordimiento.

—¿Remordimiento?... ¿por qué?

—Por haber sido yo cobarde.

—Tranquilízate; tus nervios te traicionan.

—Mis nervios lo hacen ahora: antes lo hicistes tú...

—¡Oscar!... ¿Para esto me has invitado a venir a tu taller?

—No, te llamé sinceramente, para que vieses mi cuadro, para tener una opinión más, pero palabras han ido sacando palabras, y más que palabras, sentimientos...

—Los tuyos parece que no son buenos ni nobles para mí.

—Desbordaba mi corazón; he recordado mis días de amargura, y por eso te he hablado así. Un pensamiento infernal ha cruzado por mí cerebro hace algunos segundos, y cegado por él, te replico en estos momentos, que son supremos en mi vida.

—¿Qué pretendes hacer conmigo? ¿Qué pretendes hacer de mí?

Hay un momento solemne, un silencio horrible en aquel taller que preside el retrato de Luisa. Mira Felipe aquel retrato, y sus celos, por la primera vez de su vida, se hacen incontenibles. Se imagina las horas de soledad de Oscar con Luisa en aquel taller, cerrado para todo el mundo, las horas íntimas que aquella mujer y aquel hombre han vivido juntos, lo que pudieron haber hablado los dos, las charlas en las cuales su nombre intervino, quizás ridículamente, y siente una especie de sabor de hiel en su boca, y siente odio por el pintor de fama, y a sus celos se une la emulación, hasta la envidia, que tienen en aquel instante todas las manifestaciones más innobles y desbordadas. Mira frente a frente a Villalmar, y le ve pálido, temblándole los labios, y en aquellas pupilas, otras veces serenas y algo melancólicas, ve como un fondo de odio que trata de ser disimulado, para luego sacar provecho de aquel disimulo. Su primera intención es declararse rival de Oscar, afrontar toda la responsabilidad

de aquella situación, retar con valentía al hombre que tiene delante, pero su instinto de conservación, le da como una voz de alerta, que debe permanecer más bien frío, calculador, como siempre lo ha sido, y llama en su ayuda de nuevo la tranquilidad, y cuando ya sus nervios se reponen y vuelven a coger el ropaje de las conveniencias, ve que como un relámpago la mirada de Oscar va a la panoplia de armas, en la cual brilla pulidamente una «gumia» sutil, y le parece que en ese instante la siente helada en su carne.

—No necesitas sincerarte, si ya he comprendido tu pensamiento, por tu mirada!

Sonríe Oscar, como momentáneamente calmado, y le dice con tranquilidad:

—Te has equivocado; te creía más valiente, como aparecistes aquel día en el Museo, cuando trabajaste «para la galería», cuando estuvistes tan teatral en tu desplante. Pero no es eso que tú piensas; ni siquiera te lo imaginas en su terrible verdad. . .

De nuevo se hace un silencio, y no sabe por qué Felipe no se atreve a inquirir el móvil que guió aquella mirada a la panoplia de armas. Espera una palabra más del pintor, la explicación de todo aquello, pero éste permanece impenetrable, como no queriendo que su pensamiento se descubra, como temiendo que su pensamiento, en aquel instante, se vea claro ante Felipe, cuando hace un momento se lo habría dicho a voces, se lo habría gritado a la cara para gozarse de su miedo.

Por fin, Oscar habla, emocionado:

—¿Qué dirías tú si yo desapareciese de la vida, si yo me eliminase? . . .

—No te comprendo. . . Y basta, no te atormentes, ni me atormentes, que mi visita a tu taller ha sido visita de paz.

—Mi pensamiento está claramente expresado, y no tengo para qué insistir en él. . .

—Piensas una atrocidad, y por otra parte, no veo la razón para eso que tu formulas a medias. . . ¿Por qué? . . . Los hombres

dejan la vida por causas definitivas, que son superiores a sus fuerzas, y aun opino que cuando se hace una de esas barbaridades, es porque el cerebro ha perdido su control, y en ningún caso, ni aun bajo la impresión de un momento de locura, eso que tu dices, se justifica, menos en tí, a quien sonrío la fortuna y la gloria, y que eres en realidad un hombre feliz.

Oscar no respondió al instante, sino que calló, pensando que todo lo que dijese en aquel momento, no encontraría eco en el corazón de Felipe. Su rostro aparecía doloroso, hundidos los ojos y como maceradas sus mejillas. Aunque ya había explicado a aquel hombre mucho de su dolor, jamás este podría comprenderlo, jamás podría penetrar en él, ni menos aun justificarlo. Egoísta y calculador Felipe, le causaba verdadera extrañeza todo lo que había insinuado Oscar, sin explicarse como a una escena a la cual él dió tan sólo una importancia escasa, en cuanto a lo moral, y que si la ejecutó, fué debido tan sólo a un impulso loco del primer momento, y más tal vez a lo que en el futuro aquello podría de reportarle para su carrera o para su nombre, causara en Oscar tal depresión moral hasta el punto de hacerlo perder el control de sus acciones.

—Vamos, no seas loco!—terminó, como queriendo dar fin a aquella escena que, en su principio creyó trágica, pero que ahora echaba casi a la broma. Y se dejó caer en un diván, como buscando comodidad y descanso después de algunos minutos de tensión nerviosa.

Oscar le miró con rencor, le vió más fuerte que él, moralmente, y su herida pareció renovarse, sangrar de nuevo.

—No comprendes, Felipe; no me comprendes! Somos hechos de distinta pasta, de distinta sangre.

—Así será: no te comprendo, somos distintos, muy distintos! Y miró a Villalmar, de alto abajo, envidiando su físico, su talento, envidiando, sobre todo, la preferencia que por él sentía aquella mujer del retrato, que evitó mirar ahora para esconder de Oscar su íntimo pensamiento.

La actitud de Felipe, su manera, su tono frío, casi desdeñoso, exasperaron a Oscar, pero éste se contuvo. Fué luego a la panoplia, cogió la gumia entre sus dedos, la miró varias veces, como admirándola, y dijo:

—Tan fácil que sería terminar de una vez! Este acero limpio parece esperar una garganta, esperar un corazón. Una picadura bien hecha, y todo acabaría sin ruido!...

Vió Felipe que tembló la mano de Oscar, y como movido por un resorte, fué hacia él. Habría jurado que ese temblor fué un incontenible impulso ahogado por Oscar, con todas las fuerzas de su cuerpo joven. La gumia quedó junto al corazón de Villalmar, como en actitud de clavar. Y en ese instante se detuvo Felipe, casi espantado. ¡Sería horrible que pasase lo que había pensado hacía un momento, un suicidio de Oscar en su presencia! Qué compromiso!, qué escena de horror!... La vista de la sangre que corre a borbotones, que da la sensación de ahogar en ella a quien la mira, como si no fuese un cuerpo el que se desangra, sino un torrente el que se desborda. Pero de improviso vió Felipe que aquella mano tomaba una firme dirección, decidida, criminal...

—¡No, Oscar!,—gritó, cogiéndole la mano— ¡no seas loco, no seas loco!...

Este solo grito pareció exasperar y hacer perder la conciencia a Villalmar, ser como el punto de partida de un hecho que debía consumarse, y la mano suya que detenía la gumia, luchó por desacirse de los dedos de Felipe, que apretaban, que desviaban aquella punta que al ser agitada en el aire en los movimientos de aquellos dos cuerpos, no se sabía si buscaba a veces el cuerpo que la tenía asida o aquel otro cuerpo que la retiraba con impulso supremo.

—¡No, Oscar, por Dios, no seas loco!—repetía Felipe, pero luego la lucha se intensificó, y callaron las palabras, para sentirse tan sólo el jadear de las respiraciones, que a veces se sujetaban, como esperando una tregua que no llegaba, y nuevamente

se sentían silbar, confundiéndose, hasta parecer que aquellos dos hombres, formaban una sola masa humana que se debatía en una lucha ensañada y horrible. Se oyó que dijo Oscar, con una voz que parecía humedecer un llanto de rabia ahogado:

—¡Déjame, no puedo más, déjame... ¡déjame!...

—No... no... sería horrible!... ¡Sería horrible!...

La gumia como relámpago de acero blandido en el aire, ya no se sabía si por la mano de Oscar o por la de Felipe, hacía a veces círculos, para volver a un mismo sitio, como buscando rabiosamente un trecho en que apoyarse en definitiva, algo así como un áspid que sediento de sangre ansía saciar su apetito infernal. Felipe sintió en una de sus manos que había algo tibio y viscoso, y procuró desviar su mirada de aquel punto, porque sabía que la gumia, en un movimiento desatentado le había herido, y ya sentía, después de un rápido contacto helado, un escozor molesto que aumentaba poco a poco. Y aquello no podría continuar por mucho rato, porque Felipe empezaba a sentirse vencido por las fuerzas de Oscar, que era más resistente, y que ponía en sus movimientos la misma fuerza nerviosa que una histérica en sus contracciones. Ya se sentía desfallecer, ya soltaría muy pronto aquella mano, que hacía el efecto de estar soldada a la gumia, cuando se oyeron en la puerta de entrada al taller y que comunicaba con la otra calle, unos recios golpes que llamaban.

—¡Ah!—exclamó Felipe, como en un descanso...

Lo que pasó luego, fué algo vertiginoso, sucedido como en la rapidez de un sueño, y como final, el cuerpo de Oscar que cae tras la mampara, seguido de un trágico silencio, y rumor de pisadas que se alejan en veloz carrera...

XIII

Al día siguiente la prensa daba noticias del crimen extraño efectuado en el taller del «distinguido pintor», Oscar Villalmar. Por el momento el hechor había huído y una cantidad de detalles relacionados con el hecho, se confundían, haciendo poco claras las huellas que podía seguir la justicia.

Se sabía por declaraciones de una de las criadas de la casa de Villalmar, que éste había estado casi toda la tarde del día del crimen, con su colega de arte, Felipe Segura, persona con quien el herido había tenido, en no muy lejano tiempo, graves motivos de disgusto, volviendo luego a la antigua amistad, hechos que eran de todos conocidos y que habían trascendido hasta la prensa. Nadie más había entrado ni salido del taller. Felipe, por el momento, había desaparecido, lo cual daba lugar a que se sospechase fundadamente de él, como el heridor de Oscar. Además, por visita ocular del juez, se habían encontrado en el taller, manchas de sangre junto a una panoplia de armas del pin-

tor y junto a estas gotas de sangre, una gumia árabe tirada en el suelo, que de seguro había sido el instrumento para efectuar el crimen. Además, estas gotas de sangre, marcaban una huella hacia la puerta de salida que tenía el taller por otra calle. Se deducía que la lucha empezó dentro del taller, que posiblemente el agredido, buscó la salida para huir, pero no lo consiguió, porque «el puñal asesino» lo había alcanzado en la puerta misma, asestándole una feroz puñalada en el pulmón, ya que Villalmar, fué encontrado desangrándose en la puerta de salida a la calle.

Había cosas que no se explicaban claramente: la gumia no se encontró junto al herido, sino dentro del taller, lo cual suponía que el hechor, para despistar, había tirado el arma a aquel sitio, huyendo en seguida. . .

La verdad de todo esto, la clara explicación del hecho, las podría dar tan sólo Villalmar, pero éste, a consecuencia de la horrible herida y de un recio golpe recibido en el cerebro, no podía hablar, y se encontraba en estado gravísimo, sin conciencia alguna y por lo tanto incapaz de dar luz en este asunto.

Como era lógico, todas las sospechas recaían en Felipe, tanto más cuanto que a este no se le encontraba, ni en su casa ni en parte alguna, y ya habían transcurrido más de veinticuatro horas desde el momento que se efectuó el crimen.

Interrogada la criada por el juez, esta había declarado que ella fué al taller, como de costumbre, a recibir órdenes de Villalmar para servirle el té, y que como nadie respondiese a su llamado que había hecho en la puerta que comunicaba con la casa, creyó que el señor se había dormido, como había sucedido alguna vez. Entró entonces, no viendo a nadie, pero le llamó la atención el desarreglo de algunos objetos: la gumia en el suelo, gotas de sangre, y la puerta abierta del taller que daba a la calle solitaria, la que al ir a cerrar, le hizo descubrir a Villalmar de bruces en el suelo, pálido como un muerto, y desangrándose por una herida que tenía tinta en sangre la bata clara de trabajo.

Ella le creyó muerto, en el primer momento, y dió aviso a la

señorita Luisa Bailén, que con su madre, se encontraban de visita en la casa, rogando a éstas que ocultasen a «la señora», tan terrible desgracia.

Llamada la Asistencia Pública, el doctor de servicio pudo comprobar que Oscar vivía, pero que había perdido el conocimiento, y que el herido debía permanecer en la más absoluta tranquilidad para evitar una nueva hemorragia que seguramente sería fatal en su estado.

Agregaba el suelto de crónica, que ya se tenía la pista segura de Felipe, y que debía ser apresado de un momento a otro.

En el interrogatorio que la misma tarde se hizo a Luisa Bailén, ésta declaró que ella supo también que ese día Segura acompañaba a Oscar, y que nadie más había entrado en el taller del pintor. No se oyó discusión alguna, porque aquel taller quedaba distante de las piezas habitaciones de la casa; que era verdad que hubo resentimientos entre Oscar y Felipe, por cuestiones de arte, motivo por el cual aquel había sufrido en los últimos tiempos una fuerte depresión moral que casi le había trastornado, dada la sensibilidad de su temperamento de artista, y que no era aventurado suponer que muchas de las acciones de Villalmar, en los últimos tiempos, tuvieron por causa ese trastorno moral que ella declaraba.

—¡Qué caracho!—decía «Colmillo de oro», como se le llamaba ahora a Castro en el círculo de pintores,—yo me resisto a creer que Segura ha sido el del golpe a Villalmar. ¿No podría haber en este asunto un tercero que haya intervenido?

—¡Qué tercero, ni que ocho cuartos!—replicaba Rivas—cuando hay muchos antecedentes para suponer que haya sido Felipe el del tajito: primero, su desaparición; segundo, la enemistad antigua entre ambos, y tercero, y muy de importancia, cuestión de faldas...

—¿Faldas?... —replicó vivamente Castro, viendo que la charla, que se desarrollaba en el hall del Palacio de Bellas Artes, tomaba un giro de lo más interesante.—No las veo por ninguna

parte, mi estimado colega, y si las hubiese, ya la cosa tomaría un sesgo de lo más sugestivo. Relata, relata, Rivas, que por la primera vez en tu vida dices una cosa que me interese. Y se arrellanó en uno de esos bancos frágiles, pintados de blanco, que hay en el hall del Museo, para saborear lo que iba a decir Rivas, quien continuó:

—Digo faldas, porque observé en alguna ocasión que a Felipe no le era indiferente Luisa Bailén. Felipe es hombre de pasiones, aunque no lo parece, ya que su exterior es frío, pero desconfiemos de esos apáticos en la superficie, porque son los más apasionados siempre.

Se relacionó luego aquel té tomado en el salón de Gath y Chaves; la carta invitación que Felipe había recibido de Villalmar; la inquietud de aquel, que todos observaron, y a continuación, el ovillo de muchos hilos que van atándose cuando alguien da la voz de alarma en un detalle de esta índole. En ese instante llegó al grupo una estudiante de la Escuela de Bellas Artes, muchacha muy joven que ya había obtenido alguna medalla, y que por su actitud para irse acercando a los que comentaban, revelaba esas precauciones que siempre se toman entre artistas cuando estos charlan, para evitar, en lo que se puede, el oír una apreciación que pueda herir susceptibilidades artísticas. Saludó fríamente, sin dar a nadie la mano, y quedó en silencio. Se diría que el hecho de reunirse con sus compañeros no tenía objeto alguno, sino simplemente aumentar la reunión en una persona más. Se sacó su sombrero muy ancho, muy modesto, sumido hasta las cejas, y una alborotada y orgullosa melena pareció desparramarse en ondas de pelo castaño sobre la frente, como a impulsos de un secreto resorte. Ella alzó con rápido y nervioso movimiento aquel pelo, descubriendo una frente pulida, abombada, que prestó a su cara fina, una luminosidad que hasta aquel momento no tenía, y sus ojos quedaron fijos en los que hablaban, unos ojos oscuros, cuya primera impresión era de mirar vagamente, pero que luego parecían ir buscando el foco, hasta penetrar en él,

como dos saetas. Quedó seria, con una seriedad impropia de sus pocos años, y se puso una mano en la cadera, como si buscara un apoyo en aquel sitio, que a su corta edad, era amplio y firme, revelando a través de la tela ligera, la morbidez de la carne no aprisionada por ballenas ni por mallas elásticas.

—¿Y qué noticias nos puede dar Ud. Adelita, sobre el «affaire» Villalmar-Segura?—le preguntó Castro, mirándola de frente, con intención no exenta de pecado.

—No sé nada... He oído contar... Lo mataron... ¿verdad?...

—¿Qué caracho! afortunadamente, no...

—¡Ah!, sí, está herido... ¿Y quién lo hirió?... Dicen que Segura... ¿O no es Segura?... No sé... no he leído nada... No sé nada...

Palabras absolutamente frías, indecisas, mal documentadas, que irritaban por su vaguedad, en aquel momento en que todo el mundo no hablaba de otra cosa que de aquel hecho sensacional y misterioso.

—¡Pero, hija—le dijo Castro—parece que baja Ud. de la na!... Supongo, que siquiera conocerá a Villalmar y a Segura...

—¿A Villalmar?... ¿Ese señor que pinta retratos?... Le advierto que los pinta mal... Me gustan muchísimo más los que pinta Segura. Y se quedó fija siempre la vista en Castro, sin advertir que había dicho una barbaridad...

Los pintores se miraron, no queriendo discutirle la afirmación de la bondad de Segura sobre Villalmar. Adelita cambió de mano en la cadera, y siguió tan fría como siempre.

—Yo pienso que Segura hirió a Oscar—dijo luego Rivas. ¿Qué opina Ud. Adelita?...

—¿Qué voy a opinar yo?... Nada!

—Digo también que Segura puede haber obrado por celos... Pero Castro no admite esta hipótesis...

Viva y rápida esta vez, y acompañando sus palabras con un movimiento del sitio en que tenía apoyada una de sus manos, y

que Castro advirtió no sin cierta delectación sensual, contestó algo encendida:

—Eso dicen, pero es mentira ¡una feroz mentira!... —se colorearon sus mejillas, miró las estatuas, vagamente, y cogiendo su caja de pinturas se dirigió a los altos del hall, despidiéndose apenas.

—¡Ahí tienes tú el por qué del juicio dado sobre Segura!... ¡Qué caracho!,—y observándola alejarse con mirada codiciosa, confirmó lo que poco antes había dicho Rivas:

—¿Sabes que empiezo a desconfiar de los apáticos?... Y canturreó la canción: «Melenita de oro...»

Rivas contó luego que había estado a saber de Villalmar. ¡Una tragedia aquella casa! «La viejecita» madre de Oscar, «un retrato de Whistler», como la llamó, casi se había muerto con tan terrible golpe. Decía el pintor que había divisado a Oscar desde el umbral de la puerta. «¡Un cadáver hombre, que todavía alienta!» El médico decía que se salvaría, atendiendo a la juventud del herido, pero que era preciso un absoluto reposo, y que confiaba en que Oscar recobraría la conciencia muy luego y podría dar luz en lo que había pasado. Aquel día encontró en la casa a Luisa Bailén, que había estado junto al enfermo desde el momento en que se le encontró herido. Poco hablaba ésta sobre el hecho pasado, y cuando se le preguntaba sobre las sospechas que ella tenía, apenas si se refería a Felipe, como dudando que este hubiese sido el hechor y del cual todos sospechaban.

—Supongo que esa mujer estará en un estado de ánimo deplorable!—dijo Castro.

—Verás tú: como aniquilada por el golpe, pero hay en su actitud, como una especie de desorientación, que quizás ella misma no atiende a saber su causa.

Pero la causa era una especie de desilusión que empezaba en aquella alma, una terrible desilusión que llegaba en la vida cuando menos se la esperaba. En el momento que se le dijo de

la desgracia de Oscar, ella corrió desesperada al lado del herido. Con miles de cuidados ayudó a los médicos, y ¡qué descanso tan grande fué el de su espíritu!, cuando oyó de boca de uno de aquellos hombres, que trabajaban silenciosamente junto al enfermo, como sacerdotes herméticos, estas solas palabras:

—¡Se salvará!... ¡Se salvará!...

Fué algo así como si le hubiesen vuelto el alma a su cuerpo frío. La impresión de alegría fué tan fuerte, que se vió obligada a buscar apoyo, y así permaneció durante mucho tiempo, hasta que de nuevo se acercó a aquel lecho en que una respiración, al principio fatigosa, empezaba a recobrar su compás de vida normal. Mientras oraba junto al enfermo, muy en silencio para que no la oyese la enfermera que iba y venía por la habitación, llegaba hasta ella la sombra de aquella anciana, la madre de Oscar, que miraba a su hijo, lloraba calladamente, y sólo decía:

—¡Pobre hijo mío, él, tan bueno!... ¡tan bueno!... pasarle esta desgracia... ¡Quién habrá sido el malvado! ¡Qué Dios le perdone!...

Y se retiraba del lado del enfermo, no sin antes pasar sus manos pálidas, como dos azucenas que se conservaban puras, por aquella frente que ahora dormía tranquila. ¡Cómo atisbaba Luisa el momento en que Oscar volviese a la conciencia de sus actos, a comprender, para que la viese a su lado, para que viese que ella en esos momentos de suprema amargura, no le había abandonado. Pero aquella cabeza seguía como aletargada, hora tras hora; entreabiertos los párpados, ligeramente, entre los cuales la pupila tenía un brillo algo apagado como un cristal que empañó una lágrima que aun no se había oreado. De tiempo en tiempo el enfermo tenía algunos movimientos que indicaban que volvía a la vida, en forma clara, precisa, y ella entonces, muy bajito, le llamaba:

—Oscar!... Oscar!... Estoy aquí, a su lado... ¡Me oye Ud...?

Pero no respondían aquellos labios, que parecían haberse

cerrado para siempre, y volvía a esperar, sin retirarse del lecho, y así la sorprendió el alba del nuevo día. Un resplandor pálido, volvía más albas las cortinas y las sábanas del lecho, prestando a la alcoba que tenía olor a lisol, una frescura grata, de flores nuevas, de flores recién cortadas. El canto de las aves al amanecer, no sabía por qué le evocaba frondas húmedas. Entre aquel piar loco de diucas, la nota más alta, más entonada de un zorzal, le trajo una sensación más intensa del campo, de los huertos, y recordó una escena de su infancia, cuando ella muy pequeña se subía a los cerezos, y desde allá arriba, oía que un zorzal echaba al viento sus dos o tres notas de penetrante frescura, encaramado en la rama más alta de otro cerezo vecino, y sentía Luisa entonces en aquella hora del amanecer, la evocación tan fuerte de aquella escena; la brisa refrescante de la siesta, en el huerto de su casa, las hojas de los cerezos batidas por aquel aire sano, vueltas del revés, con un verde más pálido, de matiz plateado, por entre el cual el fruto de la cereza surgía en fuertes contrastes de esferillas rojas, apretadas, amarillas hacia su base, y luego cuando el viento amainaba, de nuevo aquellas panojas encendidas, se ocultaban entre las hojas que volvían a su posición natural, como misteriosas cajuelas que guardasen un tesoro de dulce y precioso jugo. Y seguía el zorzal ensayando sus dos o tres notas, tan afinadas, tan bien timbradas, como un tenor que elevase su voz potente y suave, por entre un concertante sencillamente grandioso. Cielo pálido, terso, azul; luz opalina que iba acariciando lentamente todas las cosas que parecían volver a la vida, y por entre aquel cendal tan sutil, tan exquisitamente delicado, el toque de las campanas de las iglesias, lejanas, unas; más cercas otras, cuyas ondas lentas, adormecidas, parecían ir navegando por entre ese lago de luz de alba, en el cual se bañaba la tierra rejuvenecida.

Se acercó de nuevo al lecho del enfermo, y con profunda emoción vió que éste tenía abiertos los ojos, y que la miró fijamente,

como si tratase de reconocer quien era ella, de donde venía esa mujer y qué hacía ahí...

—Oscar ¿se siente Ud. mejor?

Seguía fija la mirada del enfermo en los ojos de Luisa, en silencio, y como si la hubiese reconocido, desvió de ella la vista, hacia la muralla, para luego volver a cerrar los ojos y caer en una especie de sopor. «No me ha conocido; todavía no conoce—» pensó, pero no había pasado una hora apenas, cuando de nuevo al acercarse a mirarlo, aquellas pupilas la contemplaron de nuevo, extrañadas de verla ahí, frías, impenetrables, como si la viesan por primera vez, y vuelto de nuevo como a insinuarle un desquite de desdén.

—¡Oscar, Oscar!... Dígame una sola palabra, una sola... Soy Luisa... Luisa Bailén, y Ud. está en su casa...

La misma indiferencia, el mismo frío desdén de hacía un momento, y vuelto a mirar hacia la muralla, y cerrar de nuevo los ojos. Sí, conocía, la conocía, no había duda, porque esa mirada conservaba su chispa de inteligencia, pero la desdeñaba, pero... ¿por qué la desdeñaba?...». Y se repitió el mismo hecho dos o tres veces, como si aquel golpe físico hubiese hecho evolucionar a aquel espíritu radicalmente. Un instinto sutil de adivinación la hizo temblar. ¿Acaso ella ya no significaba nada en la vida de aquel hombre? ¿Acaso jamás habían tenido significado alguno sus acciones de él para con ella, sus gentilezas, sus dulces intimidades espirituales?

Y una desilusión fué haciendo presa en Luisa, poco a poco. Ella había leído en alguna parte que muchas veces las catástrofes físicas, los profundos dolores cambian por completo el alma y el corazón de los seres, y en verdad que habría deseado más bien la duda sobre todo aquello, que una verdad clara, distinta, que le haría daño con su rudeza. Y no supo por qué en aquellos instantes de soledad junto al enfermo, reaccionó su espíritu, se enfrió también, y ya no se sintió tan íntimamente ligada a aquel hombre, y tuvo impulso de alejarse

de él, con ese secreto resentimiento de una herida moral, con un escozor de vago despecho que empezó a tomar cuerpo, a hacerse claro lentamente. Quizás él no la quiso nunca, y si alguna vez sintió por ella simpatía, fué esto tan sólo un sentimiento pasajero, ya que jamás, en las muchas ocasiones que tuvieron para hablar a solas, él no se insinuó en forma precisa, ni se aprovechó como hombre de lo que la mujer concedía y alentaba con el calor y la fijeza de la mirada. Sí, cuando se ama, no hay fuerza de voluntad posible, y el corazón vence siempre a las conveniencias; el cuerpo se siente atraído al cuerpo amado, con un poder irresistible, como ella supo muchas veces por confidencias de amigas, como ella misma había sentido estando al lado de Oscar, en el teatro, en su taller, cuando experimentaba el dulce y grato calor de aquella fuerte naturaleza masculina que la rozaba, pero que parecía permanecer fría, ofendiendo el poder de sus encantos, desdeñándolos con orgullo, en esas horas en las cuales el abandono de la caricia debía suplir a la retórica de las palabras.

Sí, ese desdén de hacía un momento, ese esquivar la mirada con despego, casi con fastidio, la ofendían secretamente. Y luego que hubo llorado algunas lágrimas calladas, por aquello que llegaba de improviso, precisamente cuando ella era libre de alma y de cuerpo, desligada, por la muerte, del hombre a quien jamás amó, dejando al lado del enfermo a la cuidadora, fuese a su casa sin despedirse de nadie.

Poca gente traficaba todavía a esa hora por las calles. La frescura del alba, como un sedativo, la hizo olvidar por un momento su desilusión. Se miró al espejo de su bolso, porque debía estar horrible, después de una noche en vela. En realidad, «¡qué pálida y que ojeras más profundas!». Los transeúntes que solía encontrar de tiempo en tiempo, en su mayoría trabajadores que marchaban a esa hora a sus faenas, la miraban con curiosidad y la seguían con la vista. Proseguir a pie era una indiscreción, porque se la tomaría ¡sabe Dios por qué clase de mujer! Miró a lo largo

de la calle, para ver si veía un auto. Nada! La calle solitaria, silenciosa, oreándose su asfalto del riego de la noche. Tenía que seguir a pie, hasta encontrar un vehículo. Pasó junto a un grupo de asfaltadores, que a esa hora se desperezaban del sueño de la noche a la interperie, y preparaban su desayuno junto a los enormes fondos en que se cocía el asfalto. Sintió un agrio tufo a cuerpos hacinados, que prontó diluyó el olor a alquitrán que se desprendía de las vasijas, un olor caliente, sofocante, pero saludable. La cara de uno de esos hombres, puesta sobre troncos de leña, que habían servido de almohada para el sueño, se confundía con el color mismo de las grandes costras de asfalto que se habían desprendido de las veredas. Los ojos de aquel hombre, todavía acostado, le recorrieron el cuerpo, mirándola de abajo hacia arriba, y un piropo sensual y gracioso, pareció ahogarse entre el humo de alquitrán y aquel agrio tufo. Ella sintió esa mirada sobre su cuerpo, como un tocamiento, y apresuró el paso, experimentando de nuevo la frescura del alba al salir de la zona de los asfaltadores.

Por una extraña asociación de ideas, el piropo del asfaltador la hizo recordar su desilusión de hacía un momento. Ahora tuvo ella un más penetrante desencanto, la sensación de dolor de una pérdida irreparable, y experimentó en su garganta el nudo del llanto que se contiene, producido por una desoladora nostalgia, la misma sensación que había sentido alguna vez cuando en los primeros días de su matrimonio desgraciado, experimentó en forma cruel la soledad de su alcoba, el abandono de toda ella, la añoranza sin nombre de un corazón junto al suyo, ansioso de cariño y de ternura. . .

En la Alameda, el tráfico se hacía ya más intenso. Llamó un auto, para que la condujese a su casa, que ya estaba cerca. Al llegar, pasó a la alcoba de su madre, le dió un beso, evitó preguntas, fingiendo mucho sueño, y penetró a su pieza y vestida, se echó de bruces sobre su cama, prorrumpiendo en un desconsolado sollozo, golpeando su cabeza sobre las almohadas, tratando

de ahogar el llanto para que este no fuese oído por su madre. A veces callaba, se secaban sus lágrimas, pensaba en todo lo que había pasado, y se decía que bien pudo ser todo aquello una simple suposición de ella; pero luego, como un demonio secreto, golpeaba en su corazón, y le decía lo contrario, y de nuevo ponía su boca sobre la almohada para ahogar el sollozo que irrumplía con más fuerza, y que habría sido un bramido de fiera si las batistas y las plumas no le hubiesen ahogado.

—«¡No me ha querido nunca... por esto, nunca me dijo nada claramente!... ¡nunca!... ¡nunca!... ¿Acaso yo he de ser la única en la vida que no tenga derecho a la felicidad, al amor... a la felicidad del amor?»... Y aquella palabra amor, modulada entre lágrimas, tenía como el poder de una extraña tentación irresistible, en aquella hora de dulce reposo, al despertar de un nuevo día de estío. Porque ella no había conocido el amor, porque el amor fué para ella una verdadera tragedia, la posesión horrible, el espanto de algo que sólo dejó en su alma hielo de miedo y de asco, y una especie de cansancio tan profundo, que le parecía agarrotar todos sus miembros, clavarla para siempre a aquellas almohadas que fueron las mismas que oyeron su llanto de antes por desilusión; que oían también su llanto de ahora, por otra desilusión!...

De improviso se puso de pie, anduvo algunos pasos, sin saber lo que iba a hacer, como poseída por una verdadera embriaguez. Miró a todas partes, sin atinar que haría, y de improviso se vió reflejada en el espejo de su ropero, nítidamente ¡Oh! que horrible se vió. Descompuesta, la cara roja, más hundidos sus ojos, que aparecían febriles; el traje en completo desorden, desgarrado el corpiño en la desesperación, por entre cuyo encaje orlado de una cinta rosa, se veía la carnación de un pecho níveo, misteriosamente obscurecido hacia la aguda cima. Sí, estaba feísima; parecía una mujer cualquiera... Quedó mirándose largo rato, como si mentalmente mantuviese una conversación con aquella figura que había dentro del espejo... Una especie de rocío lle-

gaba poco a poco a su alma, una brisa de consuelo, la laxitud de un sueño reparador. Llorar, llorar desesperadamente le había hecho mucho bien. Y volviendo a su cama, empezó a desnudarse, con lentitud, pensando siempre en lo pasado, pero ahora analizando fríamente los hechos con una sonrisa de ironía en sus labios, con cierto despecho que la volvía fuerte, recia, y al arrojar sobre el diván un pequeño manojito tibio de seda lila rizado en sus extremos como saquito de bombones, esa ironía pareció volverse despecho, desafío que fué desapareciendo poco a poco en sus labios, a medida que el sueño borraba dulcemente la imagen de la vida...

XIV

Ese día Luisa despertó muy tarde. La paz de su casa parecía comunicarse a su espíritu, y como había dormido profundamente, se sentía como otra persona, como si todo lo que había pensado y había sufrido la noche anterior, hubiese sucedido a otro corazón, a otro cuerpo. Miró a su velador, y vió que estaba ahí su desayuno, dejado por la criada, en silencio, para no despertarla, sabiendo quizás que ella se recogió a la hora del alba. Pidió el diario para saber qué noticias circulaban entre el público respecto al heridor de Oscar. No tardó mucho en encontrar a grandes títulos lo que buscaba. Leyó a saltos, apresuradamente.

«La policía tiene la pista del hechor, y lo apresará de un momento a otro...» Siguió leyendo, ahorrando detalles inútiles, todos aquellos que constituyen preciosa materia para la gente... «Todos sospechan del amigo íntimo del señor Villalmar, Felipe Segura, que estuvo en su taller hasta avanzadas horas de la tarde, única persona que entró al taller a aquella hora... Su

misma huída, el afán de ocultarse a la policía, indican que las sospechas se confirman. . . ». «El señor Oscar Villalmar, dicen los doctores que lo atienden, está privado del habla, como consecuencia de un golpe recio que debió darse en el quicio de la puerta al caer herido por el puñal asesino. . . pero no desesperan que la lucidez llegue de un momento a otro a su cerebro, y todo entonces podrá verse claramente y castigarse al cobarde. . . Hay en el público una verdadera ansiedad por saber datos sobre este crimen audaz. . . ».

Algunos otros detalles, y en suma, la misma duda, las mismas suposiciones del primer momento.

Felipe Segura. . . Y fijó su pensamiento en este hombre que era por el momento el blanco de todas las sospechas. Sí, pudo ser él, después de alguna acalorada discusión, que trajo por consecuencia tan terrible desgracia. Le conocía, pero le había tratado muy poco. Durante aquellas cortísimas entrevistas, no le pareció tonto, sino que un individuo discreto, calculador, eso sí; una de esas inteligencias prácticas y despejadas para las cosas materiales de la vida. La huía, en forma sistemática, a veces. A ella no le era simpático, porque le creía malo, egoísta, sobre todo egoísta, y ambos pasaban por la vida con un des-punte de mutua antipatía, desconociéndose por completo. No se explicaba por qué, en las circunstancias actuales hubiese querido hablarle, conocer el fondo de aquella alma reservada para todos, y que a todos quería ponerlos como de puente para llegar al fin que él perseguía.

Como contraste, pensó también en Oscar, mientras el agua tibia del baño, daba a su cuerpo una sensación sedante. Tampoco sabía por qué le sentía ahora lejos de ella. . . Un antítesis con Felipe. Oscar, todo franqueza, generosidad, pero frío, . . . sí, frío. . . Y qué hombre más extraño: jamás contento, como ella comprendía el contento: sin fondo de melancolía, porque Oscar se mostraba feliz, pero había en sus mismas palabras que proclamaban esta felicidad, como un fondo de íntima tristeza no

confesada. ¡Qué ganas de atormentarse, y de atormentar! Sí, de atormentar, porque ese hombre la había atormentado... la atormentaba ahora mismo... No, ahora mismo, no... Su espíritu estaba tranquilo en ese momento, lo cual la sorprendía, la admiraba, porque en su sensibilidad nerviosa creyó en los primeros momentos, por aquellas apariencias de desdén, que iría a desesperarse... Y sin embargo, había tenido fuerzas para luchar, para conservar cierta relativa serenidad. ¡Qué extraños resortes o qué extraño instinto de conservación pone en juego la vida ante el peligro o la desgracia! Recordaba haber oído contar a una amiga la impresión que ésta recibió ante la prueba irrefutable de la infidelidad de su marido. «Mira, fué al principio un desánimo tan grande, una depresión moral, que me dejó agarrotada... Creí que iba a volverme loca cuando aquella impresión pasara, pero me dije: No, no, estoy por sobre él, estoy por sobre ellos... Y mi espíritu se sobrepuso a mi cuerpo, que yacía como muerto»... Así le había dicho su amiga, en la intimidad de una charla confidencial.

Cuando terminó de vestirse, y dió los últimos toques a su arreglo, se contempló ante el espejo, y se vió hermosa, elegante, pues el luto iba muy bien a su palidez, y esta autocrítica tácita, pareció ser como un consuelo de enorme valor ante la tempestad de sus dudas y desilusiones.

Después de almuerzo, envió a un criado a saber de Oscar. Este regresó pronto, y le dijo que el doctor decía que la mejoría del enfermo se acentuaba, pero que aun no había recobrado la palabra. Por ahora, la noticia no tuvo la importancia que debió haber tenido para ella, pero tranquilizada de todos modos ante la esperanza de poner en claro su situación con Oscar, cuando este mejorase, se puso a leer en su salita de recibo, pensando que a la caída de la tarde, pasaría ella personalmente a saber del enfermo. En ese instante unos golpes llamaron a su puerta. Era la criada que venía a decirle que una persona preguntaba por ella.

—¿Ha dicho su nombre?

—No. Dijo solamente que deseaba hablar con urgencia con la señorita.

—Avisa a mamá.

—La señora salió, y el desconocido dijo querer hablar personalmente con la señorita.—Como la mirada de Luisa interrogase por las señas, la criada agregó:

—Un caballero joven. . .

—Ruégale que envíe su nombre.

Rápida salió la criada, mientras Luisa esperó ansiosa. Volvió pronto trayendo una tarjeta, que la muchacha leyó ansiosamente: «Felipe Segura» . . . Tuvo que ahogar una exclamación ante la criada, y sobreponiéndose, la miró, dudando si hacerlo pasar o negarse a ello, pero una ávida curiosidad, más poderosa que todas las conveniencias, la hizo exclamar, casi inconsciente:

—Dile que pase. . . Sí, aquí, a mi salita—y al salir la criada, arregló su falda, hundió entre sus cabellos sus dedos, con coquetería, y esperó con verdadera ansiedad la llegada del visitante. . .

Primero fué una fría venia de cortesía, un movimiento de la mano de Felipe, que obligó a Luisa a extender la suya, dando apenas las puntas de los dedos. Con la mirada indicó al pintor una silla, y le contempló mientras éste reconocía el sitio en que estaba, una atmósfera de intimidad, que le daba valor para hablar. Su rostro indicaba fatiga, lucha íntima y profunda; su traje, ese desaliño que revela la intensa preocupación moral, desdeñosa para la compostura externa.

—Sí, le extraña a Ud. mi visita, señora; su mirada me lo indica, y es preciso que yo justifique mi presencia en esta casa. Necesitaba venir, sincerarme con Ud. . .

Como los ojos de Luisa hiciesen una pregunta tácita, Felipe afirmó:

—Sí, con Ud., que a mi juicio es la persona, después de la madre de Oscar, que está más cerca del espíritu de éste. No me explico como he llegado hasta su puerta, sin ser visto, sin ser sor-

prendido, cuando me espían, a juzgar por lo que dicen los diarios, y por lo que es lógico suponer... No me diga Ud. nada, que es preciso que yo le cuente a Ud. todo, antes que Ud. pregunte nada. Se sospecha de mí, y es claro, porque yo fuí el único que acompañé a Oscar el día del crimen...

Esta última palabra pareció hacer temblar a Luisa, pero Segura la tranquilizó en seguida:

—He dicho «crimen», con serenidad, porque yo en él no tengo culpabilidad alguna, absolutamente, como verá Ud. muy pronto...

—Quiero creer en la sinceridad de sus palabras, en lo que Ud. me cuenta, única manera para que, dentro del proceder de un caballero, se haya atrevido Ud. a penetrar en esta casa, porque de otro modo me comprometería Ud. en forma trascendental.

La actitud de aquel nombre, el convencimiento con que había dicho sus últimas palabras, daban a Luisa la clara impresión de que Felipe era inocente, pero de todos modos tenía una curiosidad irritada por saber los hechos, la forma cómo estos se desarrollaron.

—¿Quién ha sido entonces el autor de este casi asesinato? Porque Ud. debe saberlo, sin duda alguna, dadas sus afirmaciones...

—Lo sé, señora, y a eso he venido...

Luisa notaba que mientras aquel hombre hablaba, no la miraba de frente cuando ella lo miraba, sino que a menudo bajaba la vista al dirigirle la palabra. ¿Diría verdad? ¿Sería cierto todo lo que oía de aquella boca que parecía balbucear las palabras...?

Y le hizo esta objeción.

—¿Por qué entonces si Ud. no ha sido el autor del crimen, huyó Ud. y se deja ver sólo ahora, y por mí, después de más de veinticuatro horas de pasados los hechos? No parece sino que Ud. tuviera la intención de hacerme cómplice en forma indirecta de todo lo que ha pasado...

Los ojos de Felipe, por la primera vez, la miraron de frente, sosteniendo la mirada, y respondió con lentitud:

—Cuando Ud. me oiga, cuando Ud. sepa cómo pasaron los hechos, y sobre todo cuando sepa Ud. los impulsos extraños de mi espíritu, sólo entonces se lo explicará todo, y me justificará Ud.

—¿Estuvo Ud. presente cuando hirieron a Oscar?

—Sí, señora, y mi dolor fué tanto mayor cuanto que por mí, por defenderme a mí, ha caído el hombre a quien debo tanto en mi vida de arte. . .

Hubo en estas últimas palabras una emoción de ternura reprimida, que advirtió Luisa, y que terminó por tranquilizarla, pero su ansiedad por saber todo, la aguijoneaba, por lo cual le dijo:

—¿Entonces fué Ud. atacado? ¿Y por quién? . . . No lo comprendo, cuando en el taller sólo estaba Ud. y Oscar. Además, junto a la panoplia de armas, se encontró una guma, y algunas gotas de sangre en el suelo.

—Sangre mía, señora. . .

—¿Sangre suya? . . .

—Si, como consecuencia de una lucha que yo sostuve con Oscar. . .

Luisa, al oír estas palabras, se levantó de su asiento, y con firmeza y expresión airada, le dijo:

—Me ha engañado Ud. entonces. No ha sido Ud. inocente. Tiene Ud. parte en este crimen. . .

Felipe la miró, se puso también de pie, y esta actitud, pareció confirmar a Luisa sus dudas y suposiciones, pero agregó Felipe, dominando la emoción de ella:

—Son tan raros, señora, los hechos, y más que los hechos, la fuente de ellos, que es preciso, para que Ud. se dé cuenta cabal de todo, que me oiga algunos momentos con absoluta tranquilidad. Y ambos se sentaron de nuevo Felipe se preparó entonces a contar lo que había pasado, con todos sus detalles.

—Tocan el timbre, señora,—advirtió en ese momento Segura, como inquieto por aquel aviso.

—Va la criada a ver—respondió Luisa. Esperaron algunos

segundos, y en seguida dijo aquella que se trataba de un vendedor de flores que ofrecía su mercancía.

—Hable Ud. en seguida, que me muero de ansiedad.

—Verá Ud. señora. . . Yo fuí aquella tarde al taller de Oscar invitado por éste para ver un retrato que él le había pintado a Ud. Una obra admirable de color y de expresión. El recuerdo de una escena pasada, la que motivó nuestro alejamiento entre los dos, se trajo a nuestra charla. Y como se dice siempre, que palabras sacan palabras, hubo un ligero cambio de ellas. Oscar, al principio dueño de sí, perdió luego su tranquilidad, y cogiendo la gumia que había en la panoplia me hizo creer en un ataque a mí, pero me tranquilizó en seguida diciéndome que cómo juzgaría yo si él desapareciese, si él se eliminase. . . ¡Había que ver la expresión de aquel hombre cuando me dijo esto! Mi aparente sangre fría, pareció exasperarle, al mismo tiempo que yo ví, o creí adivinar en la expresión de Oscar, una intención suicida, algo horrible, que ahora mismo me llena de espanto. . .

—¡Quería suicidarse en su presencia? . . . ¡Qué horror! . . .

—No lo sé claramente, señora, pero así me imaginé yo en aquel instante. Corro para quitarle el arma que tenía en sus manos. Luchamos, algunos breves momentos, que fueron siglos para mí. Aquella arma más de alguna vez me pareció que a mí se dirigía, y otras al pecho de él, y seguía aquella lucha espantosa, hasta que yo ya medio vencido por las fuerzas de Oscar, oigo que alguien llama a la puerta particular de entrada al taller, por la calle que Ud. conoce. Los golpes hicieron que Oscar paralizase sus movimientos. Viéndolo así, aproveché esta circunstancia, y corrí a la puerta, pero en el momento de abrir, veo que se precipita sobre mí un hombre que al principio me pareció no conocer, pero que luego me dí cuenta quien era. . .

—¡Quién? . . . ¡Quién? . . .

—Un portero del Palacio de Bellas Artes, que había jurado vengarse de mí, porque me culpaba de que Oscar le hubiese golpeado por defenderme. ¡Al fin te había de encontrar!



dijo—y sacando un puñal, dirige hacia mí el golpe, en el momento en que yo llamo en ayuda a Oscar. Fueron brevísimos segundos... Aquel individuo que estaba borracho, al oír el nombre de Oscar, quiere apresurarse para herirme, pero yo huyo, impulsado por un instinto loco de conservación, pero no tan rápido para que no oyese como la caída de un cuerpo a tierra... y luego los pasos de aquel individuo que me perseguía. Ud. sabe que aquella calle es solitaria, y como empezaba la noche, pude escapar al puñal asesino... Anduve mucho tiempo sin saber lo que hacía, como paralogizado mi cerebro... Más de una vez quise volver al taller de Oscar, pero no lo hice, no sé por qué, no sabría explicarle el por qué. Me parecía que yo había sido cómplice de algo horrible, porque sospeché que Oscar había sido herido, pero no volví, y me oculté, tomando un autobús que me condujo a los alrededores de Santiago. Ya lejos, y ocultándome de las personas que me rodeaban, pensé con más tranquilidad en lo que había sucedido... Todo un día lo pasé oculto en un hotelillo de mala muerte, atontado, embrutecido, y con un remordimiento atroz por algo que yo no sabía de cierto, pero al mismo tiempo con miedo, con un miedo que no me explico de donde venía, pero que me agarrotaba sin dejarme que me sincerase ante las gentes, contando como habían pasado los hechos... Por fin me decidí, y una fuerza extraña, una fuerza más poderosa que yo mismo, guió mis pasos a su casa, para contarle a Ud. todo lo que había sucedido la noche de anteaer... Perdóneme Ud... Perdóneme por este momento que la hago pasar a Ud., y también por haber vuelto a aquel taller en donde quise salvar del suicidio a un hombre enloquecido, a quien hirieron por una terrible casualidad.

Hubo un silencio, como si la vida hubiese sido suspendida entre aquellos dos seres. Luisa dice lentamente:

—Me lo explico todo: el golpe dirigido a Ud. lo evitó Oscar, que cayó herido... por una fatalidad de la suerte, por una horrible desgracia...!

Vuelve a hacerse el silencio, y se oyen pasos apresurados que se dirigen a la puerta de la salita de Luisa. Es la criada, que llega, y dice con la voz entrecortada por la emoción, y cierta secreta alegría:

—¡Señorita!... ¡Señorita!... vienen a decir de la casa de don Oscar, que éste ha recobrado la palabra!... que éste ha podido hablar!...

Felipe y Luisa, dan un suspiro de desahogo, se miran... y casi al mismo tiempo preguntan a la criada:

—¿Y qué ha dicho?...

—No me lo dijo el criado que me dió la noticia, sino que se limitó a decirme eso, sencillamente... y se fué.

Sale la criada, y vuelven a quedar en silencio Felipe y Luisa. Por fin, después de algunos segundos, dice Segura:

—¡Dios me ha protegido, porque ya se sabrán las cosas como han pasado!... —y esconde la cabeza entre sus manos, y no puede contener el llanto, que es como un supremo descanso a la horrible tensión nerviosa. Luisa le oye llorar en silencio, y aquel llanto de hombre la conmueve, no la deja hablar, y recuerda entonces cuando también oyó llorar a Oscar una tarde no muy lejana, en un desbordamiento de amargura desolada...

—Perdóneme Ud., señora, estas lágrimas, que son mezcla de alegría y de tristeza! No sabe Ud. cuántas cosas se agolpan a mi alma; no comprenderá Ud. jamás mi estado de ánimo ante Ud. en estos momentos. Alzó la mirada llorosa, y la contempló algunos segundos, como para conseguir ese perdón.

Luisa, midiendo las palabras, con discreción, le respondió:

—Tiene Ud. motivos para llorar, porque al fin y al cabo, con o sin intención, Ud. es el responsable de muchas cosas que le pasan a Oscar, a ese hombre que fué siempre para Ud., su guía en el arte, un buen amigo suyo. Y quizás todo ha sido hecho por Ud. sin mala intención, sino tan sólo quizás por egoísmo, por el anhelo de triunfar, por una exagerada ambición...

Ante aquellas palabras, Felipe se secó los ojos, y pálido, casi

transfigurado, lleno de energías, respondió con firmeza, con absoluta sinceridad:

—Sí, he sido egoísta en la vida, pero lo he sido por la vida misma, porque esta me ha enseñado, tanto en mi arte como en las demás cosas, que una de las defensas y las armas más poderosas que tenemos para triunfar, es ese egoísmo de que Ud. habla. Cómo no serlo, sobre todo los hombres como yo, para quienes la lucha es más terrible todavía, si a cada paso vemos que todos son egoístas, que por cada generosidad nuestra corresponden miles de egoísmos, miles de acciones dirigidas a conseguir lo que se desea, sea como fuere, a costa de quien fuere. Cómo no serlo, sobre todo, cuando a los pocos años que empecé la lucha por la vida, por el arte, me convencí que había de librar una gran batalla, en circunstancias que mis armas eran pobres, porque comprendo muy bien que la naturaleza no me ha dotado generosamente, y que era preciso suplir la falta de dotes naturales, con argucias, con malicias, quizás con una inteligencia ajena al arte. Ud. no puede comprender las horas amargas que hay en la soledad de un taller, en lucha con la materia rebelde, cuando la mano no obedece al pensamiento, cuando permanece inhábil y fría ante lo que se desea con toda el alma. Ud. no puede comprender, esa amargura silenciosa, tanto más grande cuanto que no es posible confesarla, porque se reirían de nosotros los indiferentes, los compañeros, porque confesar inhabilidad, sería confesar derrota!... ¡Derrota!, palabra que se dice tan fácilmente, pero que se experimenta con un dolor horrendo, y tan lentamente que se paladea a solas, muchas veces en medio del triunfo de los demás. ¡Hay un drama terrible en cada de los que se creyeron capacitados, y la práctica se encarga de decirles que son impotentes para lo que ellos pretenden! Se ponen entonces en juego todas las malicias de que somos capaces, ciegame, como en una especie de embriaguez por el ansia de triunfar, y más que nada por el ansia de salvarnos de aquello tan terrible que se llama un fracaso en el arte...

Calló algunos segundos, como con vergüenza y pudor por todo lo que en aquel instante confesaba a aquella mujer. Pero era preciso que lo confesase de una vez por todas, porque de otro modo se ahogaría a fuerza de ocultarlo ya por tanto tiempo.

—¿Entonces Ud. jamás estimó a Oscar, jamás sintió por él un verdadero afecto de amigo, de camarada...?

—No, no, estimé mucho a Oscar, con el afecto tan desinteresado del hombre que ve en un amigo realizarse lo que él hubiese querido ser en la vida y en el arte, pero llegó un día, en que este afecto empezó a borrarse, hasta trocarse en envidia, quizás en algo más bajo y apasionante todavía...

Luisa no preguntó en seguida cuál era esa pasión que había ahogado los buenos sentimientos de Felipe hacia Oscar, porque experimentaba una especie de miedo, que no sabía qué causa tenía, pero que la obligaba a callar. Segura esperaba sin embargo esa pregunta, con la actitud del que aguarda el instante que le autorice para descubrir las más grandes intimidades de su alma. Y callaron ambos por algunos segundos más, sin mirarse, esquivando Felipe aquellos ojos grandes que adivinaba sobre los suyos, adivinadores, inquisidores... Luisa luego habló:

—Sí, lo comprendo, vanidad herida, orgullo de artista mancillado... Cosas siempre sin importancia, pero que han conducido las cosas hasta una verdadera catástrofe... —Y esperó la respuesta, con una emoción y un miedo extraño...

—No... no... No fué eso... tan sólo...

—¿Qué otra cosa, en fin...?

—Algo que impulsa al hombre a hacer siempre locuras, que le ciega, que le enloquece... ¡Celos!... ¡Celos!... —repitió dos veces la palabra con rabia y con ansia de que penetrara muy hondo en el corazón de Luisa...

Muy lentamente ésta preguntó:

—¿Por qué... por quién...?

Los ojos de Felipe, como dos saetas, buscaron los de Luisa,

insistentes, audaces entonces, y como estos permanecieran desviados de los suyos, le dijo, con tono íntimo, humedecidas las palabras por la pasión, algo empalidecido el rostro:

—¿Jamás lo comprendió Ud.? . . . ¿Jamás su instinto de mujer se lo dió a comprender? . . .

Ella, inconsciente, en un impulso muy femenino, aguijoneó la verdad desnuda, y le dijo:

—No . . . No sé a qué se refiere Ud. . . .

Felipe, acobardado repentinamente, detenida su audacia, le respondió, bajando la cabeza, como temeroso ante las palabras que iba a decir:

—He odiado a Oscar por Ud! . . . porque mi pequeñez ha tenido la audacia de poner los ojos en Ud! . . . Perdóneme, Luisa; dígame Ud. lo que quiera, pero perdóneme . . . Sé que no merezco su atención, pero esto que siento en mí, es superior a mis fuerzas, a mí mismo. Empecé a odiar a Oscar desde el momento en que supe que a Ud. no le era indiferente . . . El fondo de todas mis acciones, ha tenido por fuente este hecho, esta pasión . . . que he podido disimular ante la gente, que he podido aun disimular ante Ud. misma, pero es llegado el momento de decirlo, de confesarlo como una culpa o como una gloria, no lo sé a punto fijo, pero siento que mi pobre alma descansa al confesarla por la primera vez en la vida, y siento al confesarla ante Ud. una voluptuosidad que parece aturdirme . . .

—Calle Ud. por favor! . . . No continúe Ud., que en estos momentos casi me horroriza todo lo que oigo . . . ¡Ese hombre herido, ese hombre que ha caído víctima de una desgracia, por proteger a Ud.! . . . calle Ud. por Dios! que me parece que todo esto es una pesadilla! . . .

Callaron largo rato, sin mirarse. El corazón de Luisa palpitaba fuertemente, y si hubiese continuado hablando en aquel instante, Felipe se habría dado cuenta, no de una indignación, sino de esa emoción extraña, rara, nunca sentida que la poseía, porque sus últimas palabras tuvieron como una modulación de

aquiescencia que la traicionaba ante aquel hombre que tan violentamente había puesto al desnudo su corazón y sus pasiones. . . Una sola vez, en aquel instante, que sus ojos se mirasen, habría bastado para establecer entre los dos una tácita complicidad, no sabía de qué ni por qué, pero una complicidad, y ambos permanecieron en apariencia, indiferentes, pero rondándose sus almas, como dos fieras que se acechan, sin saber si se odian o se aman. . .

—Nunca Oscar me dijo nada respecto a eso que Ud. cree, y jamás me lo dirá, porque Oscar es un hombre extraño, que no acabo de comprender. . . Amistad, nada más que amistad muy fina y comprensiva.

—Ud. le ama. . . sé que Ud. le ama, apesar de todo, apesar de esa indiferencia de él. . .

¿Habilidad, argucia, malicia? . . . no atinaba a comprender que era lo que había en las palabras de Segura, pero era el caso que la estimulaban a hablar y, más que nada, a recordar la escena de la noche antes cuando Oscar, consciente o no de lo que hacía, casi la repelió de su lado, con su callada frialdad.

—Amistad, nada más. . . Nada más. . .

Y después de la declaración de Segura, por primera vez Luisa miró a éste, y pudo establecer una comparación con el *otro*: no eran ahora los ojos de Oscar, amables, dulces, que ella conocía; aquel hablar quedo, aquel dominio de todo el ser, una especie de galanura muy agradable, pero que estaba indicando a las claras que se sobreponía al amor, el instinto de cierta coquetería innata e instintiva, que agrada pero que jamás se entrega. Y estos otros ojos, fijos en ella; ¡qué distintos eran!: el abandono de toda el alma, de todo el cuerpo, de todas las facultades, brindadas a ella; un trasporte que al mismo tiempo era dominio avasallador, audacia varonil, deseo imperioso que parecía penetrarla, quemarla, y que aun ella, con la conciencia de defenderse de aquel ataque, no sabía por qué consentía tácitamente en él, con sus ojos, que no se retiraban ahora de los de Felipe,

como en una especie de admiración o de estupor que le robaba la voluntad. . . .

—Quería mucho a Oscar, sentía por él una admiración sin límites, pero desde el día que pude darme cuenta que Ud. también le quería, le odié, hasta deseé su muerte, y cada obra de arte suya, era como una bofetada que yo recibía en pleno rostro, y de la cual no podía defenderme—le dijo Felipe a media voz, con el tono enronquecido por la pasión, acercando a ella su rostro, bebiendo aquella mirada. Le confesó en seguida que pudo alejar de él, por algún tiempo, esta locura de celos, pero ésta persistió siempre latente en el fondo de su corazón; y con palabras apresuradas, como para aprovechar aquel momento de inconsciencia de la mujer, desbordó su corazón de todo lo que sentía por ella. . . . La mano de Luisa que tenía apoyada en su falda, cayó, abandonada, como si ese movimiento indicase una derrota por sorpresa, el fin de una lucha en la cual se sentía vencida, y halagada al mismo tiempo por esta derrota, ante aquel hombre que había luchado tan terriblemente en la vida, ante el espíritu en realidad mediocre de facultades, pero cuya alma estaba enardecida por una ambición, por la más grande y humana ambición entre todas, ¡la del amor! . . .

¿Qué había pasado por el alma de Luisa? ¿Qué había sucedido para que ella llegase a ese estado de semi inconsciencia? No lo sabía, como tampoco sabía el cambio que en ella se había operado casi de un momento a otro. Eran tan extraños esos desvíos en la dirección de un espíritu: un día se descubre en una persona un detalle pequeñísimo que nos interesa, y ese solo detalle, es como el principio de una cadena que nos va atando fuertemente a esa persona. . . . Así había pasado en su alma. ¿Cuál fué la palabra de hacía un momento, de Felipe, el detalle de su rostro, que le había interesado? Es a veces hasta una fealdad, vuelta interesante o insinuante, y que un hecho cualquiera suele hacer misteriosa. Y así también había sucedido a Felipe. Vió durante mucho tiempo a Luisa, y había pasado indiferente junto a ella,

pero llegó un día, que no pudo precisar, en que el detalle misterioso penetró al alma; fué un hilo delgado al principio, prendido al corazón, frágil como una tela de araña, y que fué haciendo presa de ese corazón hasta hacerlo suyo por entero, hasta enloquecerlo. . .

—Oscar no me ha querido nunca. . . ¡nunca!. . . —balbuceaba Luisa, más que como una simple disculpa o coquetería de mujer, como afirmación que autorizaba al hombre que tenía a su lado, a confirmar su declaración, a ratificar sus palabras apasionadas. Sintió ella, como en un sueño, que su mano helada experimentaba el contacto cálido de otra mano, fuerte, poderosa, que enlazaba sus dedos a otros dedos, y se puso de pie, por instinto más que por su voluntad, y tuvo que hacer un esfuerzo para sentir de nuevo que su mano se libertaba de esa prisión, a la cual la había conducido una serie de hechos que se presentaban a su alma indecisos, envueltos en una dulce bruma de sueño. . .

Tuvo conciencia cabal de todo lo que había sucedido, cuando fingiendo mirar un cuadro, dijo a Felipe, con la voz quebrada y volviéndole la espalda:

—No me diga Ud. nada. . . Márchese Ud. . . se lo ruego. . .

—Sí, me marcharé, pero es preciso que yo justifique mis impulsos, porque de otro modo creería Ud. que yo la he sorprendido, que toda esta escena pasada entre los dos, ha sido simplemente un capricho. Y para eso es preciso que sepa Ud. toda mi vida de este último tiempo, mis horas solitarias de taller, cuando en medio de la labor, su imagen acudía a mí, seductora, llena de encantos, como si hubiese sido para mí la primera mujer que hubiese visto en mi vida, y la primera que hubiese amado también. Pero era preciso que olvidase esta imagen, porque espiritualmente la sabía de otro, porque sabía que Ud. amaba a otro. Y ya todo mi trabajo fracasaba, todos mis sueños de arte se ahogaban en ese otro sueño que Ud. significaba, y me iba a vagar sin rumbo por las calles, a pensar cosas que me hacían daño, y así en este estado de ánimo, fué cuando pasó la escena

que hubo entre yo y Oscar en el Palacio de Bellas Artes, porque todo lo que hice, todo lo que fragüé, en verdad, fué fruto de esa pasión de los celos, que son tan malos, que nos ponen el alma tan negra y que se sobreponen a toda otra pasión. Era verdad que yo trataba de encubrir toda esa lucha de mi espíritu, bajo el disfraz de vanidades heridas, de orgullos de artista, cuando en realidad eran ofensas al hombre, ofensas que el ofensor ignoraba que las hacía, inconsciente de que me causaban tanto daño.

Luisa insistía siempre:

—Márchese Ud.! . . . Márchese Ud!. . . . No me diga Ud. más. . . por favor, se lo ruego.

—Sí, me iré— respondía Felipe, acercándose de nuevo a ella, mientras Luisa se alejaba de él, con un pudor extraño que le provocaban los acontecimientos que acababan de pasar, como aturdida por todo lo que oía, que ella consideraba algo inaudito, una sorpresa por la cual su conciencia no recobraba aun su perfecto dominio.

—Me iré, pero antes es preciso que oiga algo de su boca, un perdón, o un rechazo, pero claro, categórico. Hable Ud., se lo ruego, hable Ud.! Si Ud. supiese todo lo que pasa en mi alma, todo lo que ha pasado por ella durante el último tiempo, tengo la seguridad que no me rechazaría Ud.

Esperó algunos momentos la respuesta; fué un silencio henchido de ansias, pendientes los ojos de Felipe de aquellos labios que se habían cerrado, que estaban herméticos, como si aquella mujer no fuese ya jamás a hablar, a pronunciar una palabra en su vida. Y Luisa dijo por fin, sin mirarlo, con voz casi blanca, inexpressiva:

—La vida dirá! . . . —y permaneció mirando siempre aquel cuadro, hasta que los pasos de Felipe se alejaron, se perdieron, y ella pasándose la mano entonces por la frente, como para despejar una nube de tempestad que la ensombrecía, se dejó caer en un sillón, balbuceando:

—¡Dios mío, pero ¡qué locura. . . qué locura!. . . ¡Dios mío!. . .

XV

Casi en los mismos momentos que esto sucedía en la casa de Luisa, otras escenas emocionantes pasaban también en el hogar de Oscar. Hacia la tarde de aquel mismo día, la enfermera notificó a la madre del pintor, que éste había recobrado la palabra, pero que ella le había obligado a mantenerse en silencio, hasta que no hubiese completa certeza de que ninguna emoción pudiese influir adversamente en aquella naturaleza que había estado próxima a la muerte.

La anciana corrió al lado de su hijo, preguntando antes que era lo que había dicho.

—Su primera pregunta ha sido por un tal Felipe—dijo la enfermera, no sabiendo ella a quien se refería, y explicó que esa pregunta la había hecho el enfermo con cierta ansiedad, y que ella no le había podido responder porque ignoraba quién era ese señor. La buena anciana, muy emocionada, llegó al lecho del enfermo, quien intentó alzar los brazos para abrazarla,

pero la enfermera le impuso que estuviese quieto, porque así lo había ordenado el médico, pero aquellas pupilas, en una mirada, besaron a la madre, y se llenaron de lágrimas, que se confundieron con las lágrimas silenciosas de la anciana.

—¡Mamá!... ¡mamá!... ¿Qué es de Felipe? ¿Dónde está Felipe?

—Se le busca, hijo mío, por la justicia, y no se le encuentra, pero no te inquietes, que de un momento a otro le apresarán...

—¡No, mamá!... no le apresarán! porque él no tiene la culpa de nada; porque él es absolutamente inocente, y explicó todo lo que había pasado, con lentitud, tomando descanso muy a menudo, porque a veces la voz se le estrangulaba en la garganta. La madre junto a la boca de su hijo, bebiendo aquellas palabras, más que oyéndolas, atendía al relato, y así supo, hacia el crepúsculo de aquel día, todo el drama que había en aquella alma, que ella ignoraba, creyendo que su hijo era feliz, una vez pasadas las luchas por su arte.

—¡Y te querías matar, hijo mío, y dejar sola a tu madre, a esta pobre vieja que no tiene a nadie más querido en el mundo que a tí!...

Y aquellos labios pálidos, decían que sí, y decían también perdón por lo que había querido hacer, y guardaba silencio, mientras los ojos de su madre mojaban sus manos, en un llanto callado y discreto, que no se sabía si era de dolor o de alegría al ver que su hijo volvía a la vida, y a quien ella podía de nuevo estrechar en sus brazos.

—¡Casi me he muerto!, y si he podido vivir, era porque alentaba la esperanza que tu vivirías, que todavía vivías, hijo mío, ¡mi Oscar adorado!...

Y sacaba su rosario para dar gracias a Dios por la vuelta de su hijo a la razón, a la vida, y le decía que rezara con ella, en pensamiento, para que no hiciese ningún esfuerzo, y era conmovedor aquel cuadro de esa anciana que elevaba los ojos al cielo, junto a aquel lecho en donde otros ojos la miraban con

ternura de hijo. De improviso interrumpía su oración, y le preguntaba afligida:

—¿Pero por qué quisiste hacer eso, hijo mío? ¿por qué querías dejarme sola?... Tu que eres tan bueno, que tienes ese corazón de oro!... que has llegado tan arriba en tu arte...?

—No sé... mamá... no sé... He estado loco... he sufrido mucho, madre mía, y he sufrido por lo que otros habrían despreciado, por lo que otros no habrían tomado en cuenta... Yo mismo no me explico que ha pasado por mí... qué pasa por mí... Soy uno de esos hombres extraños... muy extraños... que sólo sirven para pintar... Habría preferido ser de otra manera, tener otra alma y otro cuerpo...

La anciana no comprendía, no acertaba a explicarse todo lo que le decía su hijo, como aturdida por la alegría de verlo ya con su razón recobrada, y dispuso que se diera aviso a Luisa, y luego a la justicia para que se tomase en cuenta la declaración de su hijo.

—Ah! madre, yo no pido nada para quien me hirió... Ha sido una casualidad, una desgracia... Ya que el golpe no iba dirigido a mí...

—Se hará como tu digas...

Y a medida que el enfermo, al correr de los días, recobraba sus fuerzas, agotadas por la pérdida de sangre, e iba relacionando hechos de su vida, al pensar en ellos, le parecía que era otro, que había nacido de nuevo, que empezaba una nueva vida... Sin embargo, un pensamiento tenía fijo en su cerebro, que no había querido expresarlo a nadie, ni a su misma madre, que pasaba con él los días enteros, junto al lecho y luego al lado de su silla, cuando ya ordenó el doctor que podía levantarse.

Una tarde, después de varios días de haber recobrado la razón, preguntó a su madre por Luisa. Sabía que ella había estado a su lado el día que le hirieron, porque confusamente, como si se tratase de un sueño, la recordaba. Posiblemente lo podía

haber soñado, pero se le aseguró que Luisa en verdad le había acompañado toda una noche junto a su lecho.

—¿Quieres verla?—le preguntó su madre.

—No, mamá, déjala que ella venga cuando quiera. Habrá tenido algo que hacer.

No se explicaba qué había pasado en su alma después de su catástrofe, para tomar aquella ausencia, no con indiferencia absoluta, sino con cierta frialdad. En aquel sueño que evocaba de la presencia de Luisa junto a su lecho y que su madre confirmaba que era realidad, también recordaba que a él le había parecido soñar que al ver a Luisa junto a su cama, la había mirado con indiferencia, como si jamás la hubiese visto, como si la viese por la primera vez, y que al reconocerla, le había vuelto las espaldas. ¿Sería también eso verdad? Lo fuera o no, qué importaba, si su espíritu tomaba ahora las cosas sin pasión, con esa suave dulzura de la convalecencia, que se acentuaba cada día más, al amor de aquellas tardes de finales de verano, cuando ya empiezan a sentirse en el aire las brisas frescas con olor a violetas, de los primeros días de otoño. Era entonces un dejar que vagabundease el alma con libertad, sin pensamiento casi, sentado en medio del jardín, al final de aquellos crepúsculos largos de Marzo, mirando la comba profunda del cielo, por mucho rato, hasta que sus ojos, como saciados de azul, se cerraban dulcemente, y la cabeza pálida se doblaba sobre las plumas del almohadón, y así continuaba aquel ensueño de azul y de nostalgia sin nombre, hasta que una voz tierna, todo cariño e intimidad, le decía:

—Ya es tarde y la brisa refresca. Precisa que te acuestes, Oscar. Y las manos de su madre, tan blancas siempre, tan pulidas, «manos para un cuadro», como el decía, que milagrosamente parecían haber conservado la pulpa y la frescura de una prolongada juventud, cogían las suyas, y en ellas apoyado se dirigía a sus habitaciones, para empezar allá la charla, a veces, con amigos que iban a verlo.

Un día uno de éstos le habló de Felipe. Oscar le respondió que había venido a verlo varias veces, y que por desgracia le había encontrado reposando. Deseaba verlo, y si no iba pronto, le mandaría llamar.

—¡Ya le has hecho pasar un susto que le durará un rato!— le dijo una tarde Castrito. El me cuenta, que luego de tu declaración, y aun así, cuando tuvo que contar lo que vió ante el juez, le parecía que era él el culpable, y que como tú hubieses torcido la esquina, ¡caracho! que no la torcistes, para bien del arte nacional, él está hoy día a «la sombra», porque cualquiera encuentra al borrachón aquel del portero, que por otra parte está que parte el alma, porque dice qué borracho y todo como estaba, no se habría conformado en la vida que tu hubieses muerto por su culpa.

Rivas, que también asistía de vez en cuando a la tertulia, y que ya había mejorado mucho de situación, recomendaba a Oscar que se cuidase, para que pronto le volvieran a ver entre ellos. Los muchachos del grupo seguían todos lo mismo, tan buenos y tan simpáticos siempre, y siempre «tan malas lenguas», al decir de Castro.

—Felipe es otro. Después del susto, parece que ha salido como de un baño que le ha refrigerado. Es casi un ingenuo—afirmaba Rivas.

—Por lo cual pierde todo su interés,—dijo Castrito—porque precisamente lo interesante de muchos de nosotros, es saber hablar mal del compañero, antes que aprender a pintar bien. Porque eso del «pelambre», a juzgar por lo que vengo observando, es algo así como el perfume de los primeros años del aprendizaje. Porque es el caso que cuando ya sabemos nuestra profesión, nos ponemos que ni San Francisco de Asís por lo buenos y humildes. Todo es entonces hablar bien del colega, en círculos de otros pintores, aunque nos reservemos para la intimidación, dos o tres adjetivos que siempre recuerdan los primeros tiempos de bohemia...

—Hombre!—respondió Oscar—maldecir, suele ser un consuelo, y un consuelo justificado, ya que la lucha es tan terrible en los primeros años. Luego después, ya no lo hacemos, porque casi no hay para qué hacerlo.

—No lo hacemos—interrumpió Castro, dándose dos o tres chupadas al colmillo de oro—porque nos volvemos más egoístas, una vez que conocemos las comodidades... El elogio entonces a los colegas, es algo así como un precioso instinto de conservación, una especie de solidaridad, que se establece entre aquellos que han llegado para cerrar el círculo a los que todavía no llegan, y pueden molestar...

—¡Molestar?—preguntó Oscar, que después de su desgracia, había olvidado sus ironías—no te comprendo.

—¡Qué caracho! Si no hay nada que moleste más que cuando llega uno nuevo que pinta bien, no precisamente por lo que pinta, sino por lo que el badulaque puede llegar a pintar. Por mi parte, y con desvergonzada franqueza, declaro lo siguiente: que cuando aplaudo en el Salón algún cuadro de un principiante, que en realidad tiene talento, luego casi lloro por lo que mi elogio puede significar al bellaco aplaudido para ascender un escalón más. De ahí muchas veces tantas contradicciones que se oyen entre nuestros maestros: aplaudir ayer en la tarde una cosa, y censurarla a la mañana siguiente. Y luego llaman a esto las gentes vulgares, contradecirse. ¡Qué va a ser contradicción! es sencillamente confirmación de una personalidad ya formada y gloriosa... Está visto que hay gente muy poco razonable...

—Y tú ¿qué pintas ahora, Rivas?—interrogó Oscar.

—Un retrato a un buen señor que me tiene loco, porque dice que no le conoce en el retrato, ni su madre.

—Eso es lo que llamamos nosotros un retrato «con carácter»—dijo Castro muy serio, pero Oscar sonrió de la ironía.

—Cuando terminé el retrato, el señor retratado hizo llamar a toda su familia para que lo juzgase. Había que ver! Diez o doce

críticas a las cuales no se podía responder, porque se nos retiraba en seguida el cheque. . .

—Y eso que no te cuenta los detalles más cómicos del caso —explicó Castro— por modestia tal vez. Dile, Rivas, que uno de los más apasionados de aquella familia, por tu obra, te dijo que el retrato estaba igualito a un sobrino político suyo, pero como Rivas, —ya le conoces— es a veces casi evangélico, prometió corregir el «trozo maestro», pidiendo dos o tres sesiones al sobrino aquél, a lo cual el retratado no accedió por puntillo de honestidad artística. Pero el cheque fué cobrado. . . Mil «del ala» . . . que, como tu ves, se han empleado, entre otras especies, en un terno azul marino para toda estación, que hace morir de envidia. . .

Castro y Oscar miraron a Rivas, que efectivamente lucía el traje ganado a fuerza de horribles claudicaciones en el género del retrato.

—Y Uds. ¿no han visto últimamente a Felipe?—preguntó Oscar.

Castro y Rivas se miraron, con inteligencia, como si se preguntasen quien respondía a la pregunta. Pero Castro, más franco, apuntó:

—Lo ví ayer en el Museo. No iba solo, no. . . Parece ser que instruía en Escuela Española a Luisa Bailén. . .

En realidad el dato lo dió Castro con inocencia, pero cuando vió que el rostro de Oscar revelaba sorpresa y al mismo tiempo emoción, trató de disimular lo indiscreto de su respuesta, pero ya era tarde, porque Villalmar, recobrando su sangre fría, le dijo:

—Supe por alguien—no recuerdo quien—que Felipe fué a casa de Luisa a sincerarsè, el día en que yo pude hablar. . .

Hasta ese momento creyó Oscar que todo le era indiferente, pero ante la duda de lo que podía significar la visita al Museo de Luisa con Felipe, se revolvía en él algo extraño, un impulso, algo que pronto quedó ahogado, pero sin embargo, persistió

para el pintor una certeza que le hacía daño: que aquella mujer no le era indiferente del todo, y aunque lo fuese, como una especie de sospecha de haber sido engañado, anteriormente a su desgracia. Y su espíritu, rápidamente, ató muchos hilos dispersos, poco a poco, hasta formar un haz que le explicaba muchas cosas... ¿Tenía en realidad, el derecho a exigir fidelidad espiritual de aquella mujer, cuando él nunca le dijo nada, cuando jamás le insinuó nada claramente, concretamente?... No, no lo tenía, y sin embargo, ya fuese vanidad herida, orgullo rozado, el hecho era que no había recibido con absoluta indiferencia la noticia que le había dado Castro... ¡La vida, que cosa tan miserable era a veces la vida!...

En ese momento su madre llegó al grupo, y Oscar la trajo hacia sí, y le cogió las manos, que retuvo entre las suyas, con una ternura que le consolaba, como si en ellas encontrase el supremo refugio.

—¿Y cómo encuentran Uds. a «mi niño»?—preguntó la noble anciana, acariciando el cabello de Oscar, como si se tratase de una criatura.

—¿Qué ya tenemos de nuevo hombre, señora!—repuso Castro—y que, no dude Ud., el próximo año, irá al Salón una obra de él que va a ser la envidia de todos nosotros.

—Envidia no, ¿por qué ha de ser envidia siempre? Será admiración, cariño, alegría por lo que hace el compañero; todo eso, en fin, que me dice mi hijo que siente cuando uno de Uds. pinta algo bueno.

Castro sonrió mefistofélico, simpático, al mismo tiempo, y le dijo:

—Villalmar merece algo más que todo eso, señora: merece el pedestal de la envidia, que está hecho, generalmente, de muchos cráneos pelones y vacíos... ¡Qué caracho! A mí, que no me quieran; a mí que me envidien, que me odien, para que mi pincel esté siempre estimulado para pintar...

—Si en el fondo no fueran Uds. muy buenos y muy ingenuos,

rían unos demonios, pero son buenos ¡son buenos!—afirmó, y luego dijo, como con temor de que su advertencia fuese a ser indiscreta:

—Ahí tienes una visita, Oscar, que espera tu venia para asar... Luisa, que quiere verte...

—¡Luisa?...

Castro y Rivas se pusieron de pie; despidiéndose en seguida. La anciana dijo que ella iría a acompañar a la señora Clara, y se retiró conduciendo a los visitantes hasta el vestíbulo de la casa. Aunque se había hablado hacía un momento de Luisa, la sorpresa fué grande para Oscar, porque no esperaba esta visita, aunque era lógico que ella viniera de un momento a otro. Le palpité el corazón, más luego se calmó, con una verdadera curiosidad por saber qué significaba aquella amistad de su amiga con Gregoria, pero al mismo tiempo, como con un íntimo rencor por aquella escena que él había sabido por casualidad.

Siempre la actitud del primer momento da la pauta de un corazón para el que llega. Es algo que no puede disimularse, que aun no puede disimularlo el más hábil diplomático o simulador de sentimientos. Tanto menos podría disimularlo Oscar, que en su convalecencia, le parecía que su corazón no ocupaba el puesto de siempre sino que estaba ahora a flor de piel, en los labios.

—Luisa, siéntese Ud. Ya echaba de menos su presencia,—le dijo Oscar, recibiendo como siempre aquella mano por la punta de los dedos.

Aunque pocas veces Luisa miraba a Oscar a los ojos, esta vez menos aun lo miraría, figurándosele que aquella mirada podía tener un reproche para con ella, y si lo tenía, pensaba la muchacha, cambiaría por completo el rumbo de los proyectos que la llevaban a ver a Oscar: convencerse de su estado de ánimo para con ella, y luego una vez plenamente convencida, hablarle de lo que pensaba, ya que nadie mejor que ese hombre sincero y directo, podía darle un buen consejo.

Pero no habló en el primer momento, y él también por parte esperó que ella se insinuase. Por fin Luisa, le preguntó por su salud, a lo cual el joven respondió cortésmente, pero con frialdad. Algo hostil había entre ellos, una especie de atmósfera pesada, que era preciso despejar a toda costa, ya fuese por una declaración de ella o bien por algunas palabras de él, pero ninguno hablaba todavía; ambos se estudiaban, ambos se espíaban mejor dicho, para saber a qué atenerse en sus palabras. Oscar pasados los primeros momentos, pudo ya ocultar sus sentimientos. Ella, por su parte, engañándose respecto al verdadero estado de ánimo del pintor, cobraba ánimos para decir lo que había pensado. En alguna ocasión le había dicho que él tenía cambios muy extraños en su comportamiento para con ella: unas veces muy afectuoso y otras, con un despego que se diría que ambos se veían por la primera vez de la vida. Y en estos momentos estaba Oscar ahora, frialdad que pareció comunicarse a ella y casi la alegró por lo que se relacionaba con lo que iba a decir.

—Es Ud. un buen amigo mío ¿verdad? Creo que siempre lo ha sido.

—No puede Ud. dudarlo, y si lo dudase, me ofendería Ud.

—Le digo esto porque yo deseo hacerle una consulta, pero antes, una pregunta, que se la hago yo a Ud. cuando debería Ud. hacérmela a mí.

—Hable Ud. con sinceridad,—le dijo él, muy sereno, haciendo un esfuerzo.

Y ella entonces le significó que al principio había creído que la amistad de ambos había sido algo más que un afecto de amigo, pero que el tiempo y los hechos, sobre todo los hechos, habían convencido de esa sincera amistad, «nada más». Acentuó las dos últimas palabras para provocar un distinguo o una aclaración en el pintor, pero este como permaneciese frío, otorgándole lo que se le decía, continuó ella, en verdad, con un desencanto provocado por esta certeza del estado de ánimo del artista, que casi la ofendía. «Si, era verdad todo lo que pensó de Oscar

specto a ella», y experimentó como una secreta ansia de apresurar los acontecimientos, como un secreto despecho, que le hizo hablar más claramente, y le dijo:

—Ha de saber Ud. Oscar, que he tratado a Felipe; Ud. ya sabe en qué circunstancias, y le digo a Ud. todo esto, para sincerarme con Ud., ya que fuí yo la que muchas veces insinué a Ud. que era preciso que Ud. cortase relaciones con este hombre.

—Porque Ud. no conocía bien a Felipe,—le respondió Oscar— porque Ud. lo juzgaba por ciertas apariencias engañosas. Pero en el fondo, es un buen muchacho, que si ha obrado en algunas circunstancias torcidamente, razones de lucha por la vida, atenuaron sus actos.

Oscar hubiera deseado que toda aquella conversación terminase en aquel mismo instante, y no volver a ver ya jamás a Luisa, pero era preciso ser discreto, sin violencias, tanto menos cuanto que él jamás se avinó a una manera de obrar violenta. Conservó su corrección, su sangre fría, a costa de un esfuerzo. Desde ese instante miraba a Luisa y la veía tan lejos de él, que le pareció que estaba hablando con otra mujer distinta a la que había conocido, y de la cual ignoraba su alma; o quizás acaso la conocía demasiado. ¿Se habría equivocado? ¿Había vivido por largo tiempo equivocado?

—Sí, Felipe no es malo, y lo estima a Ud., lo ha estimado mucho, y si acaso alguna vez obró mal con Ud., había para él una gran disculpa, una gran disculpa... aclaró ella.

—Pero la dijo, se la calló, por el momento, pero Oscar la veía palpitar en sus labios, como cuando miramos a una persona que dice a otra una confidencia que nos interesa, y la adivinamos por el movimiento de los labios. Era preciso apresurar la confidencia, facilitarla a Luisa cuanto antes, para que así terminase aquella escena que le hacía daño, que en realidad le causaba un malestar físico.

—Crea Ud. a Felipe, Luisa, se lo digo sinceramente; créale Ud., que ahora veo claramente muchas cosas que debería haber

visto o, por lo menos pensado antes, cuando tantas luchas tuve que soportar por causa de él o por torpeza de mi parte, por no caber en el conocimiento del corazón humano. Nací pintor, y tanto he amado mi arte, y tan en cuerpo y alma me he entregado a él, que no tuve tiempo en la vida para aprender a vivir. . .

Luisa entonces, trató de sincerarse, o mejor dicho de sincerarse con Segura, y le contó la escena que éste había tenido con ella en su casa cuando fué a decirle cómo habían pasado los hechos de la desgracia de Oscar. Dió detalles, y los dió con cierta delectación que ella misma no se explicó, y aunque Oscar la miraba a veces como sorprendido de aquellas franquezas, ella continuaba, impávida, como embriagada por su propio relato, como si al repetir todo lo que aquel hombre le había dicho, explicase a Oscar su triunfo de mujer, su triunfo de mujer seductora que se sentía halagada íntimamente.

—Muy bien. . . muy bien. . . Luisa—decía tan sólo el pintor deseando haberle dicho «basta», haberle dicho que todo eso le hacía daño, pero una vez ya admitidas las primeras palabras de la confidencia, el mismo revolvía su herida, con cruel voluntuosidad, casi con deleite diabólico, y al través de sus ojos serenos nublados por no sabía que bruma estraña, miraba a aquella mujer, que parecía estar dispuesta, no tan sólo a detallarle todo lo que a aquel hombre se refería, solamente, sino a retarle también, y con delectación, aquel momento para ella supremo cuando como cogida por un demonio cuya existencia ella desconocía hasta aquel momento de su vida, entregó al contacto de otra mano la suya, en una inconciencia a la cual no escapó sino un segundo de aquiescencia agradable para ella. . .

—¡Basta, Luisa. . . basta!—exclamó por fin, Oscar, pensando que esta sola palabra podía delatarlo, dejándolo a guisa de aquella mujer en una situación poco airosa, suavizó aquel mandato o aquel rechazo, y corrigió:

—Me explico ahora todo. . . todo! . . . En realidad, el ciego era el torpe he sido yo. . .

Un detalle quedaba grabado para él en su corazón, que lo sintió con fuerza, porque lo conocía, y fué cuando Luisa le expuso en forma elocuente todo lo que aquel hombre había sufrido en la vida por su falta de facultades, por las escasas armas con que se debatía en la vida, ante el miedo horrible de fracasar... ¡de fracasar!... y ella le dijo, lentamente, para poner un remate a aquella escena:

—Experimenté curiosidad, primero; luego interés, y por último un sentimiento compasivo por el drama horrible y silencioso de aquella alma,—y le explicó, ya con medias palabras, con frases incoherentes, otras entrevistas, con Felipe, en la que éste le contó otras intimidaciones de su vida, otras miserias, otras elaudicaciones, la amargura sin nombre y callada de la semiimpotencia artística, sentida ahí mismo en el Museo, donde él había visto la última vez, como cuando un día, habiéndosele encargado una copia difícil de hacer, y cuyo producto iría a satisfacer necesidades urgentísimas, necesidades aun de pan, él, desesperado, soltó pinceles paleta y pateó el caballete, ante el rechazo del encargo por el cliente, que lo juzgó malo porque malo estaba, porque él, Felipe, había sido incapaz, aunque luchó días enteros, de acercarse al color y al ambiente del original, no encontrando nada mejor para desahogarse, después de su impotencia y de la tela rota por sus manos, se arrojó en una de las fotomanas del Museo, llorando como un niño, y ahí lo encontró uno de los guardas, creyéndolo enfermo, borracho,—no lo reconocía—ante el estropicio que había hecho en sus útiles de pintor...

¿Se daba Oscar cuenta de esa tragedia horrenda él que, si era verdad que había luchado, la naturaleza le dió generosas dotes para vencer con brillo en la lucha y en la tragedia titánica que es el arte...?

¡Sí, ella, al principio se sintió sorprendida por aquel hombre! que llegó a su vida en momentos en que se sentía desdeñada por el ideal que ella soñaba, pero luego aquel dolor de artista, aque-

lla amargura, hicieron presa en su alma, hasta el punto de haber creído, que el deber de su corazón era salvar aquel espíritu que tanto había sufrido, aquel espíritu que muchas veces ella juzgaba erradamente, contribuyendo con esto quizás a aumentar la amargura y la desolación de esa alma que miraba muy arriba, y que tenía alas para volar . . . y por sobre todo aquello, por sobre la lucha silenciosa con la materia, con la vida, los celos que hacen más amargo el semi-fracaso, los celos que muerden noche y día, estimulados por el mismo hombre que es el triunfador, que es el maestro, por el mismo hombre al cual hay que pedir ayuda y hay que pedir las migajas que caen del banquete de los elegidos. Doble lucha ante la gratitud, ante lo que se ha admirado sinceramente, ante lo que se ha querido mucho, como fué Oscar para Felipe en los primeros tiempos, hasta que un día, una mujer, «la mujer», mejor dicho, se interpuso inconsciente entre los dos amigos, como un demonio seductor, haciendo más amarga aun la vida del más débil, del menos dotado por la naturaleza o del menos favorecido por la suerte . . . Felipe le había dicho varias veces, a ella, que durante el primer tiempo, maldiciendo la hora en que la había conocido, pero luego impotente para luchar con tantas cosas a la vez, se entregó a su pasión, y de su pasión pedía un poco de consuelo para su vida, y por ella lucharía, y por ella moriría si era preciso, poniendo al servicio de ella todas las fuerzas de que era capaz . . . Y como final de todas esas confesiones que él le hacía, las palabras de siempre: «Yo le he querido a Oscar, yo le he admirado mucho, yo le admiro y desde muchos años de mi vida, porque en este cariño y en esta admiración, no se interpusiese ninguna mala racha, porque lo poco que era a él se lo debía», pero que su pobre carne de hombre era más fuerte que su espíritu y lo arrastraba con impulso ciego . . .

—Si lo hubiese Ud. visto, Oscar, se habría conmovido! . . .
—últimas palabras, a las cuales el pintor no respondió, como aplastado por todas aquellas miserias de la vida, que él, por l

primera vez, conocía de cerca. Y experimentando en su espíritu un alivio muy grande, le dijo a Luisa:

—Diga Ud. a Felipe que deseo hablar con él, pronto...

Ella se puso de pie, dando por terminada aquella visita, y se despidió de Oscar.

—Espere Ud. un momento. Debo devolver a Ud. algo...

Fué hacia un secreter, y sacó de él un pequeño envoltorio, trayéndolo a Luisa:

—Se lo devuelvo a Ud... Creo que ya no tengo derecho a guardarlo... —Y le pasó el pequeño crucifijo, que una tarde ella le dió en el taller.

En el primer momento, Luisa vaciló. ¿Qué significaba aquella devolución?...

—Fué un recuerdo de amiga, muy sincero... Me gustaría que se lo quedase Ud...

—Si es así... — y lo echó al bolsillo de su bata.

Se despidió muy tranquilo de ella, y ya cuando Luisa hubo cerrado la puerta de la pieza, se echó a un diván, puso la cabeza entre sus manos, y quedó quieto. Después de algunos momentos sus manos buscaron algo, y luego sus hombros empezaron a temblar, despacio al principio, luego estremecidos, hondamente estremecidos...

XVI

—Ya puede Ud. de nuevo coger los pinceles, amigo mío, y pintar todo lo que Ud. quiera—le dijo una tarde el doctor a Oscar, después de haberlo examinado prolijamente.—Eso sí que no mucho exceso de trabajo; lo normal, nada más.

—Ya lo deseaba doctor, porque esta inacción, esto de llevar en la ociosidad, engendra casi siempre malos pensamientos. Apenas el facultativo le hubo dejado, se fué Oscar al taller, donde ya tenía preparada la gran tela que pronto emprendería. Durante aquellos días de convalecencia, había dibujado algo, había hecho varios apuntes en pequeño, que le habían quedado a su satisfacción, y sólo esperaba la venia de su médico para emprender el gran cuadro, listo ya el modelo, que le costó trabajo encontrar, porque le deseaba de noble figura, ya que la composición era bíblica y se iba a titular: «¡Señor, aparta de mí este cáliz!...»

El descanso, el deseo de pintar, contribuyó para que el cuadro

marchase con gran rapidez. Todo lo olvidaba durante aquella deliciosa labor que salía con tanta facilidad, una labor casi espiritual, en la cual la figura del Cristo era una sombra delicadísima, un rostro que se elevaba al cielo en el Huerto de los Olivos, en el momento aquel en que el Divino Maestro decía aquellas palabras henchidas de dolor: «¡Señor, aparta de mí este caliz!..»

No quería recordar nada de su pasado; quería tan sólo trabajar, bajar, aturdirse de trabajo, para que así su corazón no tuviera tiempo de sufrir; pero a veces quedaba en suspenso, y de nuevo volvían a su alma recuerdos tristes, un desaliento extraño, que se ahogaba con nuevos bríos dedicados a su cuadro. Su madre solía visitarlo en el taller, y entonces cambiaba para él la vida. No había momentos como aquellos, porque se sentía tan bien comprendido, como nunca lo había sido. Nada era comparable a aquellos dedos que pasaban por su frente: nada más tranquilo que aquellas palabras sencillas, buenas, llenas de frescura que le hacían vivir como en otro mundo.

La anciana admiraba la tela, gozosa al ver que su hijo pintaba tan bien y con tan admirable facilidad. Se quedaba mirando largo rato como el pincel se deslizaba rápido por sobre los trechos en blanco de la tela, como las pinceladas precisas y justas caían en el bosquejo al carbón y formaban un brazo, un contorno, con un conocimiento tan cabal de la técnica, y sobre todo, admiraba aquella cabeza del Cristo, tan llena de dolor, tan noblemente resignada, y no sabía por qué le encontraba semejanza con la de su hijo.

El se volvía hacia la anciana, dejaba pinceles y paleta, y la abrazaba.

—¿Te gusta, mamá?—Y era delicioso para él ese aplauso sencillo y sincero, huérfano de toda malicia de profesional, y que sólo expresaba una emoción. Se quedaba mirando a la buena viejecita largo rato, y no se daba cuenta por qué sus ojos se llenaban de lágrimas, que debía contener para no alarmar a su

madre, y la besaba en la frente, y muchas veces descansaba en su regazo, como si hubiese sido un niño enfermo y mimoso.

—Cuando ella le decía que un amigo se empeñaba porque él le pintase un retrato, se excusaba diciendo que no lo necesitaba, y que solamente quería dedicarse por entero a su idea, de la cual estaba enamorado.

—Una tarde después de varios días de soledad en su taller, recibió la visita de Felipe.

—Yo debí venir antes a verte. No pude hacerlo... Pero me dijeron que tu necesitabas hablar conmigo, y he venido.

—Te lo dijo Luisa. Gracias, por tu visita. Sí, necesitaba hablarte...

Guardaron silencio, y Oscar dejando los útiles de pintura y limpiándose las manos, se sentó en frente de su amigo.

—Lo que estás pintando es hermosísimo. Dentro de la idea, por tantos ya tratada, has conseguido una emoción honda. El color, es una maravilla de transparencia—le dijo—agregando que ya se comentaba su nueva obra, y que había un interés enorme por verla. Oscar oyó casi con indiferencia los elogios de Felipe, inclinando cortésmente la cabeza, y se aprestó a hablar.

—Necesitaba verte. Luisa me ha contado mucho de lo que te refiere a tí y a ella...

—Comprende, Oscar, que esto es superior a mis fuerzas...

—Le interrumpió, Felipe a lo cual dijo Villalmar:

—No me digas nada. Me hago cargo de todo, absolutamente todo, y no tengo nada que reprocharte, sino tan sólo de reprocharme a mi mismo... Sólo te deseo que seas muy feliz...

—Pero tú nunca le hablaste de amor...

—Es verdad: nunca. Si la amé, todo esto ha quedado en el fondo de mi corazón y conmigo morirá... El triunfador en la vida eres tú, no yo, que aunque tuve valor para triunfar en el arte, me faltó valor para triunfar como hombre, para vencer en la vida... Tuvistes razón un día, cuando me dijistes que era un cobarde... No me interrumpas..., un cobarde, porque

cobarde he sido para muchas cosas en la vida, para sus pequeñas muchas veces, que me amedrentaron como si fuesen fantasmas. Tuve miedo al amor, porque el amor, en su fondo no sé por qué siempre me pareció una extraña tragedia... Tu miedo de ser feliz, tuve miedo de amar... que es quizás, después del arte, lo único grande y definitivo que hay en la vida...

Un temblor de emoción asaltó en este instante a Oscar; detuvo, se recobró, y luego le dijo:

—¿Piensas casarte con ella?... porque de otro modo...

—Lo he pensado, pero para eso tendrá que pasar mucho tiempo... Tu sabes que todavía no tengo clientela formada. Me faltan medios materiales.

—No te inquietes por eso... Todo se arreglará, que todo por ahora sólo depende de tí...

—¿De mí? No lo comprendo...

—De tí, porque en tí está que admitas de mi parte, como un séquito, o como préstamo, si tu quieres, la suma que te sea necesaria...

—Oscar!... ¡Maestro!... —le dijo Segura, sin poderse contener, yendo hacia él, para abrazarlo, con los ojos llenos de lágrimas. Y quedaron así breves momentos, unidos: Oscar con las manos caídas, como vencido; Felipe ocultando su rostro abrazando con una mano al compañero y guía de lejanos días. Oscar, correspondió el abrazo, serio, secos los ojos, pero palpitándole los labios de emoción.

—¿No encuentro que decirte... no encuentro con que palabras agradecerte!...

—No hace falta... Pero te pido sólo una cosa: que procure siempre; siempre! cuando la vida te sea amarga, que no haga sentir a Luisa esa amargura... y que jamás le cuentes pormenores de esta escena entre los dos...

Y después de separarse de él, y con tono casi voluble, le indicó que era preciso que le descubriese muchos de los secretos de su profesión, que él jamás había dicho a nadie, porque jamás

había tenido discípulos. Pequeños detalles en apariencia, que muchos maestros ocultan, y que son de una utilidad trascendental en el arte. Y así fué diciéndole secretos sobre el color, sobre los métodos para hacer esta o la otra cosa, ante cuyos descubrimientos Felipe abría los ojos, como preguntándose a sí mismo, ¿cómo nunca se le había ocurrido hacer aquello! que era tan fácil, pero que era preciso saberlo, en forma imperiosa, única manera de llegar a un fin en forma cabal y concluyente. Y el mismo Oscar, en una tela en blanco, explicaba con el ejemplo, en una forma tan admirablemente sencilla y eficaz, que emocionaba a Felipe y casi le hacía gritar de felicidad.

—Pero para todo eso, Oscar, hay que tener temperamento... yo...

—¿Tú?... Lo tienes, pero tu temperamento estaba aplastado por estas cosas... que ignorabas... ¡Sí casi estoy tentado a creer que eso del temperamento, es ciencia, saber hacer, es método, orden, sobre todo orden...

—Y tú ¿cómo has aprendido todo esto?...

—No me explico, y muchas veces pienso que nací sabiéndolo, porque en las Academias, cuando algo de ello me dijeron, sólo me enseñaron a aplicarlo, pero no a descubrirlo... Desde Leonardo hasta acá, nada de nuevo se ha enseñado... Todo se ha perdido, y lo que hacemos nosotros, es tan sólo ir encontrándolo...

Aquella escena tenía para Felipe una grandiosidad nunca vista. Esa gran tela que representaba una escena bíblica, comunicaba más emoción a este instante en que un hombre pálido, resignado, parecía ir trazando lecciones de arte, con la sangre de su propio corazón...

—¡Maestro!—le dijo Felipe ahora, convencido, no sabiendo si este nombre correspondía a aquella figura divina del cuadro, cuyo rostro se parecía al de Oscar, o bien a este muchacho pálido, en el cual la enfermedad y el dolor de amar, ponían en su cara una sombra de indefinible amargura...

—¡Maestro!—le repitió—quisiera cambiar mi corazón por el

tuyo, para que vieras claramente, como sufro en estos momentos como se debate mi alma ante la imposibilidad de hacerte feliz.

Oscar le repitió con lentas palabras:

—Si cambiaras tu corazón por el mío, no podría yo entonces gustar de esta inmensa y única dicha que se significa en la vida el sacrificar por un amor que creímos nuestro, nuestro propio corazón, y por quien como tú, ha luchado y ha sufrido por nosotros causarnos herida en ese mismo corazón...

—Maestro!... —balbucearon de nuevo los labios de Felipe y como ya le pareció que toda palabra suya sobraba después de lo que le había dicho Oscar, se retiró en silencio, repitiendo en el quicio de la puerta antes de salir, la misma palabra sencilla y grande, en el momento en que Oscar se ponía de nuevo a pintar como olvidado ya de todo lo anterior:

—¡Maestro... adiós!...

Desde ese día, Oscar no se dejó ver por nadie, salvo de su madre, con quien tenía continuas conversaciones en el taller. Dedicado por entero a su obra, con ésta se identificaba, olvidándose a veces de la vida, en la cual tanto había tenido que sufrir, por «cosas insignificantes», como muchos le decían, pero que para su temperamento eran cosas de gran trascendencia. Era curioso la manera que tenía la gente de juzgar el dolor ajeno. Para muchos, sólo era verdadero dolor, el físico, el que causa un daño material, y lo demás, «cosas insignificantes» como decían, como se lo estaban repitiendo a cada momento. Su misma madre, que era quizás la única que le comprendía, también solía decirle que echara a la espalda todas sus preocupaciones, pero estas volvían, volvían tenazmente, como refrescándose, y con tanta intensidad de acción sobre él, que se diría que los hechos habían pasado hacía algunos minutos.

Procuraba no pensar en ellas, pero ellas estaban siempre presente, salvo en esos instantes de intensa labor, cuando se empeñaba en vencer alguna dificultad artística de su cuadro, porque

este avanzaba rápidamente, hasta que un día vió que sólo faltaban para su fin, muy pocas pinceladas.

En los momentos de descanso, solía abrir de par en par la ventana amplia que daba al huerto de la casa, al paisaje de campo. El otoño llegaba, con sus primeras nieblas, con sus primeros cielos pálidos, y ya en el huerto temblaban como encajes las hojas amarillas. Había arreglado ya todo en forma conveniente en lo que le había ofrecido a Felipe, y éste, un día le dijo que la boda la había dispuesto para una fecha determinada, que estaba próxima. Oscar no se había vuelto a ver con Luisa, ni tampoco quería verla. «¡Todo terminado! definitivamente terminado!...». Y cuando se dijo esto, se admiró el mismo de la tranquilidad aparente con que lo había dicho, porque en el fondo de aquella alma; sabe Dios qué luchas horrendas se libraban!...

¡Trabajar, trabajar!... ¡Qué bien se sentía hundido en el trabajo artístico!, que gran lenitivo era aquel para no pensar en cosas que le hacían daño! Y poco a poco el trabajo iba recurriendo aquella herida, y cada dificultad vencida, que significaba una conquista, era un nuevo motivo de olvido. Si hasta hubo momentos en que experimentó una felicidad como nunca había experimentado, y se echaba a jugar sobre lo que dirían de aquella gran tela. Así, mirada de golpe, se diría que estaba ya terminada, pero en realidad faltaban algunas pinceladas, esas terribles y peligrosas pinceladas últimas, que a veces deciden el éxito de una labor.

Una tarde, de improviso, se presentó su madre en su taller, como si hubiese querido sorprenderlo en plena labor.

—Llegas en buena hora mamá, le dijo—porque pongo ya en tu cuadro. La anciana venía esta vez emocionada, como si hubiese ocultado un secreto que temía comunicárselo, pero el entusiasmo del artista, no paró mientes en ello, y siguió trabajando.

—Quiero que tu asistas al término de mi obra—le dijo—Espera un momento. Un poco más de color... y me verás firmar

la tela, que va dedicada a tí, ya que tú has asistido día tras día al nacimiento de ella. Y rápido, cogió de nuevo pastas de un otro sitio de la paleta, como ligeros besos que daba el pincel rápidamente empapándose de color...

—Así... así... ¿Cuánto me he demorado en todo esto?... Casi nada... Empecé hace apenas dos o tres meses... Ya no recuerdo. ¿A cómo estamos hoy? Porque ya no sé ni del día en que vivo...

—A quince de Mayo...—le dijo la anciana, mirándole fijamente, y le repitió; quince de Mayo!... ¿No recuerdas?... Hoy se casan Felipe y Luisa...

Oscar alzó el pincel... Miró a su madre... Tembló ligeramente su cuerpo, y le pareció que sus párpados se irisaban. Hizo luego un esfuerzo, y preguntó con voz emocionada:

—¿Enviastes a los novios las flores que te recomendé hace tiempo?...

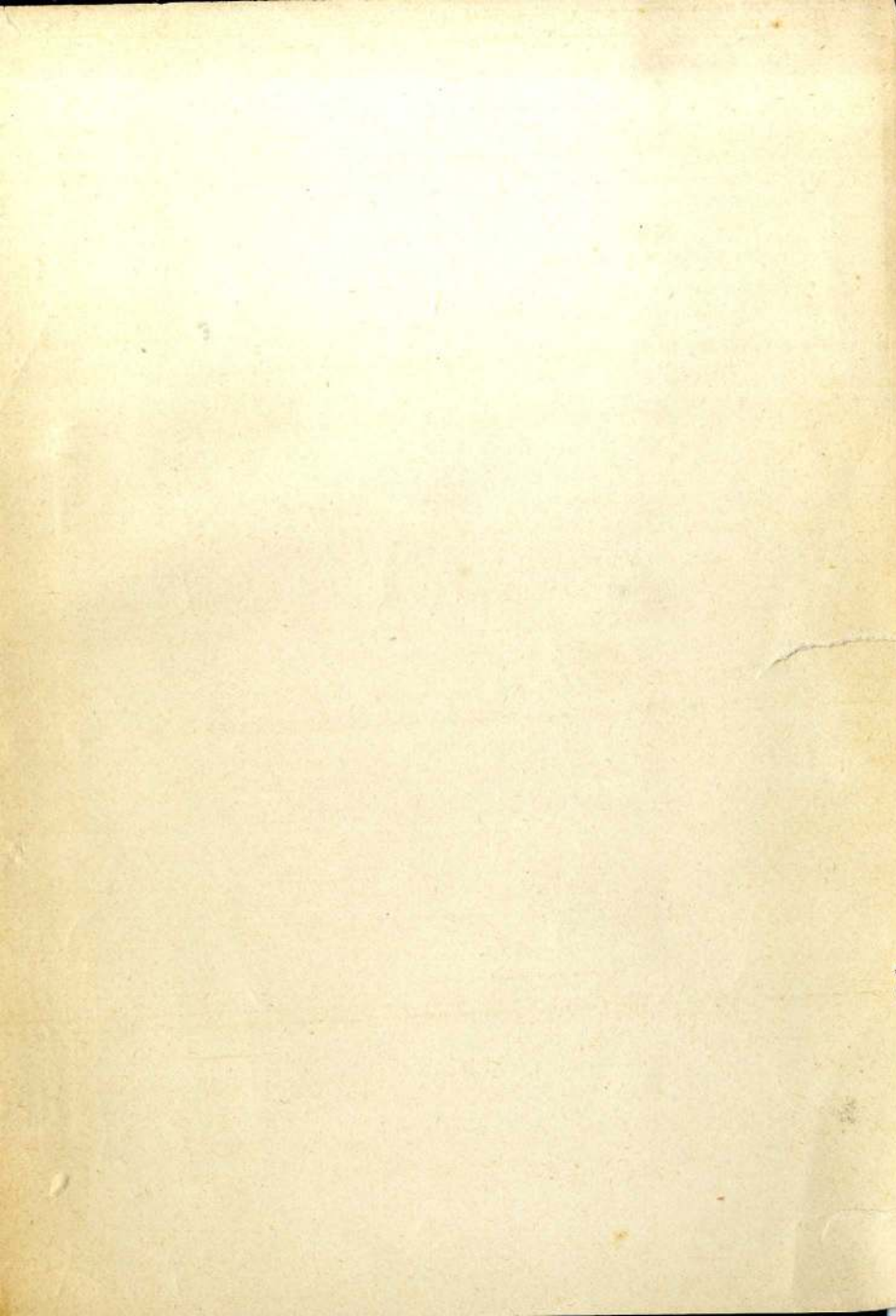
—Sí... Una hermosa cesta de rosas...

—Gracias, mamá...

Y cogiendo color rojo sangre de la paleta que temblaba, firmó su gran cuadro!...



Santiago.—Junio—Agosto de 1921. Del Capítulo XIII hasta el final, del 1.º al 14 de Enero de 1925.





PRINTED IN CHILE